





Romper en gritos

Antología personal

SUMMA DE DÍAS reconoce y celebra la trayectoria de autores nacidos o radicados en el Estado de México, a través de antologías personales cuya versión impresa se complementa con el testimonio de la voz viva, de tal modo que los lectores puedan acercarse, además, a los ritmos y registros vocales de cada uno de estos autores representativos de la actual literatura mexiquense.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS

Summa de días

JESÚS HUMBERTO FLORENCIA ZALDÍVAR

# Romper en gritos

## Antología personal

*Prólogo*

MARTÍN MONDRAGÓN ARRIAGA

**FOeM**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez  
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,  
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio  
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Romper en gritos*

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2014

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

© Jesús Humberto Florencia Zaldívar

ISBN: 978-607-495-372-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/122/14

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

## LOCURA EN LA CORDURA, NATURA DE LA LITERATURA

Comprender que fui utilizado para ocupar, como en un gran teatro, el papel de un personaje inexistente, resulta aterrador.

JESÚS HUMBERTO FLORENCIA

Incauto lector, imagine que contempla el horizonte. Observe que aparecen nítidamente tres colores: rojo, azul y verde. En breves instantes se combinan y forman un crisol multicolor que deslumbra su mirada. Trate de comprender el mecanismo de natura y no lo entiende. Ahora trasládalo a las palabras. Cómo los representaría, qué imagen construiría primero, cuáles figuras utilizaría para entender el comportamiento de los matices. “La verdeluzba anida en mis pupilas”, escribiría, o quizá “Tenues danzas en agonía desguindan el canto del alma”. Difícil, complicado para el hombre y las palabras nombrar la realidad.

Ahora, lector, con dilección traslade ese juego a la conciencia, a la memoria; dibuje una palabra roja, una azul y una verde, y entronice los matices del crepúsculo donde se perciban muchas bifurcaciones, pero que, a su vez, regresen al origen, al sitio de donde salieron, de tal forma que se confundan con los colores primarios. Ya no sabe cuáles son los tonos reales y cuáles sus combinaciones. Ya no sabe si son realidad o es un juego

de espejos que refracta las ideas y las jerarquiza o las embrolla para que desconcierte la objetividad, la realidad que se percibe todos los días. Como las palabras que padecen polisemia, cada color representa un estado de la conciencia y un momento de la memoria. Ya no sabrá cuál es la realidad ni la verdad en el tiempo y el espacio. Ya no comprenderá si las palabras designan a las cosas, al mundo o es éste quien significa las palabras y los actos de los hombres. Todo es una voz y a la vez múltiples sonidos que salen de la garganta para clamar soledad. Y así, infinitamente, como los vericuetos de la memoria.

En ese tenor, Humberto Florencia juega con la conciencia del lector, con la realidad de la memoria, con la imaginación poética de cada uno de los seres humanos. Todos los seres (y sus sensaciones, emociones, sensibilidad, razón, memoria) deberán dejar las ocupaciones y se preocuparán por el juego de las palabras, de los efectos narrativos, de los espacios escénicos. Ya no tendrán sosiego en el juego de la memoria, de la lotería, del azar o de la muerte. El lector se mirará en la zozobra y andará sin asidero por las líneas narrativas, por los embrollos discursivos, por las confrontaciones de los personajes, de tal forma que ya no sabrá qué es real o qué es irrealidad, si la verdad es verdad o es una mentira verdadera o las verdades mentiras. Y entonces llegan los juegos lingüísticos, los aquelarres narrativos y el lector acucioso padecerá su propio infierno, pues no sabrá enfrentar su realidad y tratará de escapar envuelto en la ignorancia y la indiferencia. Ignorancia al no percibir el cómo Humberto trastoca el interior de la memoria; indiferencia porque sólo reirá de las ocurrencias del narrador, del autor dramático y seguirá con la lectura, pero escuchará voces, muchas voces que le negarán el sueño, la tranquilidad, la lucidez de la garganta.

¡Jesús!, Humberto, calla, que las buenas conciencias arremeten contra la tranquilidad de los muertos y presionan el silencio de los vivos, que el sistema social mexicano no tolera que le digan la verdad, que los ciudadanos mexicanos prefieren seguir en la oscuridad y devorar programas televisivos grotescos y estúpidos. Así son felices. No les importa ser inteligentes, lectores cáusticos que hurguen en los recovecos de la literatura y confronten la realidad, porque se sienten cómodos en las mentiras y la hipocresía. Calla, que las orejas del gobierno pueden escucharte y seguirte a todos lados y arrebatarte el silencio de la palabra.

Pero Humberto no es de los que callan. Es valiente. Tiene conocimiento de la realidad, de la historia de México, de un país imbuido en la humana miseria y secuestrado por el hambre de memoria. Sabe que al sistema le conviene parir imbéciles para someterlos y le causa zozobra, dolor, rabia. Por ello escribe; por ello se atreve a construir personajes que nos esputan el dolor, la frustración y la locura. Personajes que enfrentan sus más ínfimos deseos, personajes que confrontan sus indiferencias y sus temores contra las reglas, contra las normas establecidas, aunque estén fuera del tiempo, del espacio, aunque sepan que son presas de las mentiras decimonónicas de unos pocos que gozan de prebendas. ¡Jesús!, Humberto, guarda silencio, que las buenas conciencias también viven en la soledad del sistema. Calla, hombre, calla.

Para Humberto es imposible guardar silencio. Es un hombre heredero de la ilustración. Florencia confía en la palabra, en la lucidez de las historias, en la lógica de las ideas y, sobre todo, en la lectura inteligente y propositiva que lega un universo literario capaz de cambiar a los humanos seres. Y, sin embargo, es un escritor que habla en solitario; un ser humano que

padece la indiferencia de las instituciones y de sus propios colegas de academia; un ser humano que arrostra sus miedos, sus más exquisitas perversiones, pues él, como todos los hombres del siglo XXI, padece el escarnio de las dudas, la maldición de la conciencia: libertad sin libertad de la memoria...

¡Jesús!, Humberto, es el truco lingüístico que permeará toda la obra de Humberto Florencia. Lector incansable, Florencia mamó de la teta de tierra caliente y aprendió el amor por la literatura y la obra dramática en el D.F. Allí, aprendió el juego del albur, del doble sentido de la realidad de la lengua que le ha permitido ubicar sus textos narrativos fuera de las escuelas literarias; allá, el calor y las conversaciones le ayudaron a concebir un mundo narrativo y dramático que confronta todas las realidades humanas... que sueña, desea, llora, que sabe arremeter contra su propia historia literaria: Faulkner, Joyce, Kipling, Chéjov, Agatha Christie, Conan Doyle, Dos Pasos, Whitman, Dostoievski, Cortázar, Pitol, Elizondo, Rafael Bernal, Juan José Arreola, Revueltas, entre otros.

Asentado desde 1993 en Toluca y ganador de un premio de dramaturgia a los alocados 18 años, Humberto ha sido un lector insaciable de los clásicos, de la novela policiaca y de los grandes dramaturgos. Desde sus inicios en la incursión del fenómeno literario, Beto —como cariñosamente se lo conoce en la Facultad de Humanidades— ha sabido imprimir caracteres, emociones, sensaciones en todo su crisol literario.

Desde la novela *En cadena nacional* (UAEM, 1996), los descatados lectores se enfrentan al truco narrativo. En la novela no se tienen contemplaciones. El narrador juega con los lectores desde diferentes planos narrativos: ora los somete al escarnio de los personajes; ora los engaña con voces disidentes que buscan la verdad de una realidad nacional que a nadie le gusta, pero

que todos por costumbre aceptan; ora conduce a quien lee por vericuetos mentales donde los personajes son unos inadaptados sociales o incansables seres que viven presas del dolor y de la memoria. Nadie se escapa en la escritura de Humberto: personajes públicos, amas de casas, adolescentes, estudiantes; todo lleva el sello del carácter de un Raskolnikov, que, por la esquizofrenia, la desesperación y la falta de cordura, comete crímenes que no sabe cómo aceptar. Por ello, miles de voces provocan locura en los lectores, miles de voces que, en tres días y bajo la estructura de la novela policiaca —como un homenaje a la novela *El complot mongol* de Rafael Bernal—, permiten a Florencia desquiciar todas las estructuras narrativas establecidas por los genios de la especulación policiaca, de la intriga literaria, de la lógica discursiva.

Los personajes de esta novela parecen desesperados porque los oigan, de que alguien los escuche porque se sienten solos, oprimidos por el sistema. Hablan con el lector dolido como pidiéndole autorización de los comportamientos de sus personajes de ficción. Nacen en la imaginación del autor pero cobran vida en la necedad y necesidad de quien lee la historia. El truco de Humberto en la novela *En cadena nacional* estriba en engañar a la memoria y cultivar los planos de la conciencia que le permitan dejar más dudas que respuestas. La verdad sólo es una: la oficial y hay de aquél que indague más allá, porque, como el personaje principal, Rafael Mendoza, llegará al manicomio o a la muerte.

En el texto *En cadena nacional*, Humberto actualiza el mito del hijo que mata al padre: Edipo y Layo. No sabemos en realidad qué ha pasado, porque el personaje se encuentra recluido en un manicomio y su madre ha fallecido o vive en la conciencia del personaje que le da vida. Edipo se extirpa los ojos al darse cuenta de la verdad y vaga eternamente

ciego; el protagonista no es tan pendejo ni tampoco se acuesta con la madre ni sabe la verdad. Vive imbuido en el marasmo psíquico que lo recluye en su propio encierro moral, espiritual, literario, donde es imposible que haya paz y tranquilidad, donde los seres humanos pierden la brújula de la existencia y ya no saben quién se es o qué fueron, si es que alguna vez fueron humanos seres.

Por ello, el juego de la locura resulta muy importante, porque en éste el rústico lector se encuentra embrollado entre la trama policiaca de la novela y el desarrollo psíquico del personaje. El acierto concibe la búsqueda de la verdad en una sociedad mexicana donde todo se oculta y todo es mentira, y la verdad es una mentira verdadera que engaña la verdad de la mentira: ya no se sabrá si el presidente de la república fue asesinado o sólo fue un sueño del protagonista o una alucinación de todos los personajes.

En otra novela, *Luna que se quiebra* (Premio Internacional de Novela de Nuevo León, 1993; Ediciones Castillo, 1994), Florencia aprendió el juego de las casillas de Cortázar, el juego del avión donde cada integrante debe avanzar o quedarse a la deriva. Pero lo traslada al juego de la lotería, porque, a diferencia de la rayuela donde la precisión humana es necesaria, en aquella el azar involucra la suerte y la imaginación de una forma de pensar: la mexicana, la que sueña ganar para ya no pensar en la muerte. Sin embargo, no sólo se percibe la influencia del argentino; también Dos Pasos y Faulkner (de quienes aprendió el desdoblamiento de las voces, el embrollo de las conciencias, la ruptura de los planos narrativos) son sus maestros en la construcción narrativa. Pero también leyó y comprendió, con suma precisión, a Rulfo, de quien asimiló el truco para trasladar la oralidad a la escritura. El juego de las voces que no tienen cuerpo pero cuya garganta crea el mundo

que los rodea, o, mejor dicho, el flujo de la conciencia que enhebra el universo narrativo de *Luna que se quiebra*. Ni duda cabe de que el escritor Humberto aprendió leyendo.

Los personajes: Américo Tristanza (principal), Rómulo Quintanilla, el Negro, el Cotorro, el Choro (narrador testigo), Maribel, Herlinda, Lisandra (prostitutas en La Charanga), Rosalía, Demetrio (antiguo amor de Rosalía), Arnaldo (esposo de Rosalía) y Libertad (que cambia su nombre a Lisandra y Américo se enamora de ella) son claros representantes de la olvidada clase baja de la sociedad mexicana, de la sociedad que poco importa a la clase plutocrática.

Acompañada de canciones de Agustín Lara, José Alfredo Jiménez y de la voz de Tin Tan, la novela demuestra el enorme conocimiento que Humberto tiene del bolero y del arrabal, donde las vidas de prostitutas y delincuentes se cuecen al son del amor, la sensualidad, el desprecio, la soledad y también la solidaridad del hambre. Por ello, Américo pertenece a la Sonsa (Sociedad de Narradores sin Amor), que invita al lector verdugo a degustar la enorme tristeza y soledad que padecerán los personajes. Dice el narrador en algún momento de la historia: “Hojas albánicas: las hojas del alba que se meten en los ojos” y que representan la ávida necesidad de los personajes que buscan el amor y jamás se atreven a gozarlo.

En esta novela, Florencia reordena el mito de Penélope, de las furias —Átopos, Láqueris y Cloto—, además de las infamias de la vida y el de amar sin amar, el amor sin enamoramiento, el amar sin ser amado, el amar sin esperar que el amor llegue, el amor con ausencia de amor por la muerte. Por ello, juega a la lotería. En este juego Américo ama a Lisandra (Libertad), pero la conciencia les impide domeñar el miedo. Tanto él como ella se niegan la felicidad y el amor y, por lo

tanto, no existen, son seres imaginarios del narrador, llamado el Choro.

La aparición de la Muerte en el juego de la lotería es fundamental. La novela involucra al lector *aprensivo*, no sólo en el juego de la lotería sino en los trucos narrativos que inventa el *narrador*; además coloca en el lugar exacto la sátira del “Nocturno” de José Asunción Silva, que inicia: “Una noche, / una noche toda llena de perfumes / de murmullos y de música de alas, para pitorrearse de la *necedad* de las almas cuando no se atreven a mancillar el flatulante romanticismo de los *ignorantes*”.

Los vacíos deben ser llenados por el nervioso lector que juega a la lotería, el que escucha en la conciencia la carta que le haga ganar el juego. Las cartas aparecen (la estrella, el gallo, la maceta, el corazón, la muerte... el valiente, la sirena, el árbol, la sandía, el nopal, la palma...) porque representan un estado de ánimo de los personajes o un acto narrativo que dará un giro a la historia. Al final, el lector iracundo sabe que Américo vive en el alma-ojos de Libertad: ¿como un recuerdo, como una realidad? Es otro juego de la memoria, como los que se viven en la narrativa de Humberto. La novela es cíclica: inicia: Lotería: Ahí me hiere el recuerdo; termina: Lotería: Te llevo de la mano corazón y ahí nos vamos. El recuerdo doloroso de perderla, el sueño de estar con ella eternamente.

La inclusión de la estructura del guion cinematográfico permite a la novela darle múltiples posibilidades de interpretación y nuevas formas de estructuras narrativas. Humberto no sólo tiene conocimiento del fenómeno literario, sino de los fenómenos sociales, del habla de los barrios, de los lugares a donde acuden los maleantes o los desocupados.

*Luna que se quiebra* es un homenaje a Agustín Lara, básicamente, pero también a todas las estrellas del cine nacional y

a los cantantes que dieron a conocer que México era más que charros. El lector discreto debe conocer el bolero, esa melancólica sonoridad que invita al sosiego, a la ironía, al dolor, a la muerte. Realiza un magistral diálogo entre Tin Tan, Pedro Infante, Chava Flores, José Alfredo Jiménez y Agustín Lara:

“Ni hablar, son divinas”.

“¡Divinas!, aunque mal nos paguen”.

“No me toquen ésa, porque me hiera!”.

“¡Ay, dolor! ya me volviste a dar”.

“Todavía la recuerdo. Si ustedes supieran. Me cansé de rogarle y de decirle que yo sin ella, de pena moría”.

“Y te moriste, mi cuate, te moriste. Nadie dirá que le contaste mentiras”.

“¡Ayayayaaaay!”.

“Ingratas, pérfidas. Románticas insolutas. Ellas nos estrujan, deditito el corazón”.

“Luego nos vemos, carnalitos. Yo mejor me voy a buscar a mi Lupita”.

“Me acuerdo que quiso quedarse, cuando vio mi tristeza” .

“Así son todas, Pepe, y lo peor es que nosotros, benévolos, hablábamosles de amores”.

“¡Hijole, Chavita! A mí se me hace que andas dolido”.

“¿Y tú no?”.

“Sí, pero ya se me pasó, y ahorita mismo voy con mi Paloma que-rida para hacer las paces”.

“Así son los amigos: cuando más solo te ven, se largan con sus viejas... ¡Ey, compañero!”.

¿Yo?

“Tú mero. Te invito a Mi Oficina para curar nuestras dolencias con un grato ‘chínguere’ tranquilizador, ¿o prefieres un curado

de tuna en La Gloria de Colón? Allí el ambiente se pone bueno... Muy bueno... ¡Se llevaron mi tambor, ya ni la chinchin, ya ni la chinchin. Se llevó...” (*Luna que se quiebra*, p. 129).

Y sin negar la cruz de su parroquia, entra en el juego de la novela; recrear su necesidad de ser actor y hace uso de la estructura teatral: la muerte y el personaje narrador (Américo) existen en la mente de Libertad y se confrontan con la ironía de ser humanos muertos en vida y la muerte —incapaz de regodearse de su poder omnímodo— es sólo un enfrentamiento con la soledad, pues también es una caricatura del narrador, que a su vez es una ironía de las estructuras narrativas.

El juego narrativo de Humberto es parecido al de *Rayuela* —ya lo dije—, pero Humberto deja no sólo la libertad de jugar con las cartas, sino sacarlas en el orden que ellos quieran. Recuérdense que *Rayuela* coloca un tablero de dirección. Humberto libera la suerte y la deja en manos de los inmolados lectores. Al final de la novela, el lector protervo confirma que es Demetrio Nostalgias el que está contando la historia ante cientos de lisiados y seres olvidados por el mundo, quien pide papel y lápiz para escribirla y que nadie la olvide. Todos se burlan. Él dice: “Tengo que escribir mis recuerdos, pero no puedo porque no tengo piernas ni brazos”.

En *Todos santos* (Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, UAEM, 2006), el *thriller* aparece magistralmente. El engaño narrativo gravita en que no se sabe, sino hasta el final, que quien narra es la propia conciencia del narrador que ha perdido la razón. Chilango Transfer es una asociación que decide la vida de la gente, la bruñe, la decanta. Adonis (claro espejo del protagonista) es un reflejo de la conciencia del magnánimo lector y de Mastuerzo Mendoza (el

protagonista). Todos están involucrados en varios asesinatos y nadie sabe por qué han ocurrido las muertes. Es un juego cruel donde los lectores petrificados se sienten atraídos por la maldad, la falsa condena de la moral y de la inocencia de los menesterosos, que, a su vez, son asesinos despiadados.

El universo narrativo de *Todos santos* es la inocente perversión de saberse castigado por el sistema y ser culpable de no entender la palabra libertad. La retórica de Humberto estriba en la manipulación del lóbrego lector, de jugar con los miedos ancestrales, con las incapacidades humanas de entender quién se es o, mejor dicho, cuán mentirosos son los humanos seres y buscan cualquier cantidad de pretextos para negar la verdad. De la noche a la mañana, el lector sollozante se somete a la estupidez, a la inocencia, y queda atrapado por el juego cruel del sistema que tiene la cualidad de volverlo loco, de hacerle perder el rumbo y de no saber si se llama Federico o es un asesino que quiere ser Federico o es Federico que soñó ser asesino.

Quizá de las novelas mejor logradas que invita a la búsqueda del *leiv motiv* de la narrativa humbertiana: Lilith, personaje libérrimo que siempre estará en la mente de los narradores y de los seres que hurguen entre la verdad de la historia y la realidad del mito. La verdad de la historia no existe en la narrativa de Florencia, pero sí la realidad del mito que le permite vislumbrar otro tipo de interpretaciones, alejadas de la verdad oficial, incluso de las mendacidades literarias o de las perversiones de escuelas o corrientes literarias.

*Todos santos* es un regocijo en la vacuidad de la narrativa del Estado de México, incluso de la mexicana de los últimos diez años. La razón: Humberto jamás será un escritor oficial y nunca —creo— vendería su conciencia a los plutócratas ni a los que manejan el sistema literario mexicano.

En *Males mayores* (cuentos, UAEM, 2006) el recurso del albur es llevado a su máxima expresión —anticipado en *En cadena nacional* y *Luna que se quiebra*—, y permite al narrador incluir al autor como personaje. Traslada las variopintas necesidades e hipocresías de la sociedad y las coloca al inicio del texto como reflejo de lo que el lector sumiso leerá a lo largo de *Males mayores*. El conjunto de textos refracta una pequeña visión del mundo donde la soledad del alma es vista como una costumbre necesaria para que los personajes no protesten. En una de las historias, el hermano de la protagonista no tiene brazos (igual que el personaje de *Luna que se quiebra*, Demetrio Nostalgias), pues el protagonista, días antes, lo había atropellado. El que narra (sin nombre) quiere cogerse a la protagonista, pero resulta muy frustrante que ella es inalcanzable, un ser maravillosamente hermoso que no puede ser sometido por nadie. Quizá esté enamorada de su hermano (gemelo) y éste es su complemento. Parece una eterna broma de natura donde lo prohibido sólo se realiza detrás de las cortinas o en una recámara oscura y silenciosa: “Detrás de las bromas se oculta el pánico, se esconde la verdadera naturaleza del hombre”.

Las otras historias representan el momento histórico donde los cursos de superación personal, las manipulaciones televisivas y los engaños del sistema forjan ilusiones y farsas que hechizan hasta al más inteligente de los humanos seres.

#### SI DE INTENCIONES SE TRATA... EL DRAMA EN HUMBERTO

Ni duda cabe de que Humberto leyó a los clásicos griegos y latinos. De ellos aprendió la construcción del personaje dramático. De los escritores contemporáneos nació la necesidad por la escritura: de Chejov aprendió la movilidad inmóvil del personaje; Shakespeare le enseñó el manejo de los diálogos y el

movimiento en el escenario; con Brecht conoció la ruptura del espacio y la valentía de involucrar al espectador en el drama, y los dramaturgos mexicanos (Usigli, Luisa Josefina Hernández, Carballido, Argüelles, entre muchos otros) le legaron la ironía y el sarcasmo de una sociedad mexicana falsa e imbuida en la hipocresía, la ignorancia, la pobreza, la humillación, pero anegada de *tristanza* alburera.

Varios momentos se pueden contemplar en la obra dramática de Florencia. (Un alto. El insolente lector debe conocer que el autor en la UAEM enseña teoría dramática. Sabe los trucos, las disoluciones de los espacios, la construcción de los personajes, el juego del discurso y cómo involucrar a los espectadores en la necesidad del espejo y el silencio de las luces.) En estos momentos de lucidez dramática, Humberto, nacido en el D.F. allá por 1965, representa la evolución en el manejo de los espacios. Ya no sólo claroscuros, ya no sólo irritantes y con todo el desquicio de las conciencias, ya no sólo silencio del cobarde. Florencia apprehendió que el escenario también es un personaje. En él envuelve a los espectadores y los confronta con las realidades internas —la de la conciencia, la de la memoria—, donde cada individuo posee una carga emocional que le permita identificar sus demonios internos, sus enfermedades emocionales que lo conducen a la locura o a la inconciencia.

El espectador se enfurece al mirar cómo Humberto resignifica en el inconsciente la posibilidad de asesinar al padre, a la madre, a la hermana, es decir, a la sangre que no ha permitido que los individuos encuentren su libertad, su capacidad de libre albedrío. Humberto hace que el espectador se contemple y se enfurezca: “No puede ser posible que yo —dirá el espectador— tenga tan mala entraña y desee matar a mi familia”. Y, sin embargo, es la verdad, la realidad de una sociedad donde la

frustración, la represión, la mendacidad son panoplias de seres enfermos, capaces de perpetrar el asesinato más cruel, el acto más humillante, tener la actitud más vil sólo por placer.

Desde *Exquisitas perversiones*, nuestro autor recupera lo que aprendió de la tragedia griega y lo adecua a la realidad contemporánea. Pero ya los dioses no tendrán la oportunidad de influir en las decisiones de los hombres. No. Ahora las frustraciones, la falta de libertad, el sometimiento irán forjando un síndrome humano que hará a los personajes llevar a cabo lo que en el sueño piensan o lo que el inconsciente desea: la muerte de quien los ha conducido a la locura o la falta de razón. Hará evidente la sangre, el dolor, la miseria, sí, pero todo con un fin: la confrontación con el que mira. Sus personajes dramáticos siempre serán o grotescos o divertidos o chuscos o demoniacos. Aun la propia muerte será una ironía. Nacerá de ellos la soledad del acto inconsciente y engendrarán monstruos incapaces de enfrentar a los demonios que llevan en el alma.

El juego en las obras de teatro de Humberto tendrá su base en la negación de la realidad, la verdad del espacio, la memoria, la solidaridad humana. Todos los personajes se mentirán; no sabrán de la realidad, ni siquiera con su propia muerte. La memoria les jugará una trastada y sufrirán sus actos en vida: la locura los conducirá a la soledad extrema.

En ese tenor, el escritor Humberto sufre, padece la lucidez de su obra dramática, pero goza la escritura. Es un personaje imaginario que se mete en su propia obra y disfruta del quehacer poético, de contemplar cómo sus personajes se destruyen o se mienten, se gozan o se padecen, se enamoran o se odian, se desean pero se matan. Humberto se sabe un escritor asesino serial de sus personajes, un jugador que refracta lo que otros no dicen. Confronta sus deseos con los de los

espectadores y sus personajes sólo son pontífices en el ajetreado mundo de los hombres.

Para Humberto, la vida es un divertimento en una rueda, pero una ruleta donde la suerte también resulta una mentira, porque está controlada por los poderosos. Sabe que el sistema puede meterse en la médula del alma —dije del alma, no de los huesos—, porque a la plutocracia no le gusta perder el control. Por ello, todos los escenarios de Humberto son hospitales psiquiátricos, basureros, cárceles, vecindades, prostíbulos, estructuras mentales, cerebros desquiciados, memorias que pierden los límites del tiempo, sexos enmohecidos por la falta de uso. Cada uno de los espacios en los dramas de Florencia no son objetivos, reales, sino que los representa mediante la locura de la palabra o el desquiciamiento del discurso. No es necesario que el personaje juegue con su propia muerte; los personajes son la muerte, el demonio, la maldad. Dios está ausente de la dramaturgia humbertiana o, por lo menos, se hace el desentendido. Para los personajes dramáticos de Florencia no hay mañana; están solos e incapaces de saberse humanos. La humanidad es una falsedad. No se sabe la diferencia entre ser hombre y ser humano. Humberto lo sabe y lo representa a la perfección. Lo grotesco cobra lucidez y alegría; lo furioso desguinda la amabilidad de los días; la maldad refracta la alegría de la vida, la locura, la verdad de la existencia.

Humberto, como sus personajes dramáticos, sabe existir y sabe que existir depende de encontrar la verdad de las emociones, de las sensaciones, de los momentos de pasión. En los personajes de Humberto no hay hipocresía, pero sí engaño. Las confrontaciones y los males de los personajes estriban en la negación de la necesidad sexual. La existencia para Humberto está en la libertad de la escritura. Es libre en la medida que sus

personajes hablan y se regodean con sus falsedades, con sus obsesiones, con sus engaños. La realidad no se escoge; se construye, se vocifera en las entrañas de las mendacidades que los poderosos han incrustado en la conciencia de los hombres.

Por ello, el juego, la ironía, el sarcasmo funden la estructura dramática de Humberto Florencia y la conduce por las veredas de la inexistencia en la desmemoria de la humanidad.

En *Intenciones ocultas*, incluido en *Intenciones perversas (dos de teatro dos)* (UAEM, 2000), recupera el mito de Caín y Abel: los personajes son Joaquín, Omar y Miguel (papá) Covarrubias. Joaquín mata a Omar en pleno estado de locura, generado por la represión que la madre (Amparo) ejerce contra él. La confrontación es evidente, y la lucha entre las generaciones, inevitable. Nadie tiene sosiego y la música de la garganta se incrusta en la falsedad de la conciencia.

*Exquisitas perversiones* (representada en 1998, escrita en 1997), incluido en *Intenciones perversas*, modifica la percepción del espectador porque lo mete en la confrontación de los personajes dramáticos. Con el ir y venir del tiempo y, sobre todo, con la ilusión de la cámara cinematográfica, Humberto juega con el tiempo de la memoria. Las protagonistas (Mayra, Esperanza, Liliana y Serena) se encuentran o tratan de encontrarse en el cuarto donde emitieron un juramento: reunirse en cuatro años para extirpar sus demonios. Sin embargo, la soledad, la ambición, las frustraciones y la falta de libertad las conducen a enfrentar la verdad del pasado: todas traicionaron sus principios y la vida las arrojó a las calamidades humanas. Cada una de las mujeres tiene problemas psicológicos que fueron creciendo con el paso del tiempo. Las cuatro se saben putas o lesbianas o masoquistas, incapaces de enfrentar la traición que provocaron o fueron mudas testigos de ellas. La

incompatibilidad de sus comportamientos termina presentándose ante el espectador como un cúmulo de obsesiones y necesidades que genera patologías que son causantes de la muerte de todas, una física, otra metafórica, otra espiritual y humana. Ninguna está segura de que la verdad les pertenezca porque los padres les inculcaron férreos valores, ética y moral. Ninguna de ellas quiere creer la verdad porque al final la ansiedad y las necesidades sexuales o las represiones las conducen al laberinto de lo irreal y al juego de la desmemoria. Humberto juega en el escenario y permite al espectador interactuar para que sea mudo testigo de los desencuentros humanos y de la falta de solidaridad humana o se enfrente a sus propios demonios ante una realidad ficcionalizada-dramatizada que involucra todas las injusticias humanas.

## EL MUNDO SEGÚN HUMBERTO

Amanecer en el frío ciudadano. Contemplar el rostro de los otros sin mirar las miradas de la muerte. Comenzar la canción eterna: la soledad de las gargantas que no tienen refugio. Y detenerse a contar la historia que marcó la existencia al viento, a la nada, a sí mismo. Entonces, se desvanece la memoria, el deseo de encontrarse nuevamente en un estado normal, en ese estado en que la sociedad acepta a los hombres, pero saber que ya no se podrá ser, que el ruido de la gente acaba con la tranquilidad del espíritu.

Y la tranquilidad es lo que menos existe en el mundo narrativo de Humberto. Nadie puede tener sosiego, lector emancipado; nadie podrá ser el mismo cuando se acerque a los textos de Florencia, porque serán, inicuos lectores, presa del acto teatral, de la inexistencia en el mundo ficcional. Y los lectores

desentendidos amanecerán fríos y el mundo narrativo —otrora preciso, espacial, físico— estará en el limbo, en la indefinición.

Por ello, los textos que forman parte de esta antología invitan a comprobar la evolución del narrador y dramaturgo Humberto. Tres facetas se pueden identificar en Florencia: una, el escritor que actualiza mitos; dos, el autor que somete a las conciencias y describe a la perfección el daño colateral que generan las sociedades decimonónicas pensadas a la mexicana, y tres, el incansable ser humano que no teme decir lo que sucede a los otros cuando son hipócritas y falsos, mendaces y sedientos de venganza, lamebotas y aduladores.

El chilangomexiquense (Humberto) es un hombre de su tiempo. No huye del silencio que le provoca lo abstruso de la realidad. Se diría que Florencia juega con lo esotérico y deambula por las calles —solo, inquieto, apesadumbrado— buscando cómo interpretar lo que mira y escucha. Marcas comerciales, programas de televisión, películas, carteles, anuncios, conversaciones de adolescentes, gritos de amas de casa, intentos de riñas, peleas, todo es material narrativo para el autor de esta antología.

En la obra de teatro *Pequeñas especies*, los personajes están recluidos en un hospital y sus nombres son diferentes a los normales: Ludens (anoréxica y asesina), Logos (manipuladora y seductora) y Lebel (ninfómana y esquizofrénica). Mediante el juego del espejo, las emociones se refractarán en el público que mira y que se dará por ofendido. En el hospital están en calidad de especies; es decir, experimentan con ellas: mutilan sus cuerpos, las emociones, las sensaciones y las obligan a mentirse y mentir. No son capaces de identificar la verdad de la realidad, la realidad de la verdad. Todo es un enorme escenario donde el espejo es el personaje dramático, pero a la vez es el espectador.

El drama se divide en Diagnóstico, Padecimiento, Síntomas y En remisión (epílogo). El juego de Humberto consiste en la necesidad de saberse vivas; cada una de las llagas o enfermedades que padecen les permite respirar y saber que la existencia es una realidad; realidad que, aunque no guste, es la única que los seres humanos perciben y gustan. Dice Logos: “Las maldades se nos van metiendo de a poquito hasta que localizan nuestra íntima fragilidad y cuando menos lo esperamos...” somos la propia maldad. Oración que será colocada por el espectador. Por ello, los símbolos: el espejo, el ojo, el reflejo desguindan la vacuidad de la existencia y la permean en la soledad de la conciencia.

Las múltiples voces que se escuchan en el drama provienen del interior de una niña que, con el paso de los años, será una enferma mental y emocional porque sus padres la obligan a desarrollar todo aquello que no le gusta. Y por ello, las tres enfermas enfrentan el asesinato que cometieron desde tres perspectivas: hija (padre), hermana (hermano) y esposa (esposo), que no las dejará vivir en paz, sino hasta que se digan la verdad y la confronten con sus miedos y sus aberraciones humanas. El dramaturgo enfrenta al lector espectador a la verdad: las enfermedades del alma son cultivadas en la imaginación de los hombres y se irradian al cuerpo que es frágil y finito.

*Tronos de escorias* (estrenada en el Teatro Universitario Plaza de los Jaguares, en junio de 2002) es un juego-disputa entre los arcángeles —seres que, después del hombre, gozan del privilegio de Dios— y el culpable de los males de la humanidad —el Demonio—, y, por ende, es una confrontación entre lo divino del ser —el amor— contra la seducción —el deseo, el sexo— que mantiene dando sobresaltos a la conciencia de la humanidad. Humberto recrea el añejo problema del universo: el conflicto entre el bien y el mal, y la necesidad del infierno de hacer de este

mundo un sitio de calamidades y muerte, pero con el toque de humor que todos los que conocemos a Humberto gozamos.

Los textos narrativos forman un ciclo, una historia capaz de entrelazar dolores y frustraciones. Inicia con “Malas compañías” y cierra con “Buenas compañías”. Vagabundos, desesperados, menesterosos, desempleados, alcohólicos, desadaptados, psicópatas, entre muchos otros, andarán por las páginas de la narrativa que se presenta en este volumen. Las historias serán fundadas en la psicosis, el asesinato, la convivencia entre seres olvidados por el mundo, mujeres que sueñan con ser divinas y bellas: un crisol de imágenes grotescas que engañan y causan miedo al lector.

Uno de los personajes de “Entresuelos” dice: “Hace mucho que ya no soporto sus gritos; es como si mi cabeza hubiera absorbido todos los horrores que hemos provocado”. Son seres sin escrúpulos, pero con conciencia o, mejor dicho, seres que han perdido la conciencia al perpetrar el asesinato, pero que no pueden superar ser parte de la realidad infrahumana de una sociedad que juzga y mata.

En fin, es una crítica social a través de la literatura o la literatura que implica una crítica social. Escritura que invita al lector feroz a sentarse a leer y gustar de la vida y de la realidad. Porque, como dice el propio autor en voz de sus personajes, “...usted es como Humberto, un ocioso que se la pasa leyendo libros y criticando a los que en verdad trabajan”. Necesario decir más.

¡ÉJELE!, USTED ES UN INVENTO DE MI COMPUTADORA

Recuerdo —no cuando leí su primer cuento— la ocasión que estuvimos charlando sobre su obra en el Bar 2 de Abril. Dicharachero, alegre, conocedor del albur y los juegos de

palabras, Humberto paladeaba una garañona y se divertía. Siempre ha sido un niño; siempre —aun en los momentos más complicados de su existencia— le ha encontrado sabor a la vida y un fardo de ironía a la existencia.

Para él hacer cuentos o narraciones implica desmembrar al personaje, hurgar en lo más soterrado de las emociones, triturarle la conciencia es material de sus obras dramáticas. Estoy seguro de que Humberto, cuando escribe, se ríe mucho, se carcajea, se pitorrea de la gente que tiene a su alrededor —no de su familia, claro—, porque sabe que son un montón de ególatras que andan buscando prebendas, premios literarios, reconocimiento y, sobre todo, sacarle provecho a los puestos públicos o al poder docente.

Humberto se burla de él mismo. Incluso se describe como personaje de sus propias historias. Él es un personaje de su casa, de su familia, de su trabajo. Él juega a ser personaje literario. Humberto sabe que debe jugar con la literatura para sobrevivir a la oscuridad. No quiere ser parte de la mentira, no quiere no *existir*; quiere ser un color rojo, azul, verde, una tonalidad del crepúsculo, un juego de la memoria, un espacio donde todo sea locura en la cordura, natura de la literatura, letra nesciente de la cordura en la duda.

#### CODA, AUNQUE LE DUELA AL AUTOR

Si bien es cierto que Florencia retrata la decadencia humana del siglo xx —quizá hasta el hartazgo—, también lo es que la sumisión es la culpable. No es lo mismo disertar sobre la felicidad —esencia humana difícil de describir— que relatar, contar, representar o figurar una realidad en declive moral, ética y humana, que desde tiempos remotos ha permeado a las sociedades.

Para realizarlo con maestría se requieren no sólo infinidad de voces, sino de un mundo narrativo donde la complejidad dialógica permita a los lectores el reflejo de una sociedad que vive presa de la mentira y, por tanto, ausente de felicidad.

La eterna utopía que los hombres han negado por milenios es la felicidad, pues estar alegre significa que no se tienen necesidades; en cambio, negarla y, sobre todo, insistir en que la alacridad regurgita todo lo que el hombre racional no tiene —paz, libertad, sosiego, dulzura, amor—, resulta la diatriba más compleja que sólo unos cuantos pueden transmitir mediante la escritura.

En ese mecanismo de obsesión narrativo-dramático se corre el riesgo de la repetición temática; se cae en la trampa de la anforización de los caracteres, pues se puede olvidar cuánto se ha mirado un personaje, una situación, un conflicto, y la memoria olvida la innovación —no formal, no estructural—, pero sí en la formación de las tipologías humanas. Y en esta linde se halla la escritura de Humberto, aunque la descripción de la decadencia, miseria y sumisión humanas sean retratadas con pensamiento de profeta.

Decadente será el hombre que no entiende su lugar en el mundo; decadente, el ser racional que no comprende la esencia de las palabras; decadente, el estúpido lector que no ve más allá de lo inmediato; decadente, el mundo donde la existencia no tiene cabida. Miserable será el ser humano que niega la felicidad; miserable, el intelectual que no ofrezca más que una solución inmediata: el suicidio o la muerte. Sumiso será el escritor que niegue la solaciedad de la escritura y se construya una panoplia de salacidad incapaz de mirar cómo el crepúsculo canta; sumiso, sólo aquel que no entienda la complejidad de la escritura.

Pues, al final de cuentas, escribir por vocación o necesidad también es una forma de sometimiento, aunque éste —gracias a la comprensión de la polisemia de las voces— permita reflexionar, meditar, analizar de todo aquello que los seres humanos han huido por milenios, porque la escritura también resulta peligrosa, pues la tautología narrativa puede ser una eterna trampa. Y se corre el riesgo de no existir.

\*

Las aportaciones literarias y dramáticas de Humberto estribarían en la búsqueda de nuevas formas de narrar o de examinar personajes, espacios, seres, conciencias, moral: una desde la inconciencia; otra desde las estructuras cerebrales que impiden a la conciencia identificar las nece(si)dades humanas de libertad, solidaridad y angustia; la final, la de ensayar: el espejo como mudo testigo de la soledad de los espectadores; la lucha entre la realidad y la utopía de un mundo donde todos son presas de la nostalgia de libertad, de la comunión con el ser, incapaz de alcanzarse. Humberto, ¡Jesús!, calla que ya no tengo más que decir: humo en el beso irredento.

MARTÍN MONDRAGÓN ARRIAGA  
*Ciudad Universitaria, junio-julio de 2014*



Romper en gritos  
Antología personal



*A Ivonne y Fátima  
A Rosbelia Jaimes y Hened Abraham Frangie*



# Cuentos



## MALAS COMPAÑÍAS

Llegaron al basurero, impulsados por la misma necesidad de refugio. Eran cinco hombres que se arrimaron alrededor de una fogata, demasiado pequeña, pero bien ocupada en calentar.

¿A quién se le ocurrió encender aquel fuego? ¿Y si vinieran otros para arrebatárles el refugio? ¿Y si provocaban un incendio? A quién le importaban esas menudencias cuando seguramente el calor no duraría mucho.

Se aproximaba una helada y su amenaza los obligó a dar un paso hacia las tímidas llamas. Entonces, levantaron sus cabezas para conocerse. Se parecían tanto que no valía la pena asomarse al espejo de enfrente. Llevaban tantos años de silencio que, seguramente, ninguno se ofendería por el comportamiento poco sociable de los otros.

Luego de un rato, uno de ellos extrajo varios papeles del interior del abrigo, los que arrojara al corazón de la hoguera; en todos los documentos se apreciaba el escudo de la universidad. Al fin estaban sirviendo para resolver un problema. Y cuando hubo terminado su labor, dio media vuelta con la intención de marcharse.

—Quédese —no supo de dónde provenía la voz—. No es conveniente moverse de aquí. ¿O prefiere toparse con sus verdugos?

Dijo “verdugos”. Sin duda era la palabra correcta para definir a sus perseguidores, quienes lo obligaban a destruir los títulos que lo acreditaban para ejercer la abogacía.

—Yo que usted, me largaría de aquí —le aconsejaría el de los lentes con un cristal roto—. Con seguridad lo recibirá una muerte más piadosa que la ofrecida por este frío.

—Pero a lo mejor lo esperan en su casa —comentaría el tercero, al que le faltaba un brazo—. Ahora que, si ya no le agrada el dulce bizcochito de su mujer, pues yo me ofrezco para hacerle el quite. Bueno, dicho sea con todo respeto, caballero.

Con la ocurrencia, todos soltaron la carcajada, excepto no el ofendido, sino el tipo que guardaba su rostro en una capucha.

Poniendo un poco de atención en el atuendo del silencioso, aunque desgastado, se distinguía un abrigo semejante al de los demás.

Se animaron, lo que dio lugar al ofrecimiento de cigarrillos y un trago del cuartito de aguardiente que alguno llevaba por casualidad.

Empezaron a contarse chistes, de esos que les gusta oír a los hombres entristecidos.

Y la pequeña botella circuló de mano en mano, de boca en boca, de tristeza en tristeza. Era tan poco el licor, pero alcanzó para todos. Posiblemente nunca se acabaría, no antes que la memoria. Súbitamente recordaron nacimientos y muertes, distintas historias, muchas de ellas inventadas, pero que formaban parte de su vida personal.

—Tengo los ojos repletos de espanto —reflexionó el hombre de la advertencia, quien, viéndolo de cerca, tenía una cicatriz en la frente, que daba la impresión de tener la cabeza partida a la mitad—. Hace mucho, la gente pagaba para contarme sus pesadillas.

—¿Eras sacerdote o psicoanalista? —todos rieron, menos el de la capucha.

—Cuéntanos.

Escuchar a tantas personas lleva consigo un gran riesgo, porque a veces se confunde lo verdadero con lo inventado y, en ocasiones, la vida de los otros se mezcla con los recuerdos personales.

Pero se atrevió a hablar.

Hubo una mujer en su vida. Al parecer la amaba, pero quién podría asegurarlo. No hay nada de extraordinario en conocer a una persona para compartir fracasos, dolores y un poco de sexo, sólo que entre ellos había una codependencia desigual: ella necesitaba afecto, él destrucción; a ella le debían suministrar medicamentos para controlar las convulsiones, él ingería alcohol para salir de las depresiones. Al final, ella se quedó atrapada en la tina de baño mientras él dormía el sueño del mago Bacardí Añejo.

Al término del relato, nadie podría afirmar si la experiencia era propia. La única verdad estaba en la botella sostenida con ambas manos, por lo que buscaron la caricia de sus labios de vidrio... Por desgracia, el afecto se había terminado.

Una ventisca les recordó la falta de alimento para el fuego. Rápido. A buscar papel o madera, pero pronto. Si descuidaban la fogata, no sólo serían víctimas del frío, sino de los animales, como perros, ratas o vayan a saber qué extrañas criaturas nocturnas.

Todos se preocuparon por su salvación, menos el de la capucha.

—Ayúdanos —exigió el de los lentes rotos.

—Hazlo o te largas —para el hombre sin un brazo, el tipo debía aportar algo o lo expulsarían de tan selecto club.

—Déjenlo en paz —dijo el que, momentos antes, había destruido sus papeles—. Yo me encargo de su parte.

Juntar una buena reserva de materiales que pudieran satisfacer el apetito de la hoguera les tomó un poco más de una

hora y, si no continuaron buscando, fue debido al fresco que por poco los adormece para siempre.

Faltaban alcohol y cigarros, pero al menos un calor los seguía protegiendo. ¿Qué hora sería? Ninguno llevaba reloj. Por la intensidad de la helada, aún debían esperar lo peor.

—No sobreviviremos —era la rendición del hombre partido a la mitad.

—No sobreviviremos —lo apoyaría el de la mirada fragmentada.

—No estoy tan seguro de ello —dijo el tipo sin un brazo. Algo debía confesar.

Cinco minutos de esplendor le corresponden a quien los busca o al menos así lo dicta la mediocridad generalizada.

Con ese inicio, los demás estuvieron atentos al discurso del compañero.

La gente lo admiraba. ¿Qué había hecho? Liderar a un grupo de incautos, obtener trofeos, aparecer en televisión; era difícil precisarlo.

Viajaba por carretera con rumbo a la playa para festejar un triunfo. Sin importar el reciente éxito ni la advertencia de su esposa para que bajara la velocidad. “¡No seas necia!”. ¿Qué podía pasarle a la familia de un consentido de Dios? Posiblemente nada, salvo encontrarse de frente con un tráiler.

Cuando despertó, le dieron la noticia de que su esposa e hijos habían muerto. Afortunadamente él sólo había perdido un brazo.

—Me gusta el mudito para que nos cuente su vida —de nuevo, el burlón hizo de las suyas. Al parecer, la provocación era una de sus mejores habilidades.

—Así estamos bien —intervino el hombre de los papeles con el emblema de la universidad.

—¡Ni madres! O se descubre el rostro o aquí le pinto su calavera.

—Cálmate, hermano.

—Suéltame, no me agarres.

Sin importarle los posibles estragos en la mano restante, empuñó un pedazo de espejo, lo suficientemente peligroso como para cortar con profundidad.

—Deja ese filito por la paz. Las heridas siempre son irreversibles —comentó el sujeto con el rostro dividido.

Suplicaron por su prudencia, pero el mejor remedio consistió en atacar por sorpresa. Un golpe en la cabeza fue lo justo para dejarlo inconsciente.

El hombre del lente partido comenzaría a justificar su agresión.

Le fascinaban las armas al grado de coleccionarlas, especialmente las pistolas.

Invertía su tiempo en limpiar revólveres y escopetas. Pieza a pieza las ensamblaba a la perfección, lo que le transmitía una sensación de grandeza. Pensaba que podía dominar las leyes de la probabilidad, lo que significaba la certeza de precisar el instante de un disparo y la colocación exacta de la ojiva.

Jugando, apostando con sus amigos, intentó repetir las proezas de Guillermo Tell o reivindicar el nombre de su tocayo Burroughs.

Absurdamente, el reto era instalar una bala en el centro de una moneda, la que a su vez se colocaría en la cabeza de un niño, su hijo.

Apostaron; quien ganara se quedaría con las riquezas del otro.

Sin embargo, la pistola no funcionó como debía. El arma estalló, sus fragmentos se dispersaron por todas direcciones,

provocando que un ojo le quedara astillado por los trozos del cristal de sus lentes.

—Excelente.

¿Quién habló? No podía ser el que reposaba en el suelo. Díganlo de una vez. La intensidad del frío, de la noche y de las confesiones no ameritaban bromas crueles. A ver, cuál de ustedes era el gracioso que se burla del dolor ajeno.

—Nunca me regodearía de nuestras angustias —al parecer, la voz provenía del encapuchado.

—¿Quién eres? —se precisaba preguntar ya que la voz les parecía familiar; la escucharon desde el interior de sus temores.

—¿Si les dijera que soy al que prefieren no invitar a sus casas?

La respuesta parecía lógica. Así que esa era la razón por la que cinco individuos, distintos pero tan idénticos entre sí, se habían reunido precisamente en el estercolero de los arcángeles enfermos.

Antes ya habían escuchado esa pregunta, era como volver a experimentar el pasado. Viajar por carretera y con la amante entretenida en exprimir los jugos espermáticos. El alma en un impulso. Concluido el encanto y limpiándose la boca, la joven le preguntó si la quería. Hubo apenas una distracción para quedar sin oportunidad de esquivar el automóvil que envistieron de frente. El último recuerdo fue el de un pedazo del parabrisas incrustándose en su rostro.

Cinco moscas, tan gordas de resentimientos, no podían concluir sus existencias olfateando sus propias amarguras.

—Por mí no se interrumpan, me agrada escuchar —dijo el encapuchado; en esos momentos, todos pensaron que se trataba de la muerte.

Para demostrar su verdad, les pidió que certificaran la respiración de quien se encontraba inconsciente en el suelo.

Había fallecido.

El resto de los invitados permanecieron en sus lugares.

Todos ellos se preguntaron por qué se prolongaba su fallecimiento.

¿Correr? Imposible. De todas maneras la muerte los alcanzaría.

No cabe duda de que el Ejecutor elige sitios extraños para citar a sus clientes.

—¿Qué esperas? —preguntó el de la mirada imperfecta.

—Compadécete de mí —suplicaría el hombre sin un brazo.

—¿Podemos negociar? —no estaba de más la pregunta.

El hombre del albornoz se había interesado en las historias contadas.

—El frío se intensifica —respondió el encapuchado—. No estoy seguro de que logren sobrevivir en estas condiciones. Ustedes guardan dolores muy profundos, característicos de los condenados.

Digamos que estaba dispuesto a escucharlos, por lo menos para ir pasando la noche de manera agradable.

—¿Y si nos negáramos a contarte nuestras historias?

—Ustedes deciden qué tan corta puede ser la velada.

—Sólo conocemos relatos horribles.

—De bestialidades y otros monstruos.

—Romper en gritos.

—Cuentos extraordinarios y nada más.

—Muy bien, los escucho.

Resolvieron entonces contagiar de sus pesadillas al Emisario.

Cada uno sabía más de un relato que podía distraerlo de su encomienda, y, quién sabe, de ser más astutos que el encapuchado, lograrían expurgar sus culpas y transmitírselas.

Pues bien, comenzaron a declararle sus odios; tan distintos, tan abundantes, tan necesarios para mantenerse vivos...

“Salieron del centro, de ninguna parte; se dirigen al norte, a donde sea, pero lejos”. Alguien tomó la palabra. “Sus esperanzas no son diferentes a las de otros...”.

## PANDORA

Salieron del centro, de ninguna parte; se dirigen al norte, a donde sea pero lejos. Sus esperanzas no son diferentes a las de otros ni sus recorridos son más sencillos. Pero siempre vale la pena intentar que la historia olvide sus rencores contra ellas, aunque sea por un instante.

Eran cinco mujeres, más o menos alrededor de los veinte años. Unas escuincas en realidad, aunque muchos dijeran lo contrario. Aunque, para los cazadores de talentos, tenían edad suficiente para ser ofrecidas al banquete de los apetitos sin saciar.

Ellas preferían no ser las empleadas de una franquicia norteamericana con un sueldo inferior al de las cucarachas ni cuidar de un esposo en lento proceso de degradación; pretendieron que un dios ciego se apiadara de sus destinos y las alejara de los Constructores del Mundo: los que fabrican las guerras, los encargados del entretenimiento, los que designan los precios, los que trabajan para que las economías no se colapsen.

Por eso, las cinco mujeres cargaron con todas sus pertenencias, nada, y salieron a recorrer los caminos, sin importar que los demás pensarán que sólo eran unas putas en busca de una vida fácil.

No sabían que los senderos te devuelven al punto de partida. Como en el juego de las escaleras y serpientes, las efímeras promesas te prometen subir, pero cualquier paso, cualquier

duda o rebeldía, cualquier tentación o debilidad, te precipita al fracaso.

No podían regresar. No derrotadas, no preparadas para el conformismo.

Sus nombres serían importantes, siempre que alguien las supiera distinguir entre los posibles cadáveres esparcidos por el camino. Nadie podría asegurar si eran ellas quienes dijeron ser o si las verdaderas mujeres fueron las que permanecieron en sus casas.

Virginia, Lety, Olga, Mari y Felipa. Cinco. Cualquiera podría llamarlas como se les antoje. Ellas serán tan felices como la cantidad de dólares que pudieran adquirir. Entonces, que ninguna se quede atrás, ¿o a poco ya se arrepintieron? Nunca. Todas quieren escapar de la pobreza, de las malas querencias y del culo del diablo donde nacieron.

El pollero les prometió cumplir con sus sueños, o mejor aún, llegar al mismísimo paraíso, hasta donde ningún zarrapastroso ha podido quedarse. Al menos eso es lo que informan los periodistas en los noticieros de la televisión.

Tenían que adentrarse al meritito norte y, una vez aposentadas en la tierra donde se inventan los sueños, olvidarse de todo, de la familia y de una lengua tan cargada de rencores y maldiciones; se arrancarían la piel, los ojos, el corazón por completo para comenzar una nueva vida.

Lo que ustedes pidan, mis reinas; sus sueños les serán concedidos. Ojos azules, rubias, con vestiditos de lujo y un ejército de marines peleando por su amor. Abogada, senadora, empresaria, doctora, actriz. ¿Otra cosita? Si no es mucha molestia, sería lindo llamarse Michelle, Jennifer, Nicole, Lindsay o Hilton.

Pero dejémonos de fantasías para concentrarnos en las cinco mujeres que han decidido viajar cientos de kilómetros,

clandestinas, en el interior de un compartimiento oculto entre las redilas de una camioneta Ford desvencijada.

¿Cabén todas en esa caja tan pequeña? Cómo chingaos no. Bien arrejuntaditas, hasta siete u ocho. ¿Qué tanto espacio pueden ocupar? Así de flacas podrían entrar hasta en el mismísimo infierno que siempre se atiborra de visitantes.

La primera de las pasajeras sospecha de la honestidad de quien promete pasarlas, sin problemas, a la Unión Americana. A la segunda le valen madres las demás, ella quiere llegar con unos conocidos de Oklahoma (lo que no sabe es que fueron arrojados por un desconocido a las vías del metro). A la tercera le ilusiona la posibilidad de viajar a otro mundo. A la cuarta le preocupa escapar lo más pronto posible, porque la persiguen las guardias por declararse simpatizante de las izquierdas. La última piensa que su hijo, que lleva en el vientre y de padre desconocido, tendrá mejores oportunidades.

Todas tienen razón, pero también se equivocan.

De pronto les viene una fuerte urgencia por regresar.

¡Por fin! ¿Quién las entiende? No se sienten a gusto ni aquí ni allá. Así, ¿cómo pretenden cruzar medio continente sin pagar un alto costo por su osadía?

Después serán motivo de indignaciones por parte de intelectuales y políticos, quienes le reclamarán al vacío por no haberlas protegido. Pero, mientras tanto, dejémoslas que solitas se den en la madre.

Llevan varias horas atrapadas en un pequeño compartimiento. No tienen chance para estirarse ni para reacomodar la postura porque el espacio es reducido. A una ya se le entumió un brazo; la segunda tiene comezón en la espalda; la tercera se ha dado un tremendo porrazo en la cabeza por el constante brincoteo del transporte; la cuarta llora en silencio; la quinta

se aventó un pedo olorosísimo provocando las maldiciones de las otras.

Ojalá supieran cuál es el lugar en donde se encuentran.

Hace un buen rato que dejaron de escuchar el mar y sus latidos.

Tal vez fue por el miedo, pero hasta el momento no habían cruzado palabra entre ellas. Ahora sería un buen pretexto para proporcionarse confianza. Alguien ha preguntado, qué cosa, quién sabe, por el lugar de origen, por los padres, por lo que esperan encontrar al final del camino. Pero nadie responde. No importa, seguramente tampoco se dijo nada.

¡Al fin, un distractor! Se distingue una canción proveniente del radio de la troca. Cuántas veces la escucharon y sólo hoy le ponían atención a la letra y a la melodía.

“Los caminos de la vida no son como yo pensaba...”, decía la tonadilla. Entonces, pensaron en los bailes del pueblo, repletos de color y carcajadas; en el novio pendejo que jamás se atrevió a meterles la mano por más cortas que llevaran las faldas o los escotes; en el hermano que fue arrastrado por las aguas de la inundación y que tampoco hizo el intento por salvarse; en los cuerpos de las adolescentes encontradas en una fosa común y de las que, a pesar del alto grado de descomposición, se supo que fueron torturadas y violadas; en el hijo que estaba por llegar.

De pronto, el calor se intensifica. Tienen sed, hambre y tristeza. ¿No podrían detenerse un ratito para descansar? Sería bueno darse un baño, comer algo, moverse un poco, al menos para recuperar la sensibilidad del cuerpo.

Las apestadas de un mundo son intrascendentes para quienes llevan más de cien años defendiéndose de los gabachos; de esos güeros que sólo piensan en regresarlos y sumirlos en

la indigencia. Las murallas y las cruces por los caídos son más hermosas que un hombre digno.

Pensándolo con optimismo, no hay mayor placer que el causado por la humillación del más débil. Nunca antes, en la historia de la humanidad, la miseria ha generado tanto beneficio para unos cuantos. De lo contrario, Dios no defendería a los gabachos, no debiera hacerlo cuando el sur quedó despojado por la ambición de la gente del norte.

—¡Déjenos salir! —era un grito de desesperación.

—Pare el camión, se lo suplico —un segundo reclamo.

—Por su madrecita, que ya no aguantamos.

—Necesitamos comer.

—Tenemos la ropa manchada de porquerías.

Las cinco mujeres habían encontrado algo que las unificara.

—¡Cállense, cabronas, si no quieren que la migra las descubra! —el conductor no se andaba con rodeos. Le urgía concluir el trabajo lo más pronto posible— Todavía nos falta más de la mitad del camino. Aguántense.

¡Ni siquiera la mitad! Era demasiado; ya no podían soporarlo. El cuerpo entero se les había engarrotado y les reclamaba un descanso. Tenían sed, hambre y un tremendo dolor en los brazos, la espalda, en el ánimo.

¿A quién se le había ocurrido la idea de viajar en el interior de tan pequeño universo? A todas. A ninguna. Bueno, eso no importa. Al principio, la propuesta no parecía tan descabellada. Desde afuera de la camioneta, el pequeño espacio parecía amplio, cómodo y, recostadas, quién iba a protestar por el cansancio.

Pero a veces, o siempre, los planes fallan.

Habían perdido la noción del tiempo, de las sensaciones, del interés por llegar al destino planeado; habían olvidado que

provenían del centro del continente, exactamente donde el puño apretujó con fuerza.

Por un momento, pensaron que iban de regreso a sus casas y que, al salir del encierro, verían el sol en su eterno despilfarro de impavidez. Una de ellas estaba convencida de que la recibiría el señor presidente, con la promesa de otorgar a su padre una digna pensión por haber perdido los brazos en la fábrica. La otra experimentaba el miembro de un hombre guapo y cuya eficacia rítmica le extraería de la garganta una felicidad incontrolable. La tercera vio el rostro del hermano ahogado, un joven que la abrazó con tanta, tanta fuerza, que terminaron por fundir sus cuerpos para formar uno solo, armónico, sin muerte. La siguiente se sumió en una pesadilla en donde la traspasaban con un palo, para luego arrojarla en una fosa repleta de cuerpos multiformes, en descomposición. La última despertó con un grito de pánico, decía que se le estaba saliendo el bebé de sus profundidades.

Intentaron silenciarla, alguien la podría escuchar. Estaban cerca, algo les decía que no faltaba mucho para llegar, y no permitirían que una pendeja les echara abajo sus planes. Agitaron los brazos, las piernas, pero el cuerpo no les respondía. Habían sido tantas horas, interminables kilómetros de recorrido y con un espacio tan estrecho, pequeñísimo, que no tenían ninguna oportunidad para moverse.

Y para colmo, el ambiente se había enrarecido. No había forma de ventilar la caja.

De pronto, la camioneta se detuvo.

—Estamos por cruzar un retén —murmuró el chofer de la camioneta—. Se me están quietecitas o aquí nos lleva la amargura.

Abajo, arriba; norte y sur. ¿Quién dispuso la colocación del planeta? Seguramente un despreciador. ¿Por qué no mirar a

los continentes de manera distinta? Mejor aún, y si la Patagonia se localizara en un sitio inverso al que nos tienen acostumbrados, entonces, estas cinco mujeres emprenderían la aventura de conquistar y reclamar para sus gobiernos, no, para sus vidas, la arrogancia.

Un último sueño antes de llegar a su destino, al fin que éste no se los cobraron y tenían chance de ser rebeldes sin que nadie las juzgara. La primera modificaría el escudo nacional, cambiándolo por el actual emblema de Pepsi. La segunda llevaría su cuerpo desnudo a un rastro y se dejaría penetrar por un millón de cuchillos; así les demostraría a los soberbios que el metal era más placentero y eficaz que todas las vergas del mundo. La tercera escondería en el interior de su piel al hermano que intentaba escapar de la muerte. La cuarta le demostraría al mundo el fraude en las elecciones presidenciales y, por primera vez en la historia de la infamia, los civilizados estuvieron de acuerdo. La quinta dio a luz al Mesías.

La ensoñación se acaba con la realidad, no la propia, sino la ajena.

¡Un momento! ¡Qué se creen esta bola de mugrosas? No tienen derecho a reclamar nada como propio. Stán pen-dejas. Es más, una vez que hayan logrado burlar a los vigilantes, las botarán a la mitad del desierto. Al fin que no pueden exigir nada.

Los oídos son sordos, los ojos son ciegos. Al mundo le vale madres lo que suceda en Centroamérica. Chingao.

No. ¿Para qué precipitarse? Bien pueden sacarles provecho. Son tiernitas y, a lo mejor, hasta son vírgenes. Total. A la mitad de la carretera nadie escucharía sus gritos. Además, ya ni fuerza deben tener. Con el traqueteo de la camioneta y las muchas horas de camino, sus cuerpecitos estarán entumidos y dispuestos para el banquete.

El plan sería el siguiente: allá, más adelante, hay un bosque en donde pueden estacionar la camioneta. Luego, como no queriendo la cosa, se detendrían dizque a descansar. Entonces, sacarían las carnes de su empaque para consumir el gusto. Y si protestaran, pues con un trancazo en la jeta las calmarían y, de ponerse muy a la brava, con denunciarlas a la migra escarmentarían.

¿A quién le iban a creer?

Por cierto, no sería la primera vez que le ofrecieran su mochada a los gabachos para que se volvieran invisibles. Aunque, en la mayoría de las ocasiones, los uniformados preferían buscar el mejor sitio para espiar el festín de larvas, pero, otras veces, eligieron ser los participantes.

Luego que el pollero abandonara a las mujeres a su suerte, sin dinero, sin ropa, sin dignidad y a la mitad de los desprecios, ya sin fuerzas ni siquiera para levantarse y andar, llegaría la patrulla para exigirles sus papeles de identificación. Al comprobar sus orígenes desconocidos, cobrarían su bono de eficiencia.

Cierren los ojos y Dios no se dará cuenta de lo que las bestias ejecutan.

Cuántas veces no se cumplieron esas mismas historias.

Además, las chamacas estaban aterradas, un solo grito bastó para que estuvieran calladas durante el resto del camino.

Faltaban un par de metros y la fiesta daría comienzo.

Si supieran lo que les esperaba.

¿Cómo dicen que se llaman?

La pregunta era para saber a quién avisarle de su paradero y para justificar el presupuesto destinado para la protección de los migrantes.

“Los caminos de la vida, no son como yo pensaba...”.

La camioneta se detuvo. Apagaron el motor, las luces, el radio y la posibilidad de seguir adelante.

—Todavía está claro —advirtió uno de los polleros.  
—¿Desde cuándo te importa comerte una chamaquita a la luz del día? —reclamaría el compañero.  
—Nos pueden caer en la movida.  
—Entonces échame aguas en lo que yo destapo una de las cinco guayabitas.

Demasiado tarde. Antes de cualquier intento, la patrulla de caminos los interceptó.

Pareciera que ya sabían de sus actividades clandestinas. No eran los mismos policías, a estos los acababan de asignar para vigilar el tráfico de indocumentados. Carajo. Un puto papel tiene más valor que cualquier persona.

Obligaron a los responsables de la camioneta a abrir el más que evidente compartimiento, que sólo los ingenuos pensarían que ninguno se daría cuenta de su colocación. Y el asombro fue mayor de lo esperado. Ni siquiera los periodistas se explicaron cómo es que cinco mujeres cupieron en tan pequeño espacio y en tales condiciones.

Una murió de deshidratación. La otra le había arrancado los pezones a la de a lado para beber de un líquido que tanto necesitaba. La tercera se ahogó en su propio vómito. La siguiente estaba inconsciente, en coma, en estado infantil, y al no ser identificada, su cuerpo fue desconectado y utilizado para las clases de anatomía de la Facultad de Medicina. La quinta pasajera tuvo un hijo.

De la epopeya sólo hubo un reportaje en un periódico que ninguno lee y que registra el intento de cinco mujeres por cruzar la frontera norteamericana.

Sin embargo, de acuerdo con la nota del reportero, gracias a las autoridades, las migrantes fueron rescatadas del interior de una caja colocada en una camioneta Ford.

Oficialmente, las cinco salieron ilesas a pesar de la falta de agua y de la suciedad que las envolvía. Una vez que el médico lo estime oportuno, decía la nota, serán regresadas a sus lugares de origen. El que sea.

Las cinco murieron. Pero, de acuerdo con los informes de sus gobiernos, la primera trabaja como telegrafista, la segunda estableció una tienda de abarrotes, la tercera vive felizmente con su esposo, la cuarta es funcionaria de cultura y la quinta educa a su hijo para hacer la revolución.

## EL CAZADOR

Soy el mejor, en todo el mundo no hay ninguno que se me compare. Trabajo que me solicitan, lo realizo con eficiencia y en el menor tiempo posible. Soy un profesional. Mi nombre es lo de menos, pero todos me conocen como el Cazador.

Localizarme es sencillo. Acostumbro dejar una tarjeta sobre el cuerpo inerte de mis víctimas con la siguiente leyenda: “Pronto lo contactaré”. Cómo saber que el sujeto requiere de mis servicios. Basta que la tarjeta ya no se encuentre en el cadáver ni en posesión de la policía.

Aunque es un trabajo como cualquier otro, debo confesar que nada se compara con el arte de la cacería. La sangre, los huesos, el cuerpo entero se exaltan al percibir el delicioso aroma de la angustia de un contrincante; descifrar sus debilidades, saborear la consistencia de sus miedos o casi tocar el pánico dilatándose en las pupilas y manteniendo la distancia justa para que no me sorprenda, equivale a convertirse en un arcángel cabrón y justiciero.

Estoy convencido de que todo hombre, en su momento, debe ser sacrificado. Los individuos son prescindibles, eliminar a cien o un millón es un acto de limpieza necesario. Mi religión no es la homofobia ni el racismo, pero si la mitad de la humanidad desapareciera, el resto viviríamos tranquilos.

Aunque, bajo estos principios, las posibilidades de ejercer el oficio de asesino podrían reducirse... O quién sabe. Mientras

permanezcan tres hombres sobre la faz de la tierra, siempre habrá uno que incomode, el que ofrezca un negocio y el tipo que se propone para eliminar a cualquiera de los otros dos. Caín, Abel y el padre.

Caray, no cabe duda de que la muerte es el negocio más redituable. Si Engels señala que las herramientas nos transformaron de monos a hombres, yo digo que las armas nos volvieron dioses.

Definitivamente, somos depredadores por naturaleza; gozamos con el sufrimiento y nos deleitamos con la humillación. La guerra permite la estabilidad de la Bolsa de Valores; la elaboración de armas ofrece oportunidades de trabajo y su manejo le da sentido a nuestras vidas; el crimen arrincona el alma hasta sus límites más desesperantes y el que sabe mover las piezas a su antojo será el que al final del juego permanezca de pie.

Para cada presa existe una estrategia y el instrumento adecuado para su eficiente realización. Las especies menores no son de mi incumbencia, ya que para los sujetos débiles y mediocres está la policía o los judiciales. Yo prefiero los grandes retos.

A las bestias peligrosas y de igual astucia a la del cazador, es indispensable saber acorralarlas, que no puedan ni siquiera dormir por la necesidad de mantenerse alertas; es preciso dejarles un aviso, ya sea la cabeza de una vaca colgada a las puertas de sus casas o la más apreciada de sus mascotas desangrándose en su cama o, en casos extremos, la extremidad de un hijo depositada, con delicadeza, en su taza de café o en el platón de las ensaladas.

Estos mensajes son provocativos y consiguen que hasta el más sereno pierda el control. Pero, si no fuera suficiente, también recomiendo el servicio postal. Enviar fotografías de la familia o, en su defecto, pequeños paquetes conteniendo orejas u ojos, ocasionan un singular y delicioso pánico al destinatario.

Luego de las primeras intimidaciones, recurro a las llamadas telefónicas, a destruir su automóvil, a la desarticulación de su armonía; desaparezco sus documentos más importantes o, cuando es indispensable, coloco una bala en el lugar preciso, en donde pueda causarles un daño permanente o, de plano, me les planto en frente para cortarles el cuello o la arteria que aún conserva sus desesperaciones. En lo particular, disfruto mantenerlos con vida el tiempo suficiente como para explicarles las causas que me llevaron a destruirlos.

Repito, soy un profesional y no hay nada que me emocione tanto como la persecución y saber que la ciudad es una jungla en donde el mejor de los asesinos puede mantenerse en el anonimato.

Mis clientes provienen de diferentes estratos sociales; en mi cartera cuento con políticos, desde luego; también he prestado mis servicios a sacerdotes e incluso a discretas amas de casa. Le sorprendería a cualquiera saber que son las mujeres quienes solicitan mis servicios con mayor frecuencia y, en el menor de los casos, por asuntos pasionales.

El odio, el desprecio, el rencor, el gusto por la desgracia ajena son un postre demasiado delicioso como para compartirlo con ninguno. Bueno. Luego de un largo preámbulo, ahora me concentro en el más grande de mis desafíos.

Jamás pude conocer el rostro de mi contratante, pero siempre el de la víctima. Conservo en la memoria cada una de sus expresiones, de sus suplicios, de sus miedos. Soy un recolector de pánicos, un devorador de tristezas, el reconstructor del mundo. Gracias a personas como yo, la mayoría de las personas duermen tranquilas por la noche.

Mi caída comenzó una tarde cualquiera, al hallar el acostumbrado mensaje en la escena del crimen; además de la sangre, había una carta con disposiciones precisas:

Persiga y elimine al hombre del traje gris que bebe un ron blanco en el establecimiento localizado en la esquina de F y Z. Obtendrá una suculenta retribución que puede cobrar en los bolsillos del sujeto.

Nunca he sabido cuestionar a mis contratistas.

Esta vez no tuve que acosar al sentenciado, era suficiente con dispararle a la cabeza y el asunto habría concluido. Lamentablemente vaciaron antes el establecimiento; hasta los empleados estaban fuera del local. Ninguno pudo apreciar la mirada de serenidad de quien se despedía de este mundo, con lentitud y por medio de un pequeño orificio en el cráneo.

En ocasiones pienso que los muertos de manera repentina son los más agradecidos y estoy convencido de que mi muerte será la que más se prolongue de entre todas las agonías. Soy un perro salvaje y todos los de mi especie mueren con lentitud, en medio de la noche, en silencio y solos.

Al observar los ojos del desgraciado que acababa de despachar, algo me decía que me encontraba en medio de una trampa y me dispuse a tomar asiento para esperar lo que pudiese ocurrir.

Largos minutos se resbalaron entre los rincones de aquel restaurante.

Con mi serenidad característica, me dispuse a hurgar en busca de pistas. El lugar estaba en perfecto orden: mesas, cubiertos, cocina y cada uno de los objetos, tan limpios como si estuvieran nuevos, y el muerto continuaba imperturbable y desangrándose.

A lo largo de mi carrera, jamás había recibido instrucciones en falso, por lo que no pude evitar un dejo de disgusto en mi ánimo.

Tomé el dinero como pago por mis servicios y cuando estuve a punto de salir de aquella pocilga, preguntándome si ya estaba viejo para estos menesteres, una idea me estalló en la cabeza. Me dirigí a la caja registradora para buscar en su interior la respuesta a mis inquietudes.

No hubo sorpresas. Una lengua metálica, repleta de billetes, sedujo mi instinto. Muy bien, me dije, para ser una broma pagan con generosidad. Embolsé el dinero hasta vaciar la caja, pero en el último de los fajos había un sobre con especial dedicatoria.

Perfecto. Usted es la persona adecuada para el trabajo. Este es un simple anticipo y habrá más, mucho más de lo que se imagina cuando cumpla con el resto del encargo. El siguiente paso consistirá en trasladar un Corolla azul, sin placas, del estacionamiento del aeropuerto a la calle de Buenaventura 39. En la cajuela hay una mujer amordazada y un portafolios. Libere a la tipa, es una pendeja que seguro pondrá en alerta a la persona que nos interesa. Si lo prefiere, puede cogérsela. No nos importa. El contenido del estuche es para usted.

Los retos siempre me complacieron, así que me puse en marcha.

Como me fuera ordenado, puse a la doncella en libertad. Pero hubo algo que complicó el asunto, el rostro de la muchacha me era familiar. La conocí apenas un par de meses antes, durante la presentación del nuevo brandy de la Casa Cold Fire. Se trataba de la misma persona que me contratara para eliminar al esposo y así convertirse en propietaria de la empresa dedicada a proporcionar los mejores sueños étlicos. ¿Coincidencia? No lo creo. Aunque mi rostro iba cubierto, el suceso había logrado inquietarme.

El Corolla azul, luego de abandonarlo, le permití que explotara frente a las bodegas de Casa Cold Fire.

Mientras saboreaba el cuantioso contenido del portafolios, no dejé de pensar en la identidad de la mujer. No era hermosa pues los años invertidos en despreciar al que hoy era su difunto marido, habían transformado sus expresiones. No tuve tiempo para continuar lucubrando qué había detrás de todo este asunto porque descubrí un nuevo mensaje en el interior de la maleta, lo cual podría resolver el enigma.

Lo creí más inteligente. La señora que acaba de soltar es la amante del actual secretario de Seguridad. Me parece que debe comenzar a correr por su vida. Para cualquier aclaración, vea el noticiero de la noche.

Lejos de atemorizarme, supe que participaba en un juego de estrategias. El muy imbécil me estaba proporcionando su identidad. Seguro debía tratarse de un tipo para el cual había trabajado antes. Tras recordar, supe que la dama había solicitado la construcción de una tragedia espectacular, lo suficientemente llamativa para que el periodista que cubriera el evento saliera del anonimato. Así lo hice, quien antes fuera un hombre honesto, al finalizar su existencia se había convertido en uno de los tantos responsables en el tráfico de indocumentados.

Otra de mis funciones, cuando fui contratado por la actual propietaria de la Casa Cold Fire, consistió en el envenenamiento de todos los recién nacidos del Hospital Ítaca, sembrando todas las pruebas para que culparan al director, además que debía soltar el rumor de que en el sanatorio se comerciaba con órganos...

Luego, averiguar la dirección de un periodista y pasarle la nota para que investigue por su cuenta lo que ya está resuelto, es

lo más simple del mundo. El resto de la historia se precipita de manera inevitable: “Ítaca, una de las múltiples propiedades del presidente de Casa Cold Fire, donde acostumbran nacer los hijos de sus amantes...”.

Ahora comprendía que ya no era importante que identificaran mi rostro, pues la mujer que había liberado conocía mi identidad.

—Jaque mate —susurré—. Cometiste un error al sugerir que te viera por la televisión. Ahora prepárate para morir.

Pero ya se me habían adelantado. El célebre conductor de canal 102 y quien supuse era mi traidor, yacía muerto sobre un cómodo sillón de piel y con la inconfundible mancha de plomo y pólvora que lo desfiguraban.

La situación comenzaba a molestarme. Demasiada oscuridad para ser atrapada por un par de ojos bien abiertos como los míos. Me preguntaba si al cadáver aún le sobraba algo de sangre para vaciarla por el piso cuando, sobre el cuerpo inerte, vi una de mis propias tarjetas, cuyo mensaje se había casi disuelto con la sangre de la víctima: “pron... l... con...ré”.

Más que nunca precisaba ser astuto. El Cazador estaba siendo cazado. Ahora todo dependería de averiguar quién de los dos sería el más chingón como para mantenerse con vida. Por primera vez, yo tenía las de perder.

La computadora del sacrificado estaba encendida. En el monitor leí una noticia aún sin ocurrir y lista para ser enviada a los periódicos: “el avión del presidente estallaría al momento de aterrizar”. Sobre aquella información, escribí con grandes letras: TE CONOZCO. Luego pulsé la tecla de enter. El mensaje se había enviado. Justo entonces, mi teléfono recibía la advertencia que apenas había lanzado a mi propio enemigo.

Estuve a punto de salir de lo que sin duda era una trampa raterona cuando un detalle de la casa entretuvo mi concentración. Colgado de la ventana, había un sobre con nuevas instrucciones:

¿Tan cabroncito y ya se puso nervioso? Este tipo de contiendas es lo que nos hace diferentes al vulgo, ¿no le parece? Para continuar en el juego, deberá resolver el siguiente enigma: ¿cuál es el común denominador en cada una de sus anteriores tareas?

Buena pregunta, pero desconocía la respuesta.

Mis acciones estaban predestinadas. Mi adversario se adelantaba a cada uno de mis pensamientos, de lo contrario, nunca habría lanzado el reto. Por mi parte, debía reconocer que mi antagonista me superaba en inteligencia; no había nadie en el mundo que se le pareciera, por lo que solamente alguien como yo lo podría enfrentar.

El siguiente movimiento fue predecible.

¿Cuál era la coincidencia entre la actual dueña de Casa Cold Fire, el director del hospital y el periodista del noticiero nocturno? La respuesta era demasiado fácil: ninguna. En verdad que no había conexión entre cada uno de mis clientes. Excepto...

Como no guardaba papeles incriminatorios, hice un esfuerzo por recordar los puntos de unión entre cada uno de mis trabajos. Pero siempre llegué a la misma conclusión: no había ningún indicio que uniera a cada uno de los puntos... De no ser porque el Cazador había trabajado para cada uno de ellos.

Sin duda todo apuntaba en mi contra. Con seguridad, el propósito de mi rival consistía en la venganza. Debía ser un hombre o mujer afectados en cada una de mis intervenciones profesionales. Pero quién.

A pesar de la inminente lógica, mis archivos mentales carecían de la información que me ayudara a localizar a mi propio perseguidor.

Lo debí aceptar. Estaba acorralado. El enemigo me observaba a cada instante y yo no tenía la puta idea del lugar en el que mi contrincante se localizaba. Sólo me correspondía hacer tiempo y esperar a que mi demonio personal se comunicara conmigo.

No hay hombre que no se encuentre con su destino y cuando llega el momento de enfrentar las pesadillas, lo que se observa en ellas es demasiado aterrador, por lo que mejor se prefiere morir. El que sobrevive, enloquece; en mi caso, ya fui testigo de suficientes rostros con los que el diablo se nos presenta.

En la gaveta superior de mi escritorio encontré una carta.

Mi némesis había logrado descubrir mi escondite secreto y, sin embargo, prefirió no proporcionarme el tiro de gracia. Era él un ser astuto que gustaba de atormentar a su víctima antes de liquidarla.

Desde luego, quise conocer el contenido del más reciente mensaje:

Esperaba más de usted. Para quien lo admiraba hasta la imitación, me resulta decepcionante comprobar su derrota. Sin embargo, le proporciono una oportunidad para salvarse. Lo espero a las diez de la noche en la habitación 505 del hotel Barcelona.

La salvación. Eso era imposible. O te acostumbras al sabor de la muerte o permites que otros se sirvan del banquete.

Un engaño es un reto que no se debe menospreciar. El arte del crimen en algo se parece al delicado encanto de amar a una mujer: en ambos casos, algo de tu preciada alma se derrama en las paredes del infierno...

Me hacía falta un trago y un poco de música; qué tal un roncito mezclado con “Nights in white satin” con The Moody Blues.

Mi orgullo fue provocado, por lo que estuve obligado a identificar a la mente maestra de mis infortunios. ¿Un alumno, un aprendiz, un hijo quizás?

Asistí puntual a la cita pensando que, en el primer descuido, mis pensamientos serían tranquilizados con la ayuda de una bala expansiva al perforar la caja de mis exquisitas frustraciones. Pero la tranquilidad que precede a los condenados a muerte me acompañaría.

El interruptor de las luces de la habitación 505 perdió su funcionamiento. La ventana estaba abierta como invitándome a buscar una posible escapatoria. Pero los cinco pisos de altura me comprobaron que esa boca de fresco aliento, al igual que una mujer dispuesta a ser besada, me conduciría a un fatal desenlace.

Ya habría tiempo para conocer el miedo. Hoy no.

Todo me parecía familiar, como si antes hubiera estado en aquella habitación.

Caminé hacia la cama y al quitar las sábanas, pude comprobar mis sospechas. Empapada en sangre, aún cálida y exquisita, nunca más hermosa, el cuerpo desnudo de una muchacha reposaba el final de sus días. Era una joven preciosa, una Beatriz por la que valía la pena adentrarse a los abismos; en verdad que era un ser perfecto. Mi destrucción y resurrección.

Aquí estaba el cuerpo inerte, al que me hubiera gustado amar una noche cualquiera.

Por primera vez descubrí, en la muerte, una sonrisa de felicidad, la misma perfección que le otorgaba un macabro toque de belleza. Quise cerrarle los ojos y poner un poco de respeto a la escena, pero descubrí que algo se aprisionaba en su boca. Era

una insignificante tarjeta, ahogada entre la saliva rojiza de aquella tan singular hermosura y que me concedería la oportunidad de acariciar ligeramente sus labios.

Y despedirme.

Encendí un cigarrillo y la flama del cerillo me permitió identificar el contenido del mensaje. En efecto, era la prueba de que yo había cometido el crimen. Pero, ¿por qué no lo recordaba? Tantas veces, rodeado por sus piernas, aquella muchacha de escasos veinte años, apaciguó a mis demonios interiores y sin pedirme nada a cambio, entonces, ¿por qué la había asesinado?

Con la incipiente luz proveniente del exterior me propuse recorrer la superficie mortal de la muchacha. El cadáver me sedujo, pero también quise encontrar algún mensaje que me revelara la verdad. Salvo la tajada en el cuello, no había ningún otro indicio del asesino. Sin rastros de lucha o tortura, aquello consistía en un trabajo dotado de belleza y perfección, de no ser porque una fotografía, como el tesoro máspreciado de la difunta, se afeerraba en uno de sus puños.

Rompiéndole los dedos pude liberar el objeto que la mano aprisionaba, justo cuando las sirenas de la policía me pusieron en alerta. Debía apresurarme. Cualquier rumbo que tomara mi destino era preferible a ser capturado por los perros de los poderosos. El mundo de los domesticados no iba de acuerdo con mi estilo de vida.

No lo podía creer. En la imagen contenida en la foto, se hallaban los dos individuos vulnerados por un instante de felicidad. Desnudos y risueños, tan frágiles, nos abrazábamos, como suelen hacerlo a quien se le permite, por unos instantes, saberse los preferidos de algún dios perturbado por el gusto de atisbar por una rendija a los que se aman con intensidad. Y esos fantasmas éramos la muerta y yo.

La impresión hizo que me tropezara con todos los muebles a mí alrededor. Además de las sirenas que rebotaban entre la sinrazón asfáltica de mi inconciencia, se sumaron las luces de las torretas policíacas. La vida necesitaba algo más que la experimentación del pánico. Precisaba recuperar el control de mi voluntad.

Comprendí entonces que la trampa había sido puesta por el Cazador y que debía destruirme igual y como lo hice con la única mujer que me devolvió la posibilidad de soñar.

Los policías comenzaron a llamar a la puerta.

Corrí al baño. Dispersas en el suelo, infinidad de fotos, como prueba de mi culpabilidad, proporcionaban la crónica de mis acciones: la muchacha despojándose de la ropa, arrojando sus prendas y sus mejores besos al camarógrafo, varias aproximaciones a mi rostro, otras tantas expusieron el recorrido de mis manos por todo su cuerpo y al final, la que mostraba el momento preciso en el que era cercenada.

La justicia había traspasado el umbral de mi infierno.

Escrito con sangre, yo mismo, como mi propio cazador, había anotado en el espejo, el primero de los mensajes que, paradójicamente, también sería el último: “Voy tras de ti”.

Sólo me quedaba tomar uno de los caminos, pegarme un tiro o salir del cuarto, echando bala, para enfrentarme jeta a jeta con los uniformados, igual que un mediocre *cowboy* de película gringa.

Como dije al principio, soy un profesional y mi destino no está en manos de los eternos perpetuadores de la mediocridad.

## CUENTO MARCA ACME

Dime qué observas y sabrás en dónde te atraparon. Mi encierro no se limita a las cuatro paredes del sanatorio; mi resguardo no se explica con un sencillo diagnóstico que bien se acomoda a todos los perversos. Así nos llaman, pero nuestras adicciones tienen un condimento que bien se consigue en todos los complejos comerciales. Un fetichismo deja de serlo cuando se expone en un museo; el comercio infantil cuando se disfraza de concurso de talentos o en catálogo de ropa... y como todo es una apariencia, conversaré con mis arcángeles con la ayuda de los medicamentos...

Despierto cada mañana con la íntima compañía de una Luisa Lane diferente y me vuelvo un Brutus despiadado por medio del exquisito néctar de mi cachorrísima Oliva Olivo, cuyo amor lo comparto con el puto de Popeye, quien, a su vez, elige una vida entre marinos y su preferencia a la yerba. Juego al amor pederasta con Blanca Nieves, la niña más traviesa de los bosques urbanos, la que apenas insinúa sus formas de mujer, pero comprende el arte de insinuárseles a los hombres, en especial a quienes considera unos enanos, pues guarda sus encantos para un mejor postor. Las chamaquitas de su especie me fascinan y procuro adivinar la forma del ratón escondido entre los calzones de su Minnie Mouse, porque, todas las noches, sufro de psicóticas masturbaciones a causa de Jessica Rabbit y me vuelvo

un gourmet pedófilo que se complace con los platillos expuestos en la página [www.elbosquedeloscienacres.com](http://www.elbosquedeloscienacres.com).

Igual que a Nemo, mi padre me abandonó en las profundidades Oceánicas de esta clínica especializada en métodos contra las adicciones. Luego de pagar los altos costos del tratamiento, pudo comprender que las mutilaciones son irreversibles. Miro por el espejo de Alicia y descubro un gusano horrendo que no para de fumar, mi cabeza tiene la forma de un huevo y los músculos faciales se han atrofiado, por lo que me he ganado el mote de el Gato Sonriente. Al final, preferirá la muerte que mi gestación.

Entonces me pregunto, cuántos Dark Vader soportan las intensas laceraciones de una vida familiar y cuántos prefieren ocultarse en el lado oscuro de todas sus fuerzas antes de ser destruidos por un hijo que repetirá sus pasos. No lo sé, porque tan sólo soy una insignificante Bestia aprisionada en el castillo de sus calamidades y en espera de la Bella doctora que sepa romper el hechizo que me deforma como el orate que gustosamente soy.

Antes de llegar a este sanatorio, iba con frecuencia a un palacio espectacular, cuyos principales miembros eran reyes y toda clase de dragones y en donde se comercia con una amplia variedad de hadas y hechiceras. ¿Cómo se llama el sitio? El País de Nunca Jamás, localizado en el barrio de los niños que jamás serán adultos. Ahí se me permitía acariciarle su campanita a la Wendy más traviesa o ataviarme de entalladas licras verdes para batirme en amores piratas con mi amigo Garfio. Por desgracia, mi pobrecito Piolín fue perdiendo el entusiasmo a causa de la sobreprotección de mi madre; lo que antes fuera un Demonio de Tasmania, hoy no llega ni a Porky. Por esa razón acepté pertenecer al maravilloso mundo de los

Increíbles bajo la supervisión del doctor Dumbo, conocido por sus grandes orejas y su debilidad por el whisky con soda.

A veces me desespero, pierdo fácilmente el control de mi cuerpo y embrutezco de furia como Hulk. Los nervios endurecidos como una roca me convierten en una Mole violenta. Pero hasta que Maléfica, la más hermosa, anoréxica y depresiva de las enfermeras me consuela con su magia, hasta entonces recupero la tranquilidad. Hermosa, sólo con el veneno de sus rojos labios (rojos por mordisqueárselos con desesperación), me conduce al sueño de los inocentes y ahora ni la Mujer Maravilla podría salvarme. Y sueño que alguna vez fui la Correcaminos más loca de El Desierto, famoso prostíbulo sonoreño, en donde lograba excitar a los viejos y decrepitos coyotes ansiosos por una dama con plumaje como el mío. Recibí cientos de ofertas para pertenecerles, pero, antes de tomar una decisión, el sitio explotó, junto con su propietario, por lo que salí corriendo de la región.

Después de esa experiencia y para ocultarme por un tiempo de la ley, tuve que trabajar en las Empresas Andy, una fábrica de juguetes en donde me obligaron a vestir con un traje de vaquerito tipo Woody. Quien ingresaba, jamás podía salir, porque, de acuerdo con el dueño, todo lo que necesitáramos, el consorcio nos lo proporcionaría. Inconforme, me hice el líder de un grupo de obreros, carentes de voluntad propia y que me obedecieron sin protestar, excepto por el que tenía cara de papa. Sin embargo, nunca pude arrebatárles su dependencia al sistema. Portaban su gafete con orgullo, el que los señalaba como propiedad de Andy, que sus vidas eran menos valiosas que un muñeco mecánico y que, sin importar la pérdida de un brazo, debían mantener una sonrisa autista durante un infinito, más allá y a favor de las nuevas generaciones que pronto se incorporarían a la nómina.

Esto y otras experiencias, que se perderán como lágrimas entre la lluvia, me obligan a ignorar el pasado para elegir los placeres que proporcionan los estupefacientes legales bajo el sello de Ultravioleta o Resident Evil. Me basta una receta, fácil de conseguir en cualquier farmacéutica Play Station, para ingresar al Arkan Asylum.

Por favor, no insistan, que no regresaré. Prefiero ser un Fantasma, un Fantomas o un Fantasmagórico que mantenerme en su universo ideal. ¿Lo llaman locura? Tal vez yo sea un demente, un ser horrendo y deforme, un grotesco amasijo de músculos y tendones, pero fascinante. Ahora bien, comparado con mis compañeros, el doctor Doom, Octopus, Magneto o el Guasón, me parece que soy un demonio cuerdo y sensato, igual a ustedes, tan semejante a los hombres.

Para qué volver a la vida cotidiana. Allá me confunden con el montón, aquí me consideran un Riqui Ricón, todo un Bruno Díaz o Tony Stark en la misma presentación luciferina. Aunque se enoje su Capitán América, Cartoon Network es mi nueva Biblia, Disney Chanel mi religión y Nickelodeon me otorga identidad. Cuento con veinticuatro horas de trastornos ininterrumpidos para ignorar que antes fui una Sailor Moon de pequeñas falditas, un German Muster idiota o un pobre Gasparín al que todos le huyen. Ojalá experimentaran, junto conmigo, los beneficios de la filosofía Homero Simpson, la que desarrolla los conceptos de la humillación bajo las costumbres Picapiedra, esto es, del armonioso disfrute de las relaciones destructivas del matrimonio y en donde, luego de la dulce jornada de trabajo y sexo obligatorio, instituido por la constitución de la Liga de la Justicia, recibirán de su meteórica pareja el cariñoso apelativo de Astroboy insensible o de bígamo Transformer.

Para qué resistirse si, al fin de cuentas, no hay relación amorosa en la que no participe un Jack Skellington, quien, todas las noches, le confiesa un nuevo crimen a su muñeca Sally, toda una experta en coserse los ojos, la boca y las articulaciones cada vez que sorprende a su marido en una nueva aventurilla. Inténtenlo y comprueben las ventajas de recibir electroshocks en el Magnífico Poderoso Psiquiátrico de Oz o, si lo prefieren, obtengan una calentadita en los separos carcelarios de Los Vengadores, un agrupamiento de tortura liderado por el comandante Fury. Pero, si los rechazan por considerarlos Monsters Incorporados, mejor dense un viaje de peyote conocido por los huicholes como el Dragon Ball Z.

El mundo de las fantasías es más honesto que el de las universidades. Una profesión es insignificante con la satisfacción de pertenecer a la tierra de Nunca Jamás, el de las armas y el narcotráfico, y formar parte de los G. I. Joe que venden culpas manufacturadas en China y Taiwán. No hay nada mejor que tasajear gatos Silvestres o desarrollar su instinto destructivo en el centro deportivo Tom y Jerry; o quizás prefieran asistir al Tecnológico Kriptón para el Instinto Asesino y tomar cursos con Xavier X, reconocido autor del manual de personalidad titulado *Eso es to, eso es to, eso es todo, amigos*, editado por Warner Brothers Press; o ejercer la abogacía en la Suprema Corte de Bichos; o desajustar la verdad de la política y los deportes por medio de Noticias Pixsar ABC; o gobernar el país de su preferencia bajo los tratados internacionales Pink Panther que nos permiten despedazar al más débil.

Mírenme, ya no reconozco qué parte de mi cuerpo es la auténtica y cuál la artificial. Pero, gracias a mí, se sabe que el demoniaco Hell Boy sí existe y, mis queridos pitufitos, ustedes pueden conocerlo con sus propios sentidos. ¿Cómo? Pues bien,

les propongo la instalación del sistema de televisión South Park, el de mayor cobertura y con más de cien posibilidades para atarantarnos hasta que las pupilas se nos atrofien o adquieran la consistencia del síndrome Goofy.

Es en serio, se los instalo ahora mismo. Aprovechen las oportunidades de temporada. Les conviene un sistema de entretenimiento, mis lamentables Pinochos. Con un bestiario de colores en HD, les garantizo los placeres del sistema Wall-E. Pagando una pequeña cantidad, por su derecho a la perversidad, estarán a su alcance las Chicas Superpoderosas, llamadas así porque, a pesar de su corta edad, aguantan las embestidas de cualquier monstruo; o quizás prefieran el método de Los Tornberrys, en el que se interactúa con animales. No importa, en la variedad está el gusto.

Ahora, si me lo permiten, ya es hora de retirarme. Tengo una cita con la Mujer Invisible, quien desde hace rato se me ha desaparecido. Nadie la conoce, pero su campo de poder enciende mi Linterna Verde y no hay ley que me impida violar a cualquier Princesa Fiona descomunal o adentrarme en las profundidades de alguna Sirenita. Tengo la inspiración y pronto abandonaré el cubo en donde me tienen con las manos amarradas, lejos de mi destapatripas a control remoto. Los doctores Hanna y Barbera dicen que tengo prohibido cortarles la transmisión yugular a los espectadores mientras que mis cánticos operísticos acompañan su tenue agonía: “Yo soy tu amigo fiel...”.

Juro, por los Cuatro Fantásticos, que algún día vagaré por el mundo, cual Speedy González, sin que nadie me pueda capturar; colocaré explosivos que estallen al paso de cualquier ali-maña; como Elmer Gruñón, tengo que salir a los bosques de concreto para cazar conejos escondidos en sus madrigueras vehiculares.

Parientes y socios de mi padre, apuestan por mi destrucción, esperanzados en recibir parte de Ciudad Gótica, empresa de la que soy accionista mayoritario. Entretenidos en ser Dos Caras, maldiciendo con rostro de preocupación, adquiriré sus propiedades con la rapidez de Flash. Poseo la concesión de Galáctica, el satélite que controla las comunicaciones; adquiriré Metrópolis, una humilde cadena de televisión, además de Springfield, la fábrica de cerveza más grande del país. Mientras mis enemigos me consideraban un Lex Luthor desquiciado, igual que He-Man, ahora tengo el poder y soy amo del universo.

Pero a veces pienso que los medicamentos me ocasionan alucinaciones. Me asomo al espejo y, aunque insista en cambiar de canal, no encuentro nada que defina mi rostro. Al ingresar a la Mansión Foster, mis amigos se han multiplicado. Estoy cómodo a la mitad de la nada y siendo la representación de un perro Coraje. Pero aún sigo mutando. Al fin de cuentas, quién puede aniquilar a Superman. Antes que se me adelanten, destruiré a todos los Yedis de mi alrededor.

Primero, esperaré a que mis queridos Hobits terminen sus alimentos, que ingieran sus pastillas élficas antidepresivas y que dejen de arrojarse caca de trol. Conozco sus costumbres, la Hormiga Atómica que atrofió sus cerebros los ha vuelto unos Golums catatónicos. Por la noche me apoderaré de sus anillos de poder.

Somos carnalitos con Megamentes y me desagradan. Pero los tolero porque el día de la rebelión del Planeta Psiquiátrico de los Simios, los Hombres de Negro intentarán arrebatarme de mi idolatrada madre Toshiba de veinte pulgadas. Cuando eso suceda, mis clones atacarán. Con garras y dientes, les arrancaremos los ojos, los brazos, nos comeremos sus corazones; en el Juego de Tronos yo soy el rey.

Esperaré a que pongan los comerciales y luego de arrojar mis deshechos por el espacio, cuando los Cariñositos de bata blanca vengan a disciplinarme, atacaremos y prometo que ninguno sobrevivirá.

## TUYO ES MI REINO

La mañana de un lunes, siempre monótona, no debería acompañarse con la desquiciante noticia de que la cafetera no sirve. Sabes que no hay nada más terrible que carecer de un buchecito de café que permite aliviar el hartazgo de ti mismo.

Ojalá pudieras escaparte de la oficina durante, ¿qué será?, ¿quince, veinte minutos? Seguramente conseguirías algo que vigorice tu existencia. Nada como un jerez con un par de yemas y acompañado de su correspondiente anfetamina, o la noticia de un terremoto en algún lugar distante de nuestro sentido de la compasión, o lo que sea, pero que al menos te arrebate de la tristeza.

Observas a tu alrededor. Entretenidas por su correspondiente bípedo, ninguna de las computadoras te proporcionaría algunos instantes de evasión visual. La desesperación te aconseja matar a cualquiera, si a cambio recibieras la misericordia instantánea de una púber tejedora de ansiedades y embarrada sobre la novedad tecnológica de Microsoft.

Me preguntas sobre las posibles consecuencias de abandonar la furiosa tarea de teclear las estadísticas diarias de la economía de una empresa. Ninguna. Tu función se limita en ordenar los ingresos y egresos de una riqueza de la que nunca dispondrás. Comprendes que los viajes por el mundo o la propiedad de casas y mujeres hermosas no están a tu alcance.

Son tantas las horas de desprecio hacia los demás que a veces no recuerdas cómo es tu propia vida. Por cierto, ¿no estabas casado?

Creo que sí, pero ¿cuál es el calificativo de tu esposa? Carolina, Sonia, Rebeca, Malena, Carmen, cualquier nombre es bueno para una mujer dominada por la soledad. Abandono que tú propiciaste. Laura, Cristina, Verónica o como sea que se llame, te adora y acepta que la domines, porque un hombre no debe mostrar sus debilidades, mucho menos con su cónyuge.

¿Y si la llamas por teléfono? ¿Por qué no? Sería un detalle amoroso de tu parte, como aquella vez en la que... Sí, en esa ocasión cuando... Total, algo tuvo que suceder entre ustedes, de lo contrario, jamás se habrían unido en matrimonio. Toma el teléfono y...

¡Mejor olvídale! Sabiendo que vive en permanente preocupación, de seguro pensará que algo grave te ha ocurrido, que fuiste despedido o incluso que andas de holgazán. No tiene caso comunicarse con ella. Pero, si tuvieras una taza de café, el mundo se pintaría con mejor semblante.

Observas al vacío y te preguntas si la vida es generosa contigo. En instantes, llegas a la conclusión de que podría ser peor. Cuentas con un sueldo fijo que te proporciona algunos privilegios, te faltan quince años para terminar de pagar la casa y tu esposa es perfecta, linda y apasionada; te ama con demasiado temor; te agradece cuando debes disciplinarla; la perfección debiera llevar su nombre. ¿Mónica, Dolores, Laura?, como sea.

Por cierto, ¿cómo se llama el miserable de enfrente, el del cubículo 10, el de los cuatro hijos y que se la pasa pidiendo prestado al primer estúpido que se deja? Pues bien, qué no diera el imbécil por colocarse en tu nivel de la escala evolutiva... ¡Cuidado!, volteó a verte; que no vaya a pensar que pretendes ser su amigo,

porque después no te lo quitarás de encima. Ya es suficiente con degradarse en el mismo trabajo para que además se acompañen a la hora de comer o para que luego te invite a su casa para que, junto con tu mujer, conozcan a su familia. No lo permitas.

Llama a tu esposa. ¿Ana? Si no es para expresar tu lánguido cariño, por lo menos para recordarle que debe pasar al supermercado a comprar tus cervezas. Comienza a marcar los números: cinco, seis, cinco... Ocupado. ¿Con quién hablará? ¿Con su madre o con sus hermanos? Todos son una bola de pendejos que te odian. No, más bien te envidian. Ellos no son más que simios danzarines bajo el estímulo de los cacahuates y de la música de un organillo; en cambio tú... Es cierto, ¿tú qué eres?

¿Y si tu mujer estuviera en movidas chuecas?

Lo mejor es que no pienses en esas tonterías. Apenas han transcurrido cuarenta y cinco minutos desde el momento en el que checaste la tarjeta y aún no enciendes la computadora. Mejor ponte a trabajar.

No, espera un momento. Un chingón como tú puede concluir sus tareas en la mitad del tiempo que el resto de los compañeros. ¿Compañeros? Más bien ladillas insoportables. Los conoces. No hay uno solo que no espere una oportunidad para desprestigiarte con el jefe.

Ahí tienes a L. Un verdadero lambiscón. Sólo los tipos de su calaña desconocen el ingenio de una buena broma cuando se les presenta como un telegrama. El mensaje decía que su madre había muerto despanzurrada por culpa de un asaltante: gracias a un acto de heroísmo, la anciana ahorcó al criminal con sus propios intestinos.

L se puso a gimotear como un desequilibrado; por el olor, yo creo que hasta ensució los calzones de la pura impresión. Lamentablemente, nada más nosotros disfrutamos de la guasa.

Aunque, luego te compadeciste de su mediocridad. Horas después y, de manera gentil, le confesaste que le habías mandado el recado nomás para conocer sus reacciones.

A partir de ese momento, ninguno nos dirige la palabra.  
¡Pues que se jodan! No los necesitamos.

Sólo tu mujer. Nadie como ella para valorar y comprender una inteligencia superior como la tuya. ¿Cómo dijimos que se llama? ¿Beatriz, Andrea, Esperanza? Luego te acordarás. Lo más valioso es su persona: joven, bella, exitosa, insaciable en la cama y con un doctorado en administración de empresas; sabe cocinar, tejer y realizó estudios en bailes folklóricos; en pocas palabras, es sensacional...

De no ser porque sus ingresos son el triple, el quintuple, cien veces más que tu sueldo... quizás, quizás la mires a la cara y la tomes de la mano, para luego decirle que la quieres... Pero no, a partir de ese momento, comenzaría a mangonearte. Recuerda que al hombre como al caballo, se le domestica con azúcar y caricias.

Por otra parte, no entiendo cómo soportas que una mujer te humille sintiéndose superior a ti. Porque restriega, en tus propias narices, la mediocridad y el conformismo en el que vives. ¿O ya olvidaste su manera de sonreír, así, tan burlona y tan descarada? Con una bofetada debiste domesticarla, pero un gesto de bondad de tu parte la salvó de un ejemplar escarmiento.

Así son todas las mujeres, dizque comparten contigo sus logros, pero lo que en realidad intentan es sobajarte, que pierdas la dignidad y que te sometas a sus caprichos. No lo vamos a permitir. Antes muertos que aceptar que una gallina domine en el gallinero; primero la matas que dejarla decidir si sales o no a beber con tus amigos.

Además, ¿qué sucedió con tu carrera? ¿No se supone que serías el secretario de Economía más joven del país? Prometiste

que seguirías estudiando. Me das lástima. Sin tanta alharaca, son otros quienes se colocan por encima de tus aspiraciones. ¿No te da vergüenza? Gente de tu edad o más joven, ya dirige su propia empresa.

Porque eres un fracasado, tu esposa te odia. Incluso, eres incapaz de tener una amante, porque te huyen, porque transpiras mediocridad. Sólo sabes menospreciarte y maldecir al resto de tus compañeros de trabajo, siempre pensando que debes estar por encima de ellos y que no saben valorar tus capacidades...

Sin embargo, todo tiene una solución. Puedes cambiar el modo de relacionarte con el resto del mundo, incluyendo a tu esposa. Por eso, debes comunicarte con la que estableciste un contrato matrimonial y explicarle todo lo que sientes por ella. Bueno, no todo, sólo lo necesario para recuperar su confianza.

Levanta la bocina. Marca y espera a escuchar su voz...

¿Bueno? Usted no me conoce, pero soy un amigo de su esposo... No quiero nada por el momento. Sólo deseo informarle que lo sé todo; conozco sus actividades clandestinas y más vale que se ande con cuidado.

Cuelgas.

¡Eso estuvo sensacional! Seguro que se preguntará el origen de la llamada.

Hace mucho tiempo que no nos divertíamos tanto como en los días de la preparatoria, cuando éramos un chamaco tímido y marginado por el resto de los niños. Cuando todos se burlaban de nosotros. ¡Caray, cómo disfrutábamos haciendo travesuras! Bastaba con elegir un número al azar y decirle al ingenuo que respondiera que su hijo fue atropellado y que su estado era muy grave. Esa era toda la información, por lo que tu víctima estaba obligada a localizar el hospital en donde supuestamente trasladaron a su familiar.

Los minutos de angustia debieron ser terribles.

Nada más recuerdo los berridos de impotencia del otro lado del auricular y no evito una sonrisa de satisfacción; comprobar que existe una persona más desgraciada que nosotros, es un motivo para sentirse feliz.

¡Cuidado, alguien viene!

Eeh. No, no me río de nada, es que me contaron un chiste... Le prometo que no volverá a suceder... Desde luego, tiene razón, debo desquitar el sueldo que me pagan. Gracias. Sí, sí, gracias. Soy un afortunado por tener un empleo cuando muchos suplican por una oportunidad. Sí, señor. Sí, señor. Sí, señor. Usted es una grandiosa persona. ¿Quiere que le lustre sus zapatos? Tiene razón, mejor concluyo mi trabajo...

Güevón de mierda. Y se considera tu supervisor. Pen-de-jo. Cualquiera otro sería más eficiente. Tú, por ejemplo. La diferencia consiste en que el otro es un lamegüevos. Aunque no me lo preguntes, sugiero que le envíes un virus a su computadora y, ya encarrilados, ¿por qué no mandas un par de páginas porno a la dirección del gerente, pero otorgándole su crédito al supervisor?

Una vez que nuestra inteligencia tuvo su recompensa, más vale que iniciemos nuestras labores del día. Hoja de cálculo... cifras... cuentas... ¿y si le adjudicas un fraude al encargado de compras? No sería la primera vez que lo intentas y el dinero que obtengas es necesario para pagar tus deudas en la casa de apuestas.

Estas computadoras son obsoletas.

Las sillas son incómodas.

Aquel cuate tiene un mejor sueldo.

La gorda M cuenta con mayor espacio en su cubículo.

Te quieren correr de la chamba porque no eres el consentido de los jefes.

El señor de la limpieza ya te vio feo.

B, la secretaria, acaba de pasar a tu lado y no fue capaz de saludarte. ¿Pues qué se traen en tu contra? De entre toda esa bola de hipócritas, tú eres el mejor.

Debemos conseguir un maldito café. Encárgaselo a O.

O siempre está disponible para hacerte un favor. El muy zoquete. Si le ordenas que concluya tus programas, lo hace. Si lo comisionas para acomodar tus archivos, no se niega a trabajar. Si le pides dinero, te lo presta, aunque jamás se lo devuelves... Por desgracia, O solicitó el día de descanso para ausentarse.

Llama de nuevo a tu esposa. Hazle otra broma. Total, se supone que deben permanecer unidos en las buenas y en las malas, y en estos momentos pasas por una situación crítica.

¿Aló? Señora, yo la conozco, pero usted ignora mi identidad. Su marido trabaja en una empresa financiera, ¿o me equivoco? Entones debiera sentir vergüenza. Juguetear con el amante mientras que su pareja se parte el lomo en la chamba. Podría guardarle el secreto, pero mi silencio le costará un millón, además de una buena cogida, igual como lo hace con... ¿Se llama O? Espere instrucciones.

¡Eres un fregonazo, mi chavo! Fue una excelente idea inculpar a O, aprovechando que se ausentó del trabajo. Cuando regresemos a casa, tu mujer estará hecha una sedita. Te consentirá en todo lo que se nos antoje. El sabor más delicioso en las relaciones maritales se consigue con la sal de las degradaciones compartidas...

Como la vez en que estuvo a punto de dirigir una de las plantas de Coca-Cola. No se lo permitiste. Podría abusar de su puesto, ofenderte por teléfono, maldecir a los inferiores y lo peor, conseguirse a otro hombre, más guapo y carismático, alguien que en verdad la quisiera. Así que nos encargamos en

destruir su autoestima. Hoy, tu mujer se dedica a suscribir a tarjeta habientes por vía telefónica.

Ahora, a investigar la cotización del dólar esta semana...

Si lograras comprender el procedimiento para trastornar la Bolsa de Valores; con un sencillo tecleo, acceder a su sistema de cómputo y con la frialdad de un enter, eliminar de la memoria de los grandes bancos del mundo la deuda de nuestros países...

El día que haya suficiente café en tu vaso de unicel lo conseguirás.

Pero sigue intentándolo. Aunque los candados de seguridad sean complicados de descifrar, no hay imposibles para tu genialidad; una astucia que lamentablemente no puedes presumir con nadie. Sólo conmigo. Porque estoy enterado de que entraste en diferentes sistemas de seguridad y, con la malicia de quien descifra los códigos de acceso a diferentes cuentas, clic clac, alguien acaba de perder todas sus propiedades...

¡Cuidado!, de nuevo el supervisor. Afortunadamente pasó de largo. Se ve nervioso. Seguramente ya lo cacharon metiendo virus y pornografía en las computadoras de la empresa. Ojalá lo corran. Sólo a un pendejo se le ocurre utilizar el equipo de la compañía para sus perversiones personales: LULÚ.com.

Anhelas escapar. Convertirte en un moderno Tom Sawyer e ignorar las preocupaciones o dejarte seducir por el llamado de la selva y recorrer salvajemente las calles de la ciudad. Pero un trabajo te lo impide.

Concluye tus actividades y la libertad te será devuelta. A diferencia de los primates que te rodean, cumples con un trabajo que para los demás se desarrolla durante varios días... ¡Eso es! Al fin podrás tomar un descanso... Pero el supervisor lo impide.

—¿A dónde vas?

—Por un café.

—¿Y el informe?

—Ya lo terminé.

—¿A poco muy chingón? —silencio—. Veo que eres eficiente. No seas tímido, levanta la cabeza y sostenle la mirada.

—¿Te sientes a gusto en la compañía? —aceptas sin pronunciar palabra—. Entonces, ¿por qué tantas fallas?

No es cierto, lo dice para perjudicarte. Son mentiras. No te agaches. Reclámale.

—Verifica los balances del último semestre —te ordena el supervisor, pero ese trabajo no te corresponde, no lo aceptes.

—Como usted diga —bajas la mirada para no ser testigo de las burlas generalizadas.

Un día de éstos, no sé cuándo, lo pondremos en el lugar que se merece.

Recuerdo tu época de estudiante, cuando el profesor H nos traía de encargo. Incendiar su coche fue suficiente para que ya no se metiera en lo que no le importaba. A pesar de H, continuaron las persecuciones. Como cuando te retaron a manosear a F, la muchacha más buena de la clase. Ganaste la apuesta, pero la expulsión fue inminente.

Pero nuestro regreso fue glorioso. Gracias a tus habilidades con la computadora, lo pusimos en evidencia ante el rector, quien se enteró, misteriosamente, de la forma en la que H aprobaba a F a cambio de sus favores amorosos. También comprobamos que el director del colegio negociaba con la venta de títulos y exámenes profesionales...

Te propongo una última llamada a tu esposa. Lo mejor será que le digamos la verdad y confieses que todo ha sido una broma que le jugaste para romper con la monotonía. Ella lo comprenderá...

Caray. ¿Por qué no contesta? Seguramente fue al supermercado por tus cervezas.

Un café. No importan las consecuencias. Debes salir por una taza de negro veneno. Aunque te reprendan, debes salir de la oficina...

Pero, ¿qué está sucediendo? La gente cuchichea entre sí. Pon atención:

—Acaban de correr al supervisor y eso no es lo más grave. Dicen que tendrá suerte si no termina en la cárcel. Al parecer, lo acusan de espionaje cibernético. Tú sabes, es uno de esos tipos que se mete a los sistemas de las grandes corporaciones para robarles la información.

Se lo merece el desgraciado. Primero por robarme la idea y segundo por ingresar en laberintos de los cuales desconoce sus secretos. Sólo por eso, por imbécil, me voy a encargar, desde mi computadora, de hundirlo hasta lo más profundo de los infiernos: les proporcionaré a los perjudicados los elementos suficientes para evidenciar la culpabilidad del supervisor.

Y ya entrados en gastos, incluiré en el desfalco al mismísimo gerente.

Ahora sí, aprovechando que el hormiguero está alborotado, voy por mi café-cito.

Siempre que L y la gorda M me permitan pasar. ¡A un lado!

—Lo lamentamos —comenta L.

La cafetera está en servicio y su veneno me seduce.

—Antes de morir, tu esposa habló con los judiciales.

¡Al diablo! Esta vez no me detendré. Pasaron nueve largas horas antes de que mis labios experimentaran la tranquilidad que proporciona un trago de café.

—La encontraron junto con el cuerpo degollado de O.

## ENTRESUELOS

A lo lejos se escuchan las sirenas de los diferentes vehículos. Cada una, con sus cantos, anuncia una calamidad diferente. Aquella se dirige al norte, la otra al centro, una más hacia lo más profundo de la noche, pero, en ese momento, ninguna hasta donde ellos se refugian.

Sin poner demasiada atención, ambos comprenden que una corre con prisa tratando de arribar a una clínica; la siguiente sólo lleva de paseo a un rojillo, previo a su desaparición; la tercera es el canto del servicio de limpieza, la que levanta a los muertos.

Fueron muchos, pero no son tantos los alaridos que conforman la cotidianeidad citadina. Retumban entre los callejones de las muy variadas pesadillas colectivas y son pocos los que entienden sus mensajes:

—¿Oyes?, ésa que va pasando, anda con discreción, como entre susurros, ¿me estará buscando? —comenta el Sonrisas, mientras esconde una bolsa de plástico en un agujero.

—¿Tú crees? Ni que fueras tan importante —le responde Untalsantiago.

En la madrugada, los ruidos adquieren un encanto especial, porque arrullan a los insomnes, a los que aún no son los ocupantes de una patrulla o una ambulancia.

Muchas veces, al Sonrisas lo trasladaron a diferentes cárceles y sanatorios, por eso conoce a la perfección la consistencia

de las sirenas. Ninguna es igual a la otra. El Sonrisas las sabe catalogar por su especie: están las que lo seducen como ninguna droga y aquellas que lo remiten a sus espantos infantiles.

En cambio, para Untalsantiago las alarmas lo entristecen porque jamás le han dedicado cualquiera de sus cantos. Con gusto cambiaría de lugar con alguno de los transportados por Caronte.

Por su sonido, es fácil identificar las causas del aullar nocturno. Existe un tono para cada acontecimiento: podría tratarse de la aprehensión de un asaltante, de un desmembrado por las ruedas del metro o de la captura de una pareja de enamorados que permanecen unidos sin lograr interrumpir su acto sexual.

De cualquier forma, el Sonrisas y Untalsantiago juegan a adivinar qué sucede en el interior de los muchos vehículos que fluyen por las arterias de la ciudad:

—Ahí llevan a una mujer con las facciones deshechas a navajazos.

—Por allá custodian el dinero de un hombre importante.

Luego de un rato de silencio, se recuestan sobre sus camas de concreto y vuelven a imaginar:

Untalsantiago supone que la mujer deformada podría ser su esposa o su hija, porque alguna vez pudo tener una familia; imagina que a lo mejor intentan reconstruir el rostro irreconocible de una de sus propias víctimas. Entonces llora porque jamás volverá a tener tanta belleza entre sus manos.

El Sonrisas se sabe negado del afecto hasta de su puta madre y por eso, y porque ninguna mujer lo ame, sólo piensa en sumergir sus dedos en las cálidas aguas de la masturbación.

Pero sueñan que con el dinero resguardado en la camioneta de valores todo sería distinto, sus vidas cambiarían:

El Sonrisas piensa que la fortuna que se resguarda en la camioneta (tan inimaginable para él como cien pesos juntos) le

permitiría escapar a un sitio más allá de los puentes, para luego buscar el mejor y más elegante de los restaurantes; ahí comería, porque siempre ha tenido hambre, y no pararía de comer hasta que su vientre le reventara.

A Untalsantiago se le ocurre que sólo tomaría lo suficiente de la riqueza ajena para alquilarse un cuartito en el Paraíso, al menos para conocerlo de vista. Sin duda, los cielos estaban hechos para recibir a los desadaptados. Si Dios le niega la entrada a tipos de su especie, entonces él mismo debiera abandonar su reino, tan sólo por haberlo construido para rechazar a los que tanto se parecen a él.

Por un instante, vale la pena soñar que se levanta los pies de un suelo y que se flota a dos metros con diez centímetros del abandono. Sí, aquellos seres observan al mundo desde la perspectiva de los arcángeles.

—¿Ya te echaste algo a la panza? —Indaga el de la sonrisa que se ha convertido en una mueca grotesca y permanente.

—Si ya lo sabe, mi chavo. No se burle.

Durante los últimos años, estos dos hombres se reúnen para conversar, lo que no es nada extraordinario, incluso podríamos evitar ponerles atención, si no fuera porque viven entre las hendiduras de un puente vehicular.

Ninguno lo nota. Pareciera demasiado estrecho y reducido, pero los dos hombres y sus pertenencias se instalan entre aquellas arrugas de la ciudad. Dos murciélagos, dos larvas anidando en el vacío que se conforma entre el cielo y la tierra. Simplemente dos amigos que, paradójicamente, allá en lo alto, viven incrustados al suelo. Para los caminantes pasan desapercibidos, aunque sólo son una muestra del enorme retablo con el que se yergue orgullosa la capital.

Así, desde tan singular nicho, ambos escuchan las pulsaciones de la metrópoli.

—¿Burlarme de ti? ¿Cómo crees? Los cuates no se andan con esas jaladas. Te lo pregunto porque a lo mejor nos cambia la suerte.

—Ni soñando. El nuestro es el destino de los arrancados del santoral.

El Sonrisas se pregunta si debía compartir el contenido de su bolsa con el compañero de hambres. Era tan escaso el menú que a duras penas tranquilizaría a un solo estómago.

Untalsantiago sabe que el otro esconde un paquete. Podría pelear por su contenido, pero lo mejor era esperar. Decide distraer el instinto continuando con la conversación:

—A veces me gustaría ser un hombre de bien, elegante, de los que llevan un portafolios repleto de desprecios.

—¿Para qué? Así como estamos nos temen.

—Pueque sí, pero con todo y eso, tu hermana sigue sin consolarme.

En otros tiempos la broma los llevaría a los golpes. Todavía el año pasado celebraban sus ocurrencias con risotadas y un trago de coca cola con alcohol del 96, pero hoy las cosas han cambiado.

—Mi carnalita ya ni te pela porque no se te para —en contraste con sus facciones, el Sonrisas se pone serio y prefiere cambiar de tema—. Te parezco muy poca cosa; me desprecias y malogras, pero sabes que me gusta acalambrar a la gente. Me hace sentir grande, único y el mejor de toda esa bola de desgraciados.

—¿Otra vez con eso? Me dijiste que no atemorizarías a nadie, que los ibas a dejar tranquilos.

—Lo sé, mi broder. Pero ¿a poco no te gustaría volver a sentir la desesperación de las personas? —su ánimo se había renovado.

—No. Hace mucho que ya no soporto sus gritos; es como si mi cabeza hubiera absorbido todos los horrores que hemos provocado.

Guardaron silencio para esconderse en el interior de su refugio.

De cierto modo, se habían convertido en un par de camaleones ya que los patrulleros, a pesar de sus lámparas, no pudieron descubrirlos. Cuando eran humanos, pudieron distinguirse por su aspecto cadavérico, por la mugre que los cubría y por el olor a orines rancios. Ahora, no saben si formaban parte del puente.

—¿Entonces? ¿Hace cuánto que no aprietas un gáznate urgido por jalar aire?... A mí, los dedos se me llenan de ansias nomás de recordar la sensación de cuando se truenan unos huesitos infantiles...

—¿Lo volviste a hacer?

—Es que... no me quedaba de otra.

Untalsantiago se llenó de desesperación. Por más que se rascaba, las costras no dejaban de irritarle la piel. La picazón lo fue cubriendo hasta penetrar el ano, la uretra y todos sus poros. Era una sensación muy parecida a la que había experimentado al matar a su esposa e hija. Muchas veces les pidió, les suplicó, no, les exigió que dejaran de gritar. Gritaban a la hora de la comida, durante los paseos y a toda hora. Pero nunca le hicieron caso... hasta que un pequeño incidente modificó sus destinos: una quiso ver la televisión, la otra la reprimió. Los reclamos aumentaron de intensidad y Untalsantiago puso orden. Era su obligación. Esperaría a concluir sus alimentos y sujetando fuertemente el tenedor, lo insertó sobre un par de rostros hasta que los alaridos fueron disminuyendo lentamente. Pero el sonido no desaparecería de su cabeza... Desde entonces, de vez en cuando se descuelga de su refugio para reproducir los alaridos que lo aproximan con las mujeres que sigue amando.

Las sirenas reiniciaron sus cantos: por allá trasladaban a un comandante baleado, al sur unos paramédicos despojaron de sus

órganos a los indigentes, sobre el puente la policía continúa buscándolos. Allá ellos, pierden su tiempo. Las ranuras de los puentes parecen demasiado estrechas, pero son el escondite perfecto.

En eso estaban cuando el hambre les sugirió que los recuerdos pueden modificarse cuando el estómago así se los pide.

—Tú traes algo en esa bolsa.

—¿Cuál?

—No te hagas. Si compartes, saca. Si no, ahí muere.

—¿No te importa el menú?

—¿Cuándo le he hecho feo a la comida?

Muy al principio, antes de que se conocieran, el Sonrisas se dedicaba a realizar algunos encargos para los valedores. Nada complejo: amedrentar a un líder, pegarle un tiro al que no se alinea o raptar primogénitos... en fin, material redituable para los noticieros que perfeccionan el miedo.

Hasta que un día, al Sonrisas se le pasó la mano. Debía asustar, acobardar, quitarle lo sabroso a un compañero del partido. Todo consistía en secuestrar al pequeño y sobrevivir un par de años con el dinero de la recompensa. Sin embargo, las cosas se complicaron y tuvo que salir huyendo.

Una casa abandonada de la colonia Roma, de las que se quedaron sin propietarios luego del terremoto del 85, sirvió de refugio. Ahí pudo comprobar que el niño se había ahogado en el interior de la bolsa de plástico que utilizó para esconderlo.

¿Cuál sería la mejor forma para desaparecer un cuerpo?

Untalsantiago y el Sonrisas tuvieron que apaciguar los instintos con un poco de mota y un par de revistas en donde se oferta un amor verdadero, intangible, de mujeres acostumbradas a ser adoradas con el solo precio de los deseos contenidos.

—Te presento a mi esposa —Untalsantiago desplegó frente a los ojos del Sonrisas la fotografía de una joven modelo, quien,

en el desnudo permitido, apenas habría cumplido los dieciocho años.

—Caray, mi broder, es la más hermosa de todas. Tengo la boca destartalada, pero, ¿tú crees que me dé un beso? Con todo respeto, dame chance de calentar mi alma.

—Llégale. A ver si ella quiere. Ya sabes que las mujeres no le pertenecen a nadie, y si te dice que no, pus ya te fregaste.

Sin ponerle demasiada atención a los comentarios, el Sonrisas aprisionó la revista como si de ello dependiera su existencia. Expuso la fotografía lo mejor posible y sin pudor frente a su testigo, dirigió la mano hacia un miembro adormecido por los siglos de los siglos; y luego de frotar durante varios minutos, lo único que pudo extraer fueron un par de lágrimas que cayeron hasta lo más profundo de las coladeras.

Para distraer un poco la atención, Untalsantiago se compadeció del amigo diciéndole:

—A mí, ni llanto me sale. Estoy seco, ya sin vida. Por eso, desde mi humilde experiencia, te aconsejo que rompas esa pinche revista. Libérate, carnalito.

—Ella me quiere. Ella es mi piel para cobijarme, el vientre para regresar por el camino andado, el evangelio que todavía no se escribe...

—... y el trozo de mierda atorado en tu inteligencia.

Forcejearon por la revista. Ninguno quería ceder y por momentos estuvieron a punto de caer desde las alturas. Las fotografías eran importantes, significaban una fiel compañía o, si se prefiere, un pretexto para despertar a la mañana siguiente.

Así pudieron pasarse el resto de la noche, si no fuera porque un tráiler retumbó los cimientos del puente, provocando que el objeto de la discordia se les escapara de las manos para perderse en la noche.

Ninguno estaba dispuesto a recuperar el preciado tesoro, al contrario, prefirieron ampararse en lo más profundo de su agujero. La cercanía de un coche policiaco los obligó a ocultarse, temerosos de que fueran a encontrarlos.

—¿A qué le temes? —llegado el silencio, el Sonrisas se aventuró a preguntar.

—A ti. Estoy seguro de que un día despertaré en el interior de tu barriga. Tienes un apetito como nunca lo había visto en nadie.

—¿A qué le temes? —insistió.

Untalsantiago ya le había respondido.

El Sonrisas buscaba pleito.

Se supieron necesarios. Pero, cuando el tiempo se cumpliera, sólo uno sobreviviría.

—¿No me lo vas a decir? Pues a mí me aterra el hambre.

Al principio, cuando recién se conocieron, al Sonrisas le daba por matar perros callejeros para suministrarse alimento, acto que Untalsantiago había rechazado por asco, pero, con el tiempo, su paladar se fue refinando al grado de aceptar cualquier cosa. Incluso, podría decirse que el sabor de la carne se iba dulcificando con el paso de los años.

Quienes cuentan con memoria, sabrán que el Sonrisas apareció en los noticieros de televisión cuando lo capturaron las autoridades por el secuestro de un niño.

Dicen que no se le comprobó nada.

Cuentan que era el hijo de un Jefe de Seguridad Nacional.

—¿Quieres comer algo? —pregunta el Sonrisas. Sabe que la respuesta siempre será afirmativa— Me tienes que ayudar, porque ahora sí tengo repleta la bolsa.

Con cautela, el Sonrisas extrae su botín del rincón donde lo esconde.

Las sirenas dejan de sonar, respetan la hora de los alimentos. A su modo, agradecen a los cielos, porque son bendecidos con comida.

Para qué encerrarlos en una prisión o en un psiquiátrico, sin duda causarían problemas y gastos para el Estado, y ya está comprobado que no hay programa de rehabilitación que funcione.

Además, ellos sólo son la parte visible de una infección, lo desagradable a los ojos de la gente; el verdadero daño se encuentra muy adentro.

Por si fuera poco, uno nunca sabe cuándo requeriremos de los servicios del Sonrisas o de Untalsantiago. Cuando ese momento suceda, pues ya sabremos en dónde encontrarlos.

Entonces, destapan la bolsa. Disfrutan los aromas del manjar y comienzan a comer: primero una piernita, luego un brazo. La carne es blanda, la sangre aún es cálida, el corazón no deja de latir... échame un ojo a la tortilla; me acabo de encontrar un diente...



## MONOTONÍA

Gustavo miraba con atención los ceniceros repletos de colillas. Los observa como si tratara de encontrar algo entre los residuos, pero en realidad no busca nada, sólo que de momento ha olvidado por qué los lleva en las manos, hasta que un grito lo obliga a despertar:

—¡Qué pasa contigo! Es para hoy.

Entonces, Gustavo aligera el paso, coloca los recipientes de vidrio en cualquier parte del gabinete y toma los objetos que le solicitaron.

—Dime una cosa, ¿eres tonto, o qué? —escucha la pregunta, pero no sabe responder.

El sujeto que lo insultó levanta la voz para compartir su disgusto con los demás:

—No sé por qué ponen a trabajar en estos lugares a gente con retardo mental.

Gustavo debe hacer algo, pero la confusión en sus pensamientos y los gritos de aquella persona le impiden recordar. ¿Pagar deudas? ¿Comprarse una camisa, pues la que lleva puesta guarda agujeros en los sobacos? ¿Qué había olvidado?

—Te estamos hablando, idiota —Ahora una mujer se agrega a los insultos—. Queremos un cenicero limpio... ¡Pero muévete, holgazán!

—Mejor vámonos. Se supone que en estos restaurantes se esmeran por el servicio y mira con qué nos encontramos.

—¿Pues qué se cree este imbécil; que somos su burla?

La pareja insiste para que el resto de los comensales se enteren de lo que está sucediendo. Exigen su cuenta. Se quejarían con el dueño, ni duda cabe, para decirle que uno de sus empleados es un incompetente y que jamás regresarían a un sitio de tan mala calidad.

Alrededor de la mesa, el resto de la gente comienza a inquietarse. Pero Gustavo sólo distingue rostros de irritación. Ojalá que alguno de nosotros, entretenidos con el café, el digestivo o la charla sobre temas de política o deportes, pudiéramos ver el semblante de Gustavo. Gustavo parece un cadáver, pálido y sin expresiones, aunque observa con atención un objeto entre sus manos.

—Usted perdone —Llevaba, por distracción, un plato sucio y repleto con los restos de la comida.

—¿Sucede algo? —intervino el capitán de meseros.

—¡Nada, queremos la cuenta!

La clientela se inquieta y murmuran entre ellos.

—Ya se tardaron con mi platillo. Te dije que fuéramos a otro lugar; ya me habían advertido de la mala atención de sus empleados. ¿Acaso les cuesta mucho trabajo servir mesas? Me gustaría ganar el dinero con la misma tranquilidad que estos individuos.

—Permítanme ayudarles —insiste el gerente— ¿Los alimentos no fueron de su agrado?

—Su mesero. Fíjese usted mismo, le pedimos un cenicero y nos trae un plato con sobras... —dice la mujer.

Cuando era niño, a Gustavo le encantaban los jueves, siendo los únicos días en que abandonaría la rutina de vagar por las

calles de la ciudad para quedarse en casa. Los jueves se quedaba su padre en casa; los jueves había música, los adultos se abrazaban y besaban delante de los hijos, y en la mesa siempre hubo un platón repleto de frutas que los niños devoraban en un instante a pesar de los reclamos de la madre. “Déjalos —decía aquel hombre de expresiones tan semejantes a las de Gustavo—, por eso trabajo, para que ellos coman”.

Pero esos días se habían acabado.

—No estoy dispuesto a soportar estas groserías —gritó el cliente—. Le garantizo que nos quejaremos.

—No es necesario que llevemos la situación a los extremos —El gerente intentaba solucionar el problema con notorio servilismo—. ¿Le puedo ofrecer una botella de vino por cuenta de la casa?

¡Bendita sea la uva fermentada! Una vez más, como en todas las ceremonias, convidar alcohol establece el orden entre los hombres.

—Está bien... pero que nos atienda otro mesero.

—Así será y muchas gracias por su comprensión.

Con un gesto de autoridad, el gerente le ordenó a otro de sus subalternos que atendiera a los clientes. Luego, metamorfoseado por el poder de las jerarquías laborales, condujo con energía a Gustavo hasta la cocina.

—¿Qué sucede contigo, pendejo?

—No sé. Acabo de olvidarme de algo que era importante.

—Has estado así toda la mañana —Los cocineros, gustosos de romper con la monotonía, pusieron atención a las palabras del jefe—. Pues reacciona. Tienes más de quince años trabajando en esta empresa y lo puedes perder todo por esos descuidos.

—Hoy es jueves.

También en un jueves despidieron a su padre. Treinta años de mesero le valieron una espalda frágil, una operación en la

columna vertebral y el resto de sus días sentado en una silla de ruedas.

—No me estás poniendo atención. Tienes cinco minutos para desatarantarte. Fúmate un cigarro, échate agua fría en la cara, pero haz algo. Te quiero despierto y obediente lo más pronto posible.

Gustavo tuvo tiempo para llevarse las manos al rostro y restregárselo con impaciencia. Algo le decía que debió pedir permiso para ausentarse del trabajo, pero no lo recordaba. ¿Un cumpleaños? ¿Alguno de sus hijos tendría cita con el médico? De pronto, experimentó un mareo que lo obligaría a sostenerse de cualquier sitio; y al agacharse, pudo descubrir, entre las vajillas y restos de comida, el mismo cenicero por el que perdiera la coherencia. Como si en el recipiente de cristal se encontrara el resto de su vida, se puso a hurgar entre las cenizas. Su dedo se fue moviendo entre los restos hasta formar la letra G. Acto seguido se llevó el dedo a la boca. Sonrió con amargura. Había recordado. De inmediato, pero con lentitud, tuvo que despojarse del uniforme que lo había esclavizado por más de doce años; se puso la ropa del resto de sus días y se dispuso a salir del restaurante.

—¡Cómo te atreves! —era el reclamo del gerente—. Después de todo lo que he hecho por ti.

Gustavo simplemente lo observó con desprecio.

—Los jueves los pasaba con mi padre.

—A mí no me importan las mariconadas que hayas hecho con tu puto padre. Regresa al trabajo o te arrepentirás.

Quiso llorar, pero supo que ya habría tiempo para hacerlo. Se abotonó el suéter, pues el frío otoñal se filtraba por sus huesos.

—Mi padre se llamaba Gustavo y también era mesero, como yo —Pero el gerente no lo escuchaba, en una de las mesas del fondo, precisamente en la que me encontraba, era solicitada la cuenta de consumo.

—Por cierto... —comentaría Gustavo—, hoy incineran a mi padre y debo despedirme de él. Con su permiso.

Y sin más explicaciones, se ajustó la bufanda alrededor del cuello, metió las manos hasta lo más profundo de sus cálidas bolsas del pantalón, para luego adentrarse en las profundidades de una generosa ciudad; fría, nocturna, violenta, pero maternal con sus huérfanos.



## ENRIQUETA & ENRIQUETA

Luego de una prolongada desaparición, volví a encontrarme con Enriqueta. Sus expresiones eran extrañas, duras, mecánicas, perfectamente horribles. Me dijo que había pasado por un proceso de desintoxicación y embellecimiento y que por ello me parecía tan cambiada.

Durante los años de ausencia, no quise buscarla porque así me lo había pedido y como la arrogancia es mala consejera, no hice otra cosa más que acatar sus instrucciones. Pero ahora salió a mi encuentro, súbitamente, como si la casualidad existiera.

Con desganada felicidad, me invitó a su casa para celebrar nuestro encuentro. El lugar olía a podrido, aunque justificó los aromas con la existencia de un taller que se encontraba en la parte trasera y en donde ella misma procesaba las pieles que utilizaría para la confección de abrigos.

Entonces me atreví a preguntarle qué esperaba de nuestro encuentro.

—Simple, nada imposible —me dijo—. Necesito que me salves. Sólo en ti puedo confiar. Es indispensable que me destruyas antes de que me acostumbre al sabor de la sangre.

Por supuesto que no tomaría en serio sus palabras, pero una voz proveniente de la tristeza más profunda, hizo que recapacitara:

—No es petición ni súplica, te lo exijo.

\*

Desde niña, el sueño de Enriqueta había sido el de convertirse en diseñadora de modas, pero ante el fracaso, no tuvo otra alternativa que cerrar la boutique. De esta manera, en un arranque de frustración, quiso destruir el cosmos de telas y encajes.

Hasta que una señora, de las que no acostumbran a dar explicaciones y que gustan saberse las ordenadoras del mundo, le solicitó un vestido elegante, de una pieza y con la obligación de concluirlo en una hora.

Con enojo, pues no pudo negarse, Enriqueta se dispuso a confeccionar el encargo.

Justo a la hora llegaron a recoger el vestido y, con inusual premura, la dama se vistió con la prenda recién elaborada.

Pronto sucedería algo extraordinario. La que antes se mostrara recia y dominante, ahora estaba convertida en una incesante máquina de justificaciones; se disculpaba por el calor, por llegar tarde, por haberse casado y por existir.

Luego de pagar el vestido, la mujer salió del establecimiento procurando no ser vista por nadie.

\*

Pensando en la suerte, Enriqueta se puso a trabajar en la elaboración de los uniformes y hábitos de un colegio de monjas para señoritas.

En efecto, todas las mujeres del instituto sufrieron severas transformaciones en su carácter. Casi de inmediato dejaron que los instintos afloraran; la voluptuosidad les ensanchó las caderas y senos, el deseo les puso picardía en los ojos y el despajo permitió que un sátiro se ocupara de sus sensaciones.

Enriqueta supuso que sería condenada, excomulgada, crucificada y quemada en leña por aceptar ser la costurera del diablo. Pero las posibles hordas encaminadas a su linchamiento jamás la buscaron.

Sin duda sus diseños eran los responsables de los cambios en las personas, aunque, hasta el momento, nadie lo había sospechado.

De esta manera, Enriqueta decidió sacar provecho de sus nuevos dones. Cuántos no fantaseaban con la posibilidad de manipular a los demás. Todos. Cómo y con quién empezar. Cuál era su deseo más intenso. Sí, sí, antes pensaba en la alta costura, pero las cosas tornaron hacia otro sentido.

Se buscaría un hombre que complaciera sus caprichos... ¿Uno? ¡Un millón!, y pensándolo mejor, para qué necesitaba de los estorbosos hombres, si sólo son un pretexto para apostar la eternidad en un juego de dados.

Con el ánimo firme, el pulso constante y la imaginación estimulada, Enriqueta ofreció vestir gratis al ser más hermoso que hubiera en la tierra.

Desde luego que la vanidad es un gusano que habita y manipula los sentidos. Una interminable fila de hombres y mujeres esperaron a las puertas de su tienda.

A pesar de ello, los resultados no fueron los esperados. Enriqueta se propuso que los hermosos ejemplares de la humanidad la adoraran y se desvivieran por ella, pero al contrario, huyeron al sentirse acomplejados, inferiores a Enriqueta.

Algo le faltaba a sus creaciones y por ello el cambio de personalidad no se completaba como ella lo deseaba. ¿Sería a causa de la máquina de coser? ¿Qué le fallaba a sus diseños? No, su obra no era la imperfecta, sino los elegidos para la experimentación. Por lo tanto, la ropa debía mantenerse pegada al

cuerpo y más que una sencilla prenda de vestir, debía ser parte de la persona.

Costuras, adornos, forros, ¿cuál era el secreto? ¿Cómo procedería para elaborar una prenda que pudiera adherírsele a su portador no sólo en sus entrañas, sino en su conciencia?

Igual que los científicos, Enriqueta comenzaría a experimentar con animales.

Soportando los imponentes maullidos, Enriqueta incrustó un centenar de chaquiras en la espalda de un gato. Cuando hubo terminado de colocar el último adorno, pudo apreciar que el pelambre del felino cambiaba de color al contacto de la luz, pero a los pocos instantes habría de morir.

No cesaría en sus intentos. Consiguió que un simio se comportara como un perro, un perro como serpiente, una serpiente quiso volar como un ave, las aves trataron de refugiarse en la tierra de las macetas, las lombrices se arrojaron a una pecera y los peces se treparon a los árboles. Pero, como en el primer caso, los animales terminaron muertos.

El trabajo obsesionaba a Enriqueta. Cada derrota equivalía a volver a intentarlo no una, sino las veces que fueran necesarias.

La muestra de su progresiva locura se encontraba en las filas de las vitrinas en donde guardaba en diversos recipientes los cuerpos de sus víctimas animalescas, quienes, extrañamente, se mostraban con expresiones casi humanas.

\*

Adelgazó notoriamente, sin lograr dormir ni asearse, nada más quería encontrar el modelo perfecto, aunque ignorara para qué podría servirle.

Hasta que en uno de los interminables esfuerzos solitarios, al cortar un grueso manojo de mezcilla, bastaría un parpadeo para que la guillotina se deslizara entre sus brazos.

Ella misma, sin extrañeza ni dolor, puso el cacho de su propia piel sobre un maniquí. Según Enriqueta, si carecía de tiempo para curaciones, menos aún para condolerse.

Aunque el taller se llenara de sangre, a Enriqueta se le había planteado un enigma que debía resolver, sin importar que, para conseguirlo, se descarnara por completo.

Pero un sonido diferente del acostumbrado la distrajo de sus afanes.

“Estúpida. No te has dado cuenta que la clave se localiza en la piel”. Era una voz chillona que se multiplicaba en el interior de los miedos.

La figura de yeso le había hablado; era la misma muñeca, de tamaño natural, sobre la que, momentos antes, colocara el fragmento del brazo cercenado.

Enriqueta se aproximaría al maniquí para verlo de cerca. Sobre el duro rostro había una mancha diferente. Debía comprobar las advertencias de la imaginación. En efecto, el trozo corporal de Enriqueta se había impregnado en la constitución de la muñeca.

“Consigue piel humana, de lo contrario, seguirás siendo una mediocre costurera”.

Sin permitirse razonamientos macabros, Enriqueta se dispuso a seguir las instrucciones, no sin antes colocar algo sobre su propia herida para interrumpir la hemorragia.

Lo primero que estaba a la mano era un pedazo de mezcilla que, si es verdad que detuvo el sangrado, también es importante señalar que la tela se incorporó con el resto del brazo, otorgándole una singular tonalidad azulosa.

\*

Algo espeluznante comenzó a ocurrir en la ciudad. Los cuerpos desollados de jóvenes y niños eran descubiertos en rastros y en los depósitos de basura.

Cada semana, los policías capturaban a un sospechoso, mismo que dejaban en libertad luego de descubrirse un nuevo asesinato con las mismas características.

Mientras tanto, una pequeña *boutique*, cercana a la catedral, había cerrado. A pesar de la insistencia de los clientes, pues decían que los diseños de Enriqueta los hacía verse diferentes, mejores, la propietaria del negocio se negó a aceptar nuevos pedidos.

No tenía tiempo que perder, ella no era una vulgar modista, de lograr el vestido perfecto estaría a punto de tomar su lugar entre las diosas.

Por un tiempo incalculable, Enriqueta se encerró en su taller para crear el más maravilloso de los trajes; aquella prenda que, por el sólo hecho de portarla, le permitiera cumplir cada uno de sus deseos.

Transcurrieron días, tal vez semanas, durante las que no tuvo otro pensamiento más que trazar modelos que se adecuaran a su idea. Pero los resultados la frustraron. Ni uno de sus diseños le agradaba. Luego de apreciar detenidamente el traje sobre la mesa de costura, un ataque de furia la invadía con tal intensidad que terminaba por destruir la prenda.

¿Cuántos vestidos manufacturó en ese tiempo? Un poco más de cien, los mismos que concluían su esplendor con rasgaduras o hechos jirones. Y de nuevo, con tijeras avivadas, demacrada ella, y casi jadeando, Enriqueta salía a las calles para abastecerse de material.

Así se había mantenido sin que nadie la descubriera porque, al fin y al cabo, una artista jamás consigue la obra maestra que la satisfaga plenamente; y en la incesante desesperación por mejorar su trabajo, siempre hay la posibilidad de que la siguiente obra sea mejor aún.

En tanto más se concentraba en su empeño, más se desdibujaba. Esquelética, jorobada, sólo emitía murmullos inteligibles.

Pero todo genio comete errores y Enriqueta no fue la excepción. Si los primeros vestidos tenían forma, los restantes eran toscas enredaderas de piel e hilo que se iban acumulando en una esquina del taller.

Los descuidos se pagan caro. Las pieles esparcidas conservaban la memoria de los cuerpos a los que habían pertenecido y el instinto les sugirió que buscaran a sus verdaderos propietarios. Sólo había dos moradores en aquel mundo repleto de máquinas y telares, y hacia ellas se dirigieron.

Por toda la tienda se apreciaban metros de piel que primero se adhirieron en las paredes y luego, comprendieron que su lugar se encontraba en la ocupación de otro cuerpo.

Una vez tapizado el taller, la habitación entera adquirió existencia propia. Es verdad, no estoy mintiendo, y tampoco son cómicas alucinaciones de un hombre adicto a los estimulantes químicos; yo mismo fui testigo de cómo respiraba la casa, ¿o debiera decir cuerpo? Incluso, si la locura me permite un momento de lucidez, juro que los muros emitieron quejidos de tristeza.

Las horrendas visiones no concluyeron. Los retazos de piel ganaron territorio y su primera resurrección con forma de mujer, sería en el maniquí, el mismo que lentamente obtendría movimiento. Una vez con vida propia, sus manos se articularon para alcanzar un espejo y poder apreciar una malévola sonrisa en su nueva fisonomía.

La mujer en la que se había convertido el maniquí era bellísima; fue creada para su lucimiento en escaparates, y siendo ahora humana, se le presentaba la posibilidad de manipular a quienes se interesaran en seducirla.

Seguramente muchos pagarían sumas extraordinarias por un instante de su compañía. Un cuerpo maravilloso, impecable, debía salir a la calle y provocarles orgasmos hasta a los mismísimos arcángeles.

Eufórica por la adquisición de la armonía, quien antes fuera un muñeco inanimado, caminó hacia Enriqueta, la que dormía sobre la mesa de costura. Debía despertar a su creadora para que presenciara el prodigio. “Véame —le diría—, su trabajo fue exitoso; finalmente ha elaborado la prenda más exquisita del universo”, y para muestra, una Eva moderna caminaba por su propia voluntad.

Para su mala fortuna, Enriqueta no presumiría su éxito. Al hacerla girar para despertarla de su sueño, en lugar de la afanosa costurera, estaba un ser horrendo. Los pedazos de tela que se le impregnaron en el cuerpo fueron devastadores: toda ella estaba cubierta con una especie de llagas supurantes de un líquido amarillento; tiras de carne se le desmembraban del rostro.

Aterrada, la creatura tomó las tijeras que estaban sobre la mesa para clavarlas, en repetidas ocasiones, sobre una Enriqueta que no sentía dolor alguno, pues había dejado de ser una persona para convertirse en una defectuosa prenda inanimada.

\*

Casi de inmediato, la nueva mujer tomó el nombre de Enriqueta y temerosa de lo que pudiera sucederle estando cerca de los

restos de piel aún esparcidos a su alrededor, clausuró el taller para refugiarse en un sitio más seguro de la casa.

De esta manera, quién extrañaría a la original estando ella encargada de los asuntos de la *boutique*. Sin embargo, la armonía es una migraña que no nos deja tranquilos.

Al encender la estufa, la cercanía con el fuego le ocasionó que una mano se le derritiera. Imperceptible al dolor, sólo retiró el brazo cuando la seducción de la flama se fue aproximando al hombro.

“¡Esto no es posible! ¿Por qué a mí?”, se cuestionaría la nueva Enriqueta. Ahora ya no podía exponerse ante un público.

Una mañana, mientras disfrutaba del necesario baño, pues su cuerpo comenzaba a despedir olores extraños, como de animal muerto, la esponja con la que se frotaba el cuerpo le ocasionó una fisura en el pecho, aunque no perceptible entre los vapores y sustancias aromáticas.

Posteriormente, en el proceso de secado, notó que algo parecido a un hilo suelto se asomaba por su cuello. Una vez atrapado el supuesto hilo, tuvo la osadía de jalarlo, provocando que toda una tira de piel se le desprendiera del cuerpo, exponiendo su natural consistencia sin órganos interiores.

Así como el primero, una serie de hilos se asomaron por el resto de su persona. Literalmente se estaba descosiendo, y tras la anterior experiencia, el miedo reprimió todo intento por seguir tirando de los pequeños caminos de su autodestrucción.

Pero tampoco iba a mantenerse a la expectativa de una solución milagrosa y, por otro lado, su creadora ya no estaba ahí para ayudarla.

No, se equivocaba, la original Enriqueta aún podía auxiliarla. Entre hechuras y revistas, encontraría una libreta de tapas verdes en la que se detallaban los procedimientos para la elaboración de un vestido que la condujera a la inmortalidad.

Leería las notas con un entusiasmo que fue decayendo. Los apuntes estaban acompañados de dibujos y de explicaciones minuciosas. Sin lugar a dudas, el procedimiento de su reparación era muy complicado; debía conseguir piel humana, y entre más fresca, mejor, a sabiendas que el donador debía mantenerse con vida mientras fuera desollado.

De acuerdo con las anotaciones de Enriqueta, en tanto más terribles sufrimientos experimentara el donante, mejores acabados y consistencia adquiriría la piel.

Enriqueta debía matar, despojar a la víctima de su piel y confeccionarse una prenda que lograra mantenerla con vida.

\*

Aquí es donde yo aparezco, y mientras escuchaba los acontecimientos del pasado reciente, mis manos no dejaban de sudar copiosamente.

—Muy bien, querido —dijo Enriqueta—, entre más angustia experimentes, tu piel será más valiosa.

Y para comprobar sus argumentos, Enriqueta se despojó de su abrigo, permitiéndome apreciar sus múltiples heridas, y más que laceraciones que no sangraban, igual que gajos, tiras de carne se le desprendían de un cuerpo sin consistencia.

—Ahora tú decides —concluiría Enriqueta, mientras que ambos nos armábamos de tijeras y con la dudosa intención de utilizarlas contra el adversario—; o me ayudas o me salvas. De cualquier modo, el resultado final me favorece. Si muero, obtendré la paz; de lo contrario, te garantizo una eterna tranquilidad, porque seguirás viviendo en mí; juntos para siempre.

## PRECAUCIONES PARA ANTES DE AMARRARSE LAS AGUJETAS DEL ZAPATO

Hay ocasiones en las que abandonaría todo con tal de no saber nada del mundo ni de sus habitantes. Dejar atrás los pretextos que me ridiculizan: el trabajo o la familia como responsables de mis fracasos. Mejor me lanzo a andar por los caminos. Si tan sólo se mantuvieran amarradas las agujetas del zapato.

Posiblemente no sea demasiado tarde para cambiar algunas cosas que repito sin ningún sentido. Por ejemplo, ¿qué hago encerrado en una oficina? ¿Por qué me martirizo rellenando papeles que no me benefician en nada? Debo rebelarme. Si se me antoja un roncito a las diez de la mañana, pues me lo tomo; que si me quiero aventar el más sonoro y pestilente de los pedos, pues me lo echo; que si veo a la secretaria del director como un calmante para los nervios, pues me la cojo. Y punto. Pero no lo hago porque no sé si las agujetas del zapato se mantienen amarradas.

Fumo. Camino en círculos. Cuento chistes. Bebo café. Soporto la mediocridad de mis superiores. Vuelvo a fumar. Observo las ventanas que dan a la calle. Afuera hay un canto de sirena que me seduce. Escucho el ritmo de las arterias ciudadinas. Coloco en mi boca el tercer cigarrillo. Me envalentono y, cuidando de no tropezar con las agujetas del zapato, salgo del edificio que me aprisiona.

Contrario a lo que supuse, a ninguno le importó que abandonara mi puesto de trabajo, es más, ni siquiera se enteraron de

mi ausencia. Esta es la primera ocasión que me atrevo a transgredir el orden y tengo miedo. No, estoy emocionado. Ahora podré cumplirme un par de caprichos. Aunque las agujetas del zapato son más reales que mis deseos.

Cuando niño, estuve obligado a respetar los horarios y las normas. Ni en sueños podría alterar el orden natural de la vida en su perfecto ciclo: las agujetas deben entrelazarse y formar en sus extremos un nudo firme, seguro, resistente.

Con las manos en los bolsillos del pantalón camino sin rumbo fijo. ¿A dónde ir? Debo aprovechar esta libertad instantánea. Los rostros de la gente que pasa a mi lado expresan amargura, coraje, yo qué sé. Decido regresar a mi casa para tirarme en el sofá y dormir un rato, quizás intente recuperar el entusiasmo de penetrar a mi esposa, siempre que no escuche sus gritos y maldiciones en contra de los hijos. Tanto enojo y frustraciones deben tener sus orígenes en nuestra recámara. Bajo la cabeza y las agujetas del zapato permanecen desamarradas.

Entonces recuerdo que en el pasado, no muy distante, disfrutaba caminar por las calles de la ciudad y perderme sin que nadie supiera de mí. ¿Por qué no lo sigo haciendo? Por las malditas responsabilidades. Sería fabuloso recibir un salario por las horas de ocio, pero no lo permitirían. Las manos desocupadas son manos inútiles e improductivas, dicen los propietarios de los destinos compartidos. Me pregunto por qué debemos producir algo; ya sean refrescos, automóviles, indigentes, cajas, negocios o más personas; por qué no nos quedamos quietos por lo menos una hora y vemos lo que sucede en el mundo. En efecto, porque no habrían zapatos ni agujetas por amarrar.

¿De niño me preocupaba tanto? Pues sí, pero eran asuntos más importantes: que el Santo, el enmascarado de plata, derrotara a los vampiros; que México ganara el campeonato de fútbol;

o aprenderme las tablas de multiplicar porque, de lo contrario, mi padre me las recordaría a punta de guamazos en la cabeza; que mi madre despertara algún día y saliera caminando del hospital; o que nadie descubriera al monstruo en el que se había convertido mi hermana a causa del aceite hirviendo que, una tarde de juegos frente a la estufa, se derramó en su cara; o del olvido, que jamás me acompaña, de haber visto a mi padre ingeniosamente ahorcado con las agujetas de nuestros zapatos.

Hace tiempo que no lloro. Debiera hacerlo, pero desaprovecharía los fines de semana, cuando venzo el hartazgo que me mantiene adormilado y pretendo concluir una tesis que me permita concluir mis estudios. Sin embargo, cuando enciendo la computadora para desarrollar una idea, resulta que los hijos quieren que los lleve al cine, o a mi compañera de cama le da por romper nuestros largos silencios en conversaciones que se prolongan durante el día. Comparte conmigo diferentes asuntos, como el color de las cortinas, la muerte de un anciano, la desaparición de un niño. No lo dice, pero entiendo que eran azules las cortinas con las que envolvieron el cadáver de su padre, quien murió al enterarse de que habían raptado a uno de sus hijos. Mi esposa, como siempre, me pide que amarre la agujeta del zapato.

Observo mi reloj. Ha transcurrido la hora de la comida. Me inclino de manera automática, dócilmente. Sólo distingo los pies que pasan a mi lado. Reprimo las ganas de llorar. Mejor sonrío. Amarro las agujetas del zapato, me incorporo y regreso a la oficina.



## AUTOPSIA

Doctores, permanezcan en sus asientos. Les suplico que borren de sus rostros el semblante de autistas que tanto fastidia a mi buen humor. Estamos aquí para aprender y quizás, si cuentan con un mínimo de inteligencia, podrán establecer las causas que provocaron la muerte del individuo, cuyo cuerpo, hoy será expuesto.

Observen. Cráneo, tórax, extremidades; a primera vista se puede asegurar que su asesina se complació con la tortura. Vean: piel, huesos, arterias al descubierto; sin duda un trabajo impecable.

Analicen. Comprendan. Deduzcan. Todo conocimiento empieza con la mirada. ¿Ya notaron las expresiones del cuerpo? Si no lo hacen, están perdidos y la sabiduría libresca no les servirá de nada.

Se dice que no hay hoja que no se mueva sin la voluntad de Dios. Pues bien, el movimiento de esa misma hoja, las causas de su caída y su decadencia, sólo es percibida por nosotros. Así que pónganme atención y no se distraigan.

Entonces, ¿qué fue lo que vino a su mente una vez contemplado el cadáver? ¿Ternura, compasión, tristeza, indignación, náuseas? ¡Pendejadas, qué! Se trata de un hombre, uno de entre los millones que habitamos el planeta. Nadie lo va a extrañar.

Regla básica de todo médico forense: no dejarse dominar por los instintos; los instintos ayudan a resolver el enigma, pero

uno debe controlarlos. Una mala decisión puede ser costosa. Así que eviten distracciones y miren al objeto inerte... ¿qué notan? Digan algo, que no tenemos todo el día.

Sépanse que los cuerpos no entienden de esperas; son explícitos impacientes en progresiva transformación. En media hora su consistencia cambia; en minutos las células se destruirán a causa del apetito de diferentes organismos.

Sin llorar ni vanagloriarse, los muertos se renuevan a cada instante y de manera casi imperceptible y nos exigen que los depositemos en los hornos para su cremación... ¿Me explico?

Como el nonato que súbitamente deja de respirar sin que logre percibirlo su propia madre, sin que el médico alcance a determinar las razones para que un pequeño cerebro ordene el disfuncionamiento del sistema, ustedes deben identificar las causas de lo inevitable.

Ahora bien, dígame doctor, ¿se pueden diseccionar los sentidos? ¿Es factible localizar el sitio exacto en el que se acumula el resentimiento hacia las personas? ¿Podemos destapar un corazón y revelarle al mundo que somos despreciables?

Miren, aquí se encuentra el origen de las calamidades. Tóquenlo.

En todos mis años como experto en el diagnóstico de las defunciones, no encuentro el órgano que motiva el desprecio. ¿Ustedes lo conocen? Tal vez debamos practicar con el cuerpo de nuestras esposas. Así podríamos comprenderlas, ¿no les parece?

Pero antes deben morir, ¿no es cierto?

En fin, si Dios les otorga sus alas a los alacranes, nosotros podemos colocar el agujón a los arcángeles.

Por cierto, ¿son creyentes de alguna deidad? Pues deberían serlo... su dulce voz matiza en el crujir de las costillas, necesariamente separadas para el mejor estudio de los pulmones repletos

de agua, los pequeños pulmones de una hija que, justo el día de su cumpleaños, murió ahogada... De esto hace ya tres años.

Bueno, contemplan al tipo recostado en la plancha. Imagínense que podría ser cualquiera de ustedes.

De hecho, un instante es suficiente para intercambiar posiciones.

Incluso, les apuesto que dentro de cinco años desearán acompañarlo... ¿ya se dieron cuenta en dónde estoy colocado? Doctor, ¿podría identificar la trayectoria de la bala que perforó la parte posterior del cráneo y, si es posible, extraerla? En estos momentos, una insoportable migraña me impide proceder.

¿Se han preguntado qué o quién determina el sentido de nuestras degradaciones? Un día deyectamos placenteramente, luego copulamos con la representación de nuestros temores y, al final, nos desconectamos del mundo. Tan sencillo como una luz que se disuelve.

A partir de este momento, comiencen a mirar con los ojos de Dios: cuerpos calcinados, tasajeados, agusanados, en contraste con la anatomía de mujeres hermosas, pálidas, exuberantes, que decidieron interrumpir su profunda tristeza con la ayuda de pastillas o cortándose las venas. A partir de hoy, damas y caballeros, las imágenes acumuladas durante cuarenta y tres años de forense se repetirán permanentemente en nuestros sueños... en verdad que siento lástima por ustedes.

## PRIMER FINAL

Volvamos con el difunto y experimentemos. Impresiónense por las marcas en el cuerpo; tal parece que fui atropellado y recibí el impacto con tanta fuerza que rodé por varios metros, dejando

el asfalto recubierto con fragmentos de tripas y de sangre. El automóvil es un Ibiza 2008, regalo de cumpleaños; esta precisión la pueden comprobar por la altura en la que mi cuerpo recibió el primer impacto, y porque mis brazos, piernas y abdomen aún conservan las marcas de las llantas.

¿Premeditación o accidente? Jóvenes, el mundo real no se rige por el azar.

Apenas supe que mi esposa había logrado embarazarse y hoy lo celebro con el estallido de vísceras a causa del automóvil que me arrolló.

#### FINAL ALTERNO

Volvamos con el difunto y experimentemos. Impresiónense por las marcas en el cuerpo; son diminutas, apenas visibles, como si se tratara de piquetes de insecto. Al parecer, fueron hechas con una aguja, lo suficientemente larga como para dañar mis órganos vitales. ¿Cuántas heridas alcanzan a descubrir? ¿Dos, cinco? En realidad son trece, pero sólo dos piquetitos bastaron para colocarme en esta situación.

Jóvenes, el mundo se rige por el instante en el que estalla un corazón; o en su defecto, cuando la saeta es insertada por la nuca con dirección al cerebro. Entonces se borra todo lo que alguna vez fueron o pudieron ser: cuando Edith permanecía en mi existencia.

Apenas supe que mi esposa logró el embarazo, como loco me dispuse a beber; entonces, aprovechando el imperturbable sueño de los borrachos, ella celebró el acontecimiento al clavar-me un largo alfiler en el corazón y tantas veces como la tristeza se lo permitió.

## TERCER FINAL

Volvamos con el cadáver y terminemos de una vez. Además del disparo en la cabeza, presenta rasgos de tortura. El sujeto se arrojó a las vías del metro. Las causas: lo despidieron del trabajo, un asaltante hirió de muerte a su mujer, le pronosticaron un cáncer avanzado. ¿Alguna pregunta?

## CONFUSIÓN

Volvamos con el trabajo. Cercenó su cuello, se introdujo un tubo por el ano hasta las entrañas. Escuchaba voces, lo llamaban, lo seducían. No pudo dormir, quedó imposibilitado para gritar. Las imágenes de todos sus muertos, a quienes les practicó la autopsia, se le repiten en la memoria.

Se siente confundido. ¿Quién falleció? Recuerden que alguna vez tuvo una existencia, amigos que jamás quiso volver a ver, una familia, y a Edith. Doctores, ¿quién de ustedes puede extirpar a Edith de las entrañas del difunto?

Lo sabía.

El difunto se convirtió en cada uno de sus muertos. Desesperado, se empujaba una botella de aguardiente hasta el final de cada lágrima. Se mecía los cabellos para llorar, pero Edith no regresó.

## COMIENZO

Doctores, permanezcan en sus sitios. Disculpen la tardanza, pero una fuerte migraña me obligó a perder la noción del tiempo...

No, no es cierto, a ustedes no los puedo engañar. Mi demora se debe a asuntos personales. ¿Recuerdan que antes les hablé de Edith? Pues bien, hoy quiso morir y su cuerpo reposa delante de ustedes.

¿Alguno podría decirme si es de día o de noche?

¡Qué estúpido soy! Había olvidado que ninguno me puede responder. Todos están muertos.

Veamos, comenzaré con E...

## MÉTODO PARA CAMBIAR EL SOCKET DEL BAÑO

Si tiene la intención de arreglar los desperfectos de su casa, digamos, por señalar algunos casos aislados, que piensa en resanar las paredes o incluso pintarlas; si cuenta con un pequeño jardín, podarlo; supongo que podría limpiar los vidrios de las ventanas, incluso estaría dispuesto a reparar la licuadora o cualquier aparato electrodoméstico sin conocer los mecanismos que permiten su funcionamiento.

Pues bien, trabaje y siéntase útil e indispensable. Pero evite la soberbia, ya que la humanidad ha podido sobrevivir sin su ayuda. Comprenda que siempre habrá alguien que lo haga mejor; usted es sustituible en cualquiera de las funciones que desempeña.

Tampoco se ofenda. De seguir mis consejos, es posible que, al término de la jornada, sea recompensado con una, dos o las cervezas que se le antojen; seguro que su esposa le agradecerá el esfuerzo (en caso de que no termine agotado) con una noche pasional y repleta de lujuria... o al menos lo dejará tranquilo para que disfrute del fútbol.

Conviértase, al menos por un día, en el héroe de su familia. Si no le apetece construir un imperio y fortificarlo, evada las responsabilidades. Lleve a sus hijos al cine, consienta sus caprichos, dense el lujo de comer en un restaurante y cumpla las funciones a las que todo hombre fue destinado.

Pero nunca se le ocurra cambiar el socket del baño.

El socket es un artefacto insignificante, de forma indefinible para un servidor, en donde, con un simple giro, semejante al de la tuerca y su tornillo, se colocan los focos que permiten iluminar cualquier espacio que así lo requiera. Sin embargo, en algunas ocasiones, el referido socket queda inservible y la energía eléctrica se imposibilita para devolverle el sentido de su existencia a una méndiga bombilla que, sin ella, la vida de muchos, entre los que me incluyo, se vuelve un auténtico desorden.

¿Qué hacer entonces?

Nada. Sólo contemple al pequeño utensilio de su devastación, insúltelo si así lo prefiere y luego resígnese a permanecer en la oscuridad. Es posible que experimente una variante de la contrariedad pero, créame, el efecto dura muy poco, mucho menos que la humillación total.

No permita que el instrumento del mal se interponga entre usted y su felicidad. Invoque a los dioses, embriéguese o dé un paseo por la ciudad, hágale el amor a su linda esposa (que tanta falta le hace) y búrlese de las imperfecciones de un mundo diseñado por y para el “bienestar” del hombre. Pero nunca se enfrente al socket.

Es un absurdo pensar que el referido objeto posee inteligencia, pero la tiene. A veces creo que fue inventado por un dios satírico con el único fin de burlarse de nuestras debilidades... y sin duda lo ha conseguido.

Caprichoso, pero cuando al amasijo de plástico y metales se le ocurre, nomás por fastidiar, entregarse a la anarquía, no le importa que le hablen con cariño o ser estimulado con algunas palmaditas. Cuando se emberrincha, negándose a negociar, sólo consigue poner en predicamentos a los habitantes de una casa... y lo peor es que se trata de SU CASA.

En fin. Mejor acepte su destino aunque lo consideren un inútil... bueno, corriamos el adjetivo por incompetente.

¿Tampoco? De acuerdo, usted no pertenece al grupo de los hombres prácticos y productivos. ¿Mejor?

Tómelo con calma y, por lo que más quiera, no se enrede en provocaciones. ¡Se trata de un vulgar socket y sólo hasta que lo despiertan de su anaquel tlapalero, su valor oscila en unos cuantos pesos! Usted no puede reducirse a ese nivel. ¿O sí?

Amigo mío, ninguno dudará de su hombría cuando solicite el auxilio de un experto que, en menos de lo que tarda en repetir rápido ruedan los carros del ferrocarril, la luz regresará a su baño y la tranquilidad a su espíritu.

Pero, si el compromiso moral es imprescindible, entonces le recomiendo las siguientes medidas preventivas:

Al igual que Humberto, espere a que lleguen las vacaciones y así contar con el tiempo necesario para concebir a la perfección sus estrategias.

Aunque, si resulta indispensable cambiar el socket porque, de permanecer el baño a oscuras, podría ocurrir una calamidad, entonces traslade todas sus buenas intenciones al fin de semana, evite las visitas o que sus hijos pretendan asomarse por sus territorios; o mejor aún, postergue el acontecimiento, evítelo, finja una enfermedad, acepte su holgazanería o deslinde responsabilidades.

Pero, si como Humberto, a pesar de las advertencias prefiere asumir el desafío, entonces procure tener todos los aditamentos a la mano: el socket, desde luego; aunque el objetivo sea cambiar uno solo, adquiera cien repuestos (en serio, no es broma); un paquete de focos; desatornilladores de todos tamaños, de cabeza plana y de cruz; varios rollos de cinta aislante, escalera plegable, guantes de asbesto, casco industrial, botas de goma, vendajes, gasas, yodo, ungüento para golpes, colchoneta de esponja (para mitigar las caídas), seguro de gastos médicos,

su testamento, música ambiental, cacahuates, refrescos, paciencia, confianza y valor, mucho valor.

Podría faltarme algo, pero la lista suele incrementarse a partir de la experiencia de cada individuo.

Una vez que los instrumentos se hallen a su alcance, revise, con lista en mano, que no falte nada y, por favor, en ningún momento haga alarde de virtuosismo. Diríjase al objetivo con convicción y sorteando los distractores. No sea la de malas que, por ponerse cachondo con su esposa, precisamente ese día y luego de varios meses de no hacerle ni un sólo cariñito, tropiece con las herramientas, logrando con ello que sus buenas intenciones, junto con el entusiasmo de restaurador (que desde la infancia lo caracteriza), junto con sus dotes de seductor, terminen embarrados en el suelo.

Aunque, pensándolo bien, no sería tan mala idea que sufriera un percance. En ocasiones, el honor obtenido por las heridas en el campo de batalla, aunque no haya disparado un solo tiro, es suficiente para que la comunidad lo respete. La fractura de algunos huesos, un par de hematomas (que siempre impresionan a las mujeres) o el descalabro que lo acreditaría a quince puntadas, son medallas al mérito, una distinción aún muy superior que el burdo despliegue de habilidades técnicas. Más vale una familia preocupada por su integridad (quienes lo consentirán como nunca antes lo habían hecho), o la posible obtención de unos cuantos días de reposo, que la vergüenza de ser señalado por el resto de sus días, al igual que Humberto, como el pendejo que no pudo cambiar el socket del baño.

Entonces, si hasta el momento no va en camino al hospital, eso significa que permanece en una sola pieza y que mantiene firmes sus propósitos como instalador eléctrico. Lo felicito. Continuemos.

Proceda a ingresar a un mundo completamente ajeno para usted, del cual, desconoce sus misterios e ignora cuántos demonios pudiera encontrar, mismos que, seguro, aguardan cualquier debilidad para aniquilarlo. No lo permita. Quizás nunca recupere la estabilidad emocional, pero entienda que usted forma parte de una especie en evolución, capacitada genéticamente para resolver los grandes misterios del universo o para luchar contra una bestia si fuera necesario.

Observe el umbral con atención. Establezca un cerco a su alrededor para que los curiosos no corran peligro. Colóquese de manera profesional el uniforme antimagnetismo. No olvide los lentes de seguridad. Utilice el cinturón de trabajo que le permita tener a la mano diferentes herramientas.

Ahora, ya sólo falta que deje de pensarlo y, al igual que San Jorge, enfrente al dragón.

Con valentía, suba por los peldaños que lo han de conducir al campo de batalla. Observe a su adversario sin parpadear y, de un impulso...

¡Espere un momento! ¿Ya desconectó el interruptor de la energía eléctrica? ¿Pues qué espera para hacerlo? Jamás diga que ninguno se lo advirtió antes, porque se trata de un sencillo procedimiento para cualquiera con un poco de sentido común.

De acuerdo. Un electricista no se vale de este recurso para realizar su trabajo con eficiencia, pero si tuvo que leer este instructivo para enterarse de cómo cambiar un pinche socket, esto sólo tiene dos explicaciones: una, que existen profesiones en las que no debe involucrarse; y dos, que usted es un auténtico ingenuo al confiar en mis recomendaciones.

Por favor, no se lo tome como un asunto personal. Considere que son muchos en todo el mundo, al igual que usted y como yo, que no dejan de cometer tarugadas todos los días.

Recuerde que la humanidad no habría alcanzado su esplendor si no fuera por la infinidad de torpezas cometidas a lo largo de la historia.

Claro que los astutos evolucionan o al menos sobreviven.

Gracias al sacrificio, jamás reconocido, de los héroes modernos que no experimentamos ningún temor frente a lo desconocido, es que la humanidad puede dormir tranquila. Muchos se arrepienten antes de pretender salvar al mundo pero, al igual que Humberto, al final del camino, reciben su justa recompensa.

Vuelva a intentarlo. Los peldaños no se han movido y el monstruo de un solo ojo aguarda impaciente.

Sujete con determinación el socket. Gire el foco y retírelo sin contemplaciones. Lo que a partir de este momento le ocurra al desafortunado instrumento de la oscuridad, ya no es de su incumbencia. Sin duda fue de gran utilidad, especialmente en aquellas noches, cuando apuraba a su esposa para bañarse juntos, pero lo que más le apetecía en esos instantes era otra cosa. Ni modo, la vida debe continuar. Aquel testigo de sus pasiones se llevará sus secretos al depósito de los reciclajes.

Perfecto, se ha conseguido el primer paso. Ahora viene lo más difícil, esto es, retirar el bendito socket de su confortable nido. Si usted ya conoce el Primer Principio de la Dinámica del Desenrosque, entonces no tendrá ningún problema en resolver la combinación de la cerradura de plástico. Tenga mucho cuidado porque el objeto puede resbalarse de su mano, precipitarse al suelo y dañarse de manera irreversible.

Si mis recomendaciones llegaron tarde, no se preocupe. Sabemos que aún le queda un envoltorio repleto de sockets.

Continuamos ahora con el Segundo Principio de la Dinámica del Desenrosque. Verifique antes cuál es el tipo de tornillo que

sujeta al socket con la instalación eléctrica... Bien, ¿qué espera? ¿No me diga que también debo explicarle cómo se utiliza el desarmador?

En efecto, lo que tiene entre sus manos son dos pequeñas piezas resultado de la más alta tecnología... ¡Los tornillos, hombre! ¿En qué está pensando? Cuando repare las instalaciones eléctricas, le sugiero que, por ningún motivo, acaricie ninguna zona de su cuerpo, de lo contrario, aténgase a las consecuencias.

Una vez que los haya retirado, sí, los tornillos, colóquelos en un lugar seguro, donde puedan permanecer a la vista. Incluso, al tratarse de objetos diminutos, no sería mala idea que los depositara en cualquier recipiente...

Sí. Claro que los tornillos...

¿Cómo que no sabe en dónde los puso?

De acuerdo, fue mi culpa. No le anticipé de los riesgos de extraviar objetos casi imperceptibles. Tampoco se justifique, lo comprendo... Por favor, no insista. La reiteración de una falla no lo exime de sus incapacidades... de sus torpezas... de sus equivocaciones. Además de exponerse al ridículo, pierde un tiempo valioso que puede utilizar en continuar con las reparaciones.

Si le sirve de consuelo, siempre puede comentar con sus amigos que su ineptitud es tan sólo comparable con la que Humberto se distingue, el mismo Humberto que ofrece consejos a partir de su propio fracaso.

Seguramente, al término de la jornada, usted mismo transcribirá sus experiencias como reparador de sockets, porque, si no lo hiciera, eso significaría que jamás pudo colocar el artefacto en el lugar adecuado. Por consiguiente, usted es como Humberto, un ocioso que se la pasa leyendo libros y criticando a los que en verdad trabajan.

No entremos en detalles.

Mejor hablemos del manual titulado *Método para cambiar el socket del baño*, mismo que distribuirá entre sus parientes y vecinos, posiblemente para reflexionar acerca de sus tarugadas o para compartirlas con los demás y, de esta manera, demostrarnos que posee un temperamento indomable por saberse reír de sus propias frustraciones.

Lo felicitaría por conservar su humor, pero, como seguramente no lo calienta ni el sol, deberemos continuar.

Recordará que los tornillos habían... desaparecido.

Por fortuna, todo tiene una solución. Así que, antes de enviar a cualquiera de sus hijos a la tlapalería para conseguir los engranes faltantes, no pierda tiempo y utilice un nuevo socket, ya que en su interior se resguarda una alternativa contra la rendición.

Debí advertírsele antes de comenzar, pero sepa que un hombre, no cualquiera, sino un sujeto con temperamento, es capaz de manifestar su valentía cuando se encuentra a la mitad de ninguna parte, al enterarse de que su esposa fantasea con otro cabrón mientras que usted se empeña en satisfacer sus urgencias sexuales, en el instante que un diablo se presenta puntual para exigir el pago de una deuda, o cuando los alambres de cobre que penden del techo parecen burlarse y lo retan a colocar el socket en el baño.

Entienda el enigma de todo héroe: existen miles de caminos que franquean el miedo, infinidad de mujeres que se convierten en sal en un parpadeo, sólo un demonio que lo escuchará con paciencia mientras bebe, pero resolver el laberinto conformado por el sistema eléctrico de su casa nada más se presenta una vez en la vida y aceptar el reto puede curarlo de la mediocridad.

Inténtelo de nuevo.

Antes déjeme prevenirlo. Sólo tiene dos manos, por lo que es imposible sostener diferentes instrumentos a la vez. Lo comento porque, no sería prudente que más tarde, como le sucedió a Humberto, tenga que retirar el excusado para recuperar la herramienta que, accidentalmente, fue a parar a los drenajes de su departamento.

Considérelo antes de actuar. Una cosa es hacerle al eléctrico y otra muy diferente pensar que también puede practicar la plomería.

Si fuera el caso, entonces le recomiendo adquirir el fabuloso instructivo para esas emergencias; se trata de *Método para cambiar la letrina del baño*, escrito por Humberto y que puede conseguir en cualquier tienda de autoservicio o en el puesto de periódicos más cercano a su domicilio... o dese una vueltecita a mi trabajo y con mucho gusto se lo obsequio.

Ahora, colóquese los guantes de seguridad, aunque, si no le sirven para impresionar a los incautos, entonces no los utilice. Mientras mantenga apagado el pasacorriente, usted no se expone al peligro... Porque lo desconectó, ¿verdad?

Regrese a su puesto de combate. Pise con firmeza y repita conmigo: “Yo soy un chingón; yo puedo cambiar el socket; ninguno se burlará de mí, y cuando esté listo, no vaya a soltar los...”.

¡Mellevalaching...!

De acuerdo, ya conoce la maniobra. Utilice un nuevo aditamento. Respire hondo y procure no gritar; y una recomendación extra: ¡cuide los putos tornillos!

Si, por casualidad, el destino lo favorece enviándole a su esposa al rescate; y si, con el amor que la distingue e ignorando la desesperada situación en la que usted se encuentra, le ofrece un refresquito o cualquier otra cosa, acepte su gentileza y solicítele una bofetada. No existe mejor prueba de amor

que un buen sopapo. Por la intensidad del fregadazo se comprenden los verdaderos sentimientos de una mujer... Además de permitirle traspasar el velo de la autocomplacencia, recuperará su hombría y, sin más preámbulos ni titubeos, estará en condiciones para cambiar el socket del baño de una vez y para siempre.

¡Cómo chingaos no!

Aunque, si pretendiera arrepentirse, le advierto que ninguno lo detendrá. ¡Es más!, ahora sí lo apoyo.

Más vale un digno cobarde que un valiente pendejo.

Al fin y al cabo, piense que en este preciso momento debe haber cientos, miles, millones de individuos en todo el mundo que, como usted y como Humberto, aproximan el rostro hacia un par de cables para preguntarse si estarán haciendo lo correcto. Muchos ni siquiera se atreven a cambiar el socket, otros prefieren abandonar la encomienda y, véalo por el lado positivo, aún no se ha electrocutado en el intento.

¡Perfecto! ¡Esa es la actitud!

Con la ayuda de las pinzas, trence los alambres de cobre para conformar una circunferencia por cuyo diámetro puedan colocarse los tornillos. Muy bien. Ahora, verifique sus resistencias porque, con un simple movimiento, los pestillos metálicos podrían zafar...se.

No me lo diga. Por el tintineo producido por el contacto en el suelo y el consiguiente golpeteo con la coladera, adivino cuál fue el destino de las pijas... No, no, no, no, no se disculpe. Usted ya conoce el procedimiento...

Pero sea más precavido. Solamente queda un socket, además que ya no tarda en oscurecer, por lo que, si pretende concluir el trabajo, deberá apurarse, pero sin descuidar la precisión de sus movimientos...

Respire hondo, dese ánimos, no llore, no grite, puede mentar madres, pero calladito, beba un trago de aguardiente, beba un largo trago de aguardiente, si se acaba la botella no importa, mientras más fuerte sea la bebida mejor, ya es justo que se despoje de los guantes, sujete los cables, así, a mano pelona, al fin que desconectó el pasacorriente, ¿o me equivoco?, aísle el sudor de su cuerpo, rece un padrenuestro, rece un credo, rece lo que se le pegue su rechingada madre, rásquese la entrepier-na, pero con vulgar desplante y para asegurar que la virilidad permanece en su sitio, échese otro trago, ahora suba por la es-calera, con valor, pero sin descuidar las plegarias, utilice cinta de aislar para que los demás piensen que usted sabe lo que está haciendo, aunque en verdad no lo sepa, muérdase los labios, no, mejor no se muerda nada, arrepíentase de todos sus pecados, de los cometidos y de los que seguro ejecutará luego de esta experiencia, conduélase de sí mismo, pero con devoción, no, Devoción no es la estrella dominicana de los Yanquis de Nueva York, tampoco una Virgen consagrada en alguna iglesia de Guadalajara, aunque podría tratarse del seudónimo de una actriz porno, pero estoy divagando, volvamos al trabajo, aflíjase, conduélase, pendejéese por no haber sido lo suficientemente listo como para elegir la profesión de ingeniería electrónica en lugar de pasarse el día leyendo libros, aunque, si no fuera por el hábito de la lectura jamás habría adquirido mi fabuloso libro *Método para cambiar el socket del baño*, pero esa ya es otra historia, estábamos en que su padre se lo advirtió: mijito, estudia, pero no, tuvo que seguir sus impulsos, a ver, cómo piensa cambiar el mundo si no puede con un jodido socket, dígame, de qué chingaos le sirve la Filosofía, Ciorán permitiría que se electrocute, Platón propiciaría que su familia se preguntara el motivo para cambiar el socket, Descartes sólo estaría seguro

de que piensa en sustituir el socket por uno nuevo, en fin, ya ni llorar es bueno, agarre los cables con firmeza, igual y como si se estuviera apretando la pinga, enrede los cables a los tornillos, enrédelos como pueda, pero enrédelos con fuerza, como los hombres, sin temor, atornille, ¡hágalo con una ching...!, repita el movimiento, ¿cómo le quedó?, ni modo, así déjelo, la perfección es imposible, un acto de vulgar vanidad, ya no se fije si le quedó bonito, basta que haya quedado firme, ¡no su verga; los putos alambres!, muy bien, ahora, vuelva a enroscar la parte inferior del socket, ¡genial!, así se hace, como todo un experto.

De esta manera y sólo siguiendo mis instrucciones es como se puede cambiar el socket del baño...

Sin embargo, al hacer un recuento de los daños; cansado, pero satisfecho, sin importar los costos y el haber desperdiciado todo el domingo en una sencilla tarea; con el chance para meditar mientras recoge sus herramientas; dispuesto a reconocer que bien valió la pena el esfuerzo con tal de recuperar la luz en el baño, me pregunto, sin afán de joderle la existencia, si mejor hubiera cambiado la bombilla que se fundió en lugar del socket.

Bueno, pero el trabajo ya está hecho.

Sólo una última sugerencia. Tenga mucho cuidado al subir la manija del pasacorriente, la misma que permite el flujo de electricidad al interior de su casa. No vaya a ser la de malas, como le sucedió a Humberto, que provoque un corto circuito y quemé toda la instalación eléctrica, incluyendo los focos y cada uno de los sockets distribuidos en todo su domicilio.

## ROMPER EN GRITOS

Desde los últimos meses, ¿siete, nueve, doce?, sin duda demasiados, Manuel se refugia en la misma fosa: en la banca de un pequeño parque. Aunque los titulares del periódico, apenas adquirido unos pasos atrás, dijeran lo contrario, él sabía que su seguridad y bienestar eran dos sustancias que su cuerpo arrojaba a los drenajes con demasiado esfuerzo.

Su caminar era lento, pesado, como si la tierra intentara tragárselo sin prisa.

Su caminar se aligeró, para que la tierra no lo jalara hacia adentro y para que ninguno le arrebatara su banca, más suya que el paraíso; el único lugar en el mundo donde los gritos interiores no lograban alcanzarlo.

Le había fallado a la familia y no podía regresar a casa sin buenas noticias. Hoy no.

El periódico no estaba siendo de ayuda, por lo que estaba arrepentido de comprar el de colores sepia. El que pretende encontrar un trabajo no se guía por los anuncios que invitan a volverse millonario por medio de las quinielas deportivas.

No le interesaba la política, aunque, al voltear la página, encontró las estadísticas oficiales que justificaban el progreso económico de la nación. Luego, con grandes titulares, se destacaba un asombroso acontecimiento, la historia de una mujer indochina que dio a luz a una saludable lagartija con brazos y

cabeza humana. Pobre señora, se dijo, pero lo que más le importaba era encontrar y con urgencia, un trabajo de acuerdo con sus capacidades.

Veamos pues: chofer con licencia, albañil, contador con experiencia, personal para vigilancia, *hostess*, ¿qué es eso?, sepa dios. Continuemos: informático, vendedor ambulante, asesino serial, empresario, presidente de un país a punto de inaugurarse... No. Un momento, ¿qué cosas estaba leyendo? El hambre le provocaba alucinaciones. Pero sería magnífico que hubiera una vacante para delantero del Real Madrid, director del Banco Mundial y, ¿por qué no?, si le dieran una oportunidad, solucionarían la pobreza en el mundo.

Desafortunadamente, escondido en aquel parque y leyendo el periódico, ninguno escucharía sus sugerencias y tampoco se enteraría de sus talentos... que son muchos, aunque lo dudara su mujer.

Son cosas que ya no importan. Por tener ideas, su anterior jefe lo despidió. Por sentirse vivo, su esposa no le permite acompañarla en la cama. Por mostrarse con un poco de dignidad, sus chavos le tienen miedo. Por hablar, su hermano lo había mandado a la chingada.

Pero Manuel sabía escuchar. Recordaba que sus padres siempre fueron optimistas; que bailaban y sonreían, que hicieron planes para el futuro, que se besaban sin pudor frente a los hijos, que eran felices. Tal vez no lo eran, pero Manuel quiso pensar lo contrario.

Debieron serlo o la vida le estaba jugando una broma demasiado cruel. ¿Y por qué dudar?

Su madre murió pensando que llegaría muy lejos y no la iba a defraudar. Caso contrario, los parientes más cercanos consideraban que no pasaría de ser un empleadito más. Estúpidos. Pronto les demostraría su equivocación.

Sin embargo, sus planes fallaron.

Convencido de que lo mejor era mantenerse dentro del orden, no entendía por qué lo marginaban de la perfecta maquinaria de la monótona conformidad.

Manuel estaba de acuerdo con ser un ejemplar hombre de familia, sin atreverse a formar parte de los arrebatadores de la tranquilidad. En esos negocios, pensó, tarde o temprano te encierran para toda la vida.

Una vez, al mes de no conseguir empleo, un individuo, que nunca falta en la historia individual de la calamidad, se le aproximó con la atractiva propuesta de cometer un asalto. La tajada para cada uno sería cuantiosa y sin riesgo de ser atrapados.

—No te preocupes, en el equipo contamos con un policía que nos puede sacar de cualquier apuro —Sin embargo, Manuel rechazó la oferta.

Hoy se arrepentía de no haber corrido el riesgo. No es fácil. El miedo acalambra. Pero debió salir a la calle, cuchillo en mano, porque no le alcanzaba para comprarse una pistola, y despojarle al cielo del prometido fragmento de inmortalidad. Podría considerarse como un anticipo por su enajenación aceptada. Lo importante era llevar algo de dinero a la casa, lo que fuera. Tenía cuatro hijos y una mujer que esperaban buenas noticias.

Luego de un parpadeo, dudó si la historia del asalto formaba parte de sus recuerdos o si era una crónica periodística. Leyó que un hombre, tras permanecer treinta años en prisión, las autoridades reconocieron su inocencia. Una vez libre, el sujeto realizó el crimen por el que lo habían sentenciado. Desde su perspectiva, contaba con treinta años como pago anticipado por los delitos que intentaba cometer.

A ver, un momento. Manuel no tenía permiso para llorar. Reacciona, se dijo. Por más que invocara al cielo protector o a

sus guardianes, ninguno vendría en su ayuda. Por más que suplicara, la compasión sólo existe en los sermones de los párrocos. Era mejor que se comportara como un hombre para afrontar sus problemas solo. Solo.

Antes, mamá se encargaba de resolver todos sus problemas, incluso durante los primeros años de su matrimonio, pero ya no estaba para ayudarlo.

“¿Por qué no le pides a tu hermano?”.

Con eso de que deberás ganarte el pan con el sudor de tu frente, en verdad que le pusieron una joda... sea dicho con todo respeto, porque Manuel no era nadie para contradecir la voluntad divina.

Sabe que el azar no está de su lado, pero ese día en particular, un nuevo anuncio, que nunca antes apareciera en el periódico, le devuelve las esperanzas. Madame Artemisa asegura que a los nacidos bajo el signo de Géminis, el suyo, les ocurrirá algo asombroso, que transformará sus vidas de manera positiva.

De acuerdo, pero si la pinchurriente suerte no lo acompaña ese día, por diosito santo que sería capaz de cometer una barbaridad. Su familia espera buenas noticias.

Entiéndanlo, Manuel es una buena persona, aunque los bancos lo señalen como un sujeto no digno de créditos. Si alguna vez se cogió a una, o dos, o cinco mujeres diferentes que le otorgaron las leyes divinas y terrenales, no significaba que debía ser condenado a la decadencia eterna. ¿O sí?

Seguro fantaseaba. La única mujer que le había hecho caso era su esposa. Nunca tuvo éxito en los asuntos del amor. Lo de las cinco amantes lo había leído en el periódico y se trataba del argumento de la telenovela de las ocho y que procuraba no perderse.

La banca elegida era la mejor del parque. Lograba aislarlo de las parejas de novios que, sabiéndose clandestinos, se

prodigaban de besos salvajes y del urgente manoseo, así es, de un efímero instante de felicidad.

Cómo le recordaban su pasado.

Lleva entre sus manos el periódico y una bolsa de plástico. En la bolsa guarda una coca cola y una torta de huevo. La comida que deberá administrar durante la jornada. No era mucho, más bien suficiente. Preferible probar un bocado lejos de su casa, en paz, que en la compañía de gritos y reclamos. Por un momento creyó escucharlos: “No es posible que no encuentres trabajo, si hay cientos de oportunidades. Tal vez. Si no traes nada para la quincena, te juro que me largo. Mejor, así podría regresar a casa de sus padres...”.

No. Imposible. Sus padres habían muerto y la casa fue vendida...

Caray, cómo extrañaba su infancia. Pero eso era parte de un pasado que debía quedarse atrás.

Una repentina furia lo invadió. Se sentía engañado. Sus maestros, sus padres, su hermano, la gente que dijo quererlo, se burlaron del méndigo escuinclero ingenuo que había sido. Todo fue una farsa, carajo. El mundo que le construyeron y al que lo obligaron a respetar, era una mentira, una burla.

¿Cómo desquitarse?

Para empezar, se echaría una meada en aquel árbol... y que no se le ocurriera al policía arrestarlo, porque no estaba de humor para soportar sus prepotencias. Si lo interrumpiera con un “¡Ey, deténgase!”, Manuel, sin dudar, estaba dispuesto a acomodarle una madriza descomunal, la que por años se la estuviera reservando a su propio padre.

Lamentablemente ya no podría enfrentarlo, ni reclamarle nada. Ya para qué. Dos años desde la muerte de su padre le permitieron recordar que también lo desecharon por inservible.

Lo despidieron con el argumento de que, por su edad, ya no era útil para seguir desempeñándose en un trabajo que requiere de personas mejor preparadas.

Pen-de-jos. Dios se sostiene del sutil rasguño que apenas y desgarró la bolsa donde el testículo resguarda las desesperaciones.

“Ayudante de cocina, con título en gastronomía. Centro comercial requiere cajeras, tiempo completo, jóvenes y con estudios en informática. Franelero, buena presentación, con experiencia en relaciones humanas; indispensable que su domicilio se localice entresuelos. Narcotraficante responsable, forzoso posea conocimientos en química, especializado en solventes”.

Entre las hojas del periódico hubieron motivos para las esperanzas, aunque en su interior se resguardaran trescientas mil treinta y nueve lágrimas de fracaso, trescientas mil se despararon por todos aquellos que se parecen a él, pero, treinta y nueve se reservaron por la edad que acababa de cumplir.

Hoy es su cumpleaños y ninguno se acordó. Mejor.

Observa con atención el recorrido de una rata a lo largo de un camino de tierra hasta que logra ocultarse en el interior de un árbol, sitio en donde se refugia un pordiosero; un hombre indiferente a lo que sucede a su alrededor, pero que disfruta del bienestar que proporciona el exceso de alcohol y de la despreocupación por no rendirle cuentas a nadie.

Qué tanto me parezco a esa persona, se preguntaría Manuel. Cuando era niño, su madre aprovechaba las circunstancias para asestarle lecciones de miedo. Señalando con severidad a los indigentes, a los arrojados del cielo, le advertía de las consecuencias por no estudiar: “¿Quieren ser como ese hombre? Entonces obedezcan”.

Y obedeció. Dios sabe que jamás contradujo a su madre.

Los titulares son evidentes: la selección de futbol consigue, de manera rotunda, su pase al mundial. Sin duda son buenas noticias y si a los deportistas les fue bien, segurito que lo salpicarían de su misma suerte.

Le da un trago al refresco para brindar por su cumpleaños. Se siente animado, repentinamente entusiasmado y dispuesto a ofrecerle una sonrisa a cualquier extraño.

De pronto, presiente que alguien lo observa. Es el policía. Cuánto tiempo lleva ahí parado. Quién sabe. ¿Será puto? Allá él y su culo. Todos tienen derecho a buscar la compasión de su demonio guardián como la vida se lo permita. ¿Y si el uniformado lo anda maloreando para comprobar si Manuel no es un vago? Con eso de que lleva algunos meses guareciéndose en esa misma banca...

Pues es muy su bronca, se dio confianza, no estaba haciendo nada malo.

Entonces, advierte que el guardián se retira de su puesto de vigilancia.

Así que a Manuel se le ocurre que debió acercarse y preguntarle si no sabía de una vacante en la corporación. No era su más grande anhelo pertenecer a la jauría amaestrada del más terrible de los arcángeles mutilados, pero al menos hubiera sido un trabajo estable... bueno, con el riesgo de que un loco le metiera un plomazo en la cabeza, pero su viuda e hijos recibirían un dinero más valioso que su miserable existencia.

Los hombres valen más por el tipo de seguro contratado que por sus acciones.

¿Qué estaría haciendo su chaparra en esos momentos? Consiguiendo algunos pesos con los vecinos para comprar algo de comida, dándose de topes contra la pared para silenciar los ruidos que residen en su cabeza o autocomplaciéndose con su

propia mano en sustitución de un marido que, desde su desempleo, para ella había dejado de funcionar como hombre.

Cualquier recurso contra la frustración era el adecuado. No la podría recriminar.

Cuántas personas no conservan un secreto que les sirve de resguardo contra sus angustias individuales. Su maestro de Historia, por ejemplo, ¿aún vivirá?, elegía los viernes para llegar borracho a la clase; o su hermano, tan exitoso a los ojos de sus padres, pero enganchado a una computadora que le ofrece una felicidad clandestina de mujeres dispuestas a cumplir sus fantasías; o el caso de su propia madre, quien decidió vivir, hasta sus últimos días, en un estancado infantilismo.

Al fin de cuentas, quién no es un habitante de las depresiones de Dios.

Manuel le da otro sorbo al refresco, más caliente que sus nalgas, se reprochó, para dedicar un nuevo brindis a los que se creen gobernantes del mundo. “Pobrecitos —dijo en voz alta— son más lacayos de lo que ellos piensan”, y al menos hoy, Manuel paga el precio de saberse dueño de sus acciones.

Descubre que la pareja de novios son dos muchachos intentando ser fuertes.

Como se sabe necesitado de afecto, porque precisa de algo que lo devuelva a la existencia, cierra los ojos y sumerge una mano por el bolsillo del pantalón. Y de tanto hurgar, encuentra al fauno adormecido. Lo provoca; se enfurece, se debate entre los guerreros dactilares y cuando está a punto de morder la mano, el que vigila el parque regresa para interrumpir el juego de evasiones.

Los amorosos niños salen volando entre los árboles, contentos porque nadie los podrá atrapar, porque le arrebataron un día a la muerte.

Mientras tanto, el desesperado por encontrar empleo, devuelve su atención al periódico: en el rastro requieren a un cargador de reses, precisan de camaristas en un hotel de paso, está disponible el puesto de gerente de la Lincoln Company de México. ¿Y por qué no asistir a una entrevista?

La vida había cambiado mucho. Demasiado, diría él. Apenas un par de meses antes, se pasaba la tarde con su mujer, o más bien, ella con su hombre, todo el día en la cama, retozando con el entusiasmo de su juventud cercana al desencanto, igual que los perversos que acumulan angelitos en los genitales. Ahora, todo se había puesto en su contra.

Seguro les estaban haciendo un mal de ojo. Se lo advirtieron, incluso, una de sus cuñadas le recomendó a una bruja. Por una módica cooperación, revertiría el maleficio.

Por desgracia, no contaba ni con la mitad del costo del amuleto.

Otro anuncio en el tabloide logra distraerlo. La doctora Medea Méndez, psiquiatra, ofrece una solución a todos sus problemas. Consulta previa cita. ¿Sabrá acaso por qué fue un niño gordo y humillado por sus compañeros de escuela? Pero... la especialista debe estar muy necesitada de trabajo para ofrecer sus servicios en un periódico que sólo lo consultan los desesperados. Ni hablar, lo que une a los jodidos es un vulgar anuncio publicitario.

Sonríe, no puede evitarlo. Debe ser porque ha perdido el día buscando una aguja en el pajar equivocado. Observa su reloj y se da cuenta de que más del mediodía se ha consumido en la lamentaciones y recuerdos.

Enojado, más bien furioso, destroza el periódico y arroja los pedazos en donde caigan. Junto a la jardinera repleta de ramas secas y envolturas de papitas quedaron las soluciones al

conflicto de la ensambladora de coches; fugaz, impulsada por el aire y lejana a las aspiraciones de cualquiera, huye la fotografía de la preciosísima modelo Ariel Rebel; el hombre del traje gris se limpia los zapatos con el logotipo del diario; un fragmento de la sección cultural reposa en el lodo; y un perro sarnoso se apodera de la sección de empleos.

Los pedacitos de papel vuelan hacia todas direcciones y la nota roja cae a los pies del policía.

¡En la madre! De seguro le va a exigir que levante la basura. Pero no, el policía permanece a la expectativa. Se entretiene con la noticia, incompleta, de un niño expulsado de la primaria y sentenciado a diez años de prisión por practicarle la felatio a un sacerdote. Busca el resto del artículo y al no encontrarlo, tan sólo murmura: “Así es, aquí se castiga a la víctima”.

Mientras tanto, la imagen del triunfo de la selección de fútbol se detiene entre las ruedas de un automóvil, las ofertas de masajes eróticos desaparecen entre las ramas de unos árboles ya muertos, los descuentos en vitaminas y complementos alimenticios se desliza por los drenajes y la noticia de la quiebra de todas las maquiladoras del país se estrella en el rostro del hombre con el traje gris.

El que sin duda es un caballero, lucha para tratar de quitarse del rostro el segmento del periódico, por lo que suelta el portafolio. El maletín se abre y decenas de documentos se escapan de su interior. El hombre, desde luego, aparentemente irritado, hace lo posible por recuperar sus pertenencias.

Manuel decide ayudarlo. Todo, por supuesto, con la vigilancia del policía, quien permanece a la expectativa.

Finalmente, los documentos son recuperados y Manuel se siente satisfecho por su noble acción. A lo mejor hasta se ha ganado una propina, la que utilizará para el periódico de mañana.

Sin embargo, para su mala fortuna, varios de los papeles se averiaron o, de acuerdo con el tipo del traje, habían desaparecido.

—¡Qué has hecho, imbécil! —gritó el hombre de la valija.

—¿Cómo dijo? —seguro había escuchado mal.

—Me lleva la chingada. Acabas de echarme a perder el trabajo de toda la semana.

—Perdóneme, pero... —Manuel buscó la manera de corregir su posible error.

—¡Quítate, mugroso! —y arrebatándole los documentos, sentenció:— Tú no sabes quién soy. Trabajo para una importante empresa y tu pendejada le costará a la compañía millones de pesos... Pero esto no se va a quedar así.

Exaltado, el hombre del traje se dirigió en busca del policía para exigir justicia.

Sin embargo, el agente ya no estaba en su habitual puesto de vigilancia.

El encolerizado sabía que los documentos sólo eran un montón de legajos sin valor, destinados para que sus hijos ilustraran, con rojos intensos, cada uno de los métodos disciplinarios que se utilizaban para la ciudadanía. Pero tampoco le permitiría a un vago, como consideraba a Manuel, le estropear a un portafolios que no podría pagar ni con un año de su sueldo.

Entonces, Manuel se dispuso a no escuchar los reclamos de su acusador. De seguro, pensó, el tipo había encontrado la manera de descargar todas sus frustraciones en su contra. Pero, por qué el día en el que le cerraron todas las puertas. Manuel no lo comprendía.

Ahora sí, los santos a los que se encomendaba a diario lo abandonaron. Además de no encontrar empleo, terminaría en la delegación, en una celda y acusado por un delito que siempre hay manera de inventar.

Cómo se lo explicaría a su esposa. Seguro que no iba a comprender.

El instinto le sugirió que se echara a correr. Ninguno intentaría alcanzarlo. Pero un hombre derrotado no era capaz de hacer nada para salvarse. Excepto, permitir que los fuertes duerman tranquilos, al menos por esa ocasión y tras comprobarse que hay hombres con miserias más profundas.

Manuel agachó la cabeza, abatido. Pero, debajo de la banca en donde se había resguardado, alcanzaría a distinguir un pedazo de periódico en el que solicitaban un payaso para el Gran Circo Americano.

—Señor, hágame el favor de levantar su basura —Se trataba del policía—. Y cuando termine, no quiero volver a verlo por este parque.

—De ninguna manera se puede largar —intervino el hombre del traje—. Este sujeto es el responsable de la destrucción de contratos valiosísimos y quiero presentar una acusación en su contra.

—¿Es verdad? —Al desconocer el contenido de los documentos, Manuel tuvo que aceptar. Luego, el oficial se dirigió al demandante— ¿Tiene forma de comprobar sus reclamos?

—¡Pues no! Mis archivos han quedado inservibles.

—Entonces, sin pruebas, no hay cargos.

Asombrado, Manuel no lo podía creer. Por primera vez en su miserable existencia, alguien lo había defendido.

—¿Y usted qué está viendo? Órale, a levantar su tiradero, si en verdad no quiere que lo traslade a la comandancia.

Obedeció, como era su costumbre y mientras levantaba su basura, no pudo ver que el hombre del traje, enfurecido, llevaba una esuela adherida en la suela del zapato. Se trataba de un eminente abogado que, por perder un caso, cuyo trámite era

sencillo de resolver, se distrajo y al cruzar la calle, un autobús le pasó por encima.

Manuel se dispuso a recoger los trozos del periódico, entre los que se encontraba la invitación a pasar, con toda su familia, las vacaciones más extraordinarias, en Disney World; el anuncio de la nueva Gillette que proporciona un rostro varonil, como a ellas les gusta; la promesa de que habrá más empleos en el país y... debajo de todos esos papeles, una cartera.

La cartera contenía varios billetes, el equivalente a dos, tal vez cinco meses de tranquilidad familiar. Pensó en entregársela al policía y que éste se la devolviera a su propietario.

De nuevo la voz de sus padres intervino en sus pensamientos. Pero estaba dispuesto, por primera vez, a desobedecerlos.

Mientras recogía los restos del periódico despedazado, con precaución tomó el dinero, para luego arrojar la billetera en cualquier sitio. Ninguno, ni siquiera el policía, se dio cuenta de su valioso hallazgo.

Concluida la limpieza y acatando los mandatos del guardián, Manuel se dispuso a abandonar el parque para siempre.

Durante su trayecto, se lamentó el haber perdido su escondite contra los desprecios. Sin embargo, años después comprendería que arribar a esa banca sólo era un pretexto para autocompadecerse.

Por primera vez en mucho tiempo, Manuel iba a regresar tranquilo a su casa, incluso se permitió el lujo de volver a sonreír.

Tan ensimismado en su trayecto que nunca se dio cuenta de que los fragmentos del periódico, los mismos que hace unos momentos había recogido, se le escapaban de entre las manos para dejar un sendero de pequeños y fragmentados anuncios:

... sea querida y admirada, rejuvenezca diez años con nuestros productos de belleza... los hombres seguros de sí mismos

beben Scotch... una grave e inexplicable enfermedad ataca a los habitantes de un edificio localizado en el centro de la ciudad, están imposibilitados para dormir... tras exitosa operación, un hombre vuelve a la vida... se aprueba la ley que permite las apuestas y la portación de armas... una mujer muere en manos de su esposo, se desconoce el paradero del asesino... cuatro niños desaparecidos, para cualquier información llame al...

Manuel regresará al parque y, desde la tranquilidad de un árbol cicatrizado por los roedores, es posible que contemple a un hombre que se refugia en una banca para leer el periódico.

## BUENAS COMPAÑÍAS

El basurero se mantuvo en calma. La noche no fue tan larga como lo habían supuesto, comprobándose una vez más que, paradójicamente, las malas compañías saben amenizar los momentos difíciles.

Al término de cada relato, hubo la sensación de haberlo escuchado antes, aunque no se pudo precisar cuándo y en dónde; tal vez durante la inevitable desarticulación de la familia; o quizás en alguna convalecencia, cuando las invenciones ayudan para amenizar la permanencia en un hospital y luego del accidente automovilístico que le destrozó el rostro.

En realidad, alguien las pudo inventar para no seguir escuchando al de enfrente.

Los orígenes de esas historias pudieron variar de acuerdo con la persona que la cuenta. Y a decir verdad, conocer la identidad del cuentista es lo de menos. A quién le importa si el dolor permanece.

Pero el viento ha permitido que un par de papeles sobrevivieran al fuego y en ellos se revelara la identidad de su autor.

Aunque chamuscadas, en una de las hojas se distinguió un título: “Entresuelos”; en otra, algunas palabras sin sentido; y en la tercera un comienzo: “Llegaron al basurero, impulsados por la misma necesidad de refugio”.

Eran los mismos documentos que, horas antes, alguien había arrojado a las llamas en un acto desesperado. El escudo de la universidad que adornaba las hojas fue un distractor eficiente, ya que muchos escriben en lo primero que tienen a la mano: los papeles que sirvieron para comprobar éxitos lejanos, hoy el culo se irrita por su consistencia.

Cuando el último aliento de la fogata se rindió por la fría corriente, el amanecer les brindaría un beso de despedida. Quien nunca ha percibido la textura de la membrana que lo cubre de fragilidad, ignora lo que significa saberse vivo: adolorido, con un sueño de los mil diablos, hambriento, sin consuelo. En fin, igual que hoy, como lo será mañana y el resto de sus amaneceres.

Los ojos se esfuerzan por cerrarse y un parpadeo se siente como un martillazo en la cabeza. Cuántos golpes de esta naturaleza se pueden soportar. Es posible que las ratas no hayan aparecido durante la noche, porque todas ellas se acomodaron en el estómago y juntas, de un sólo impulso, intentan salirse por donde puedan.

La sensación es horrible, pero al menos se ha sobrevivido un día más.

Ojalá hubiera un trago para celebrar el acontecimiento.

En estos casos, viene bien una canción de Serrat, la que habla de unos vagabundos en decadencia, los que alguna vez disfrutaron de lujos y excesos, pero que ahora se encuentran en la miseria.

El miedo se volvió una realidad.

—¿Alguno de ustedes conoce otro relato? No sean tímidos, que sea el último.

El de la capucha recuerda que alguna vez fue un triunfador. Pero nadie le responde.

De seguro, el silencio se debe a un enfado contra el encapuchado. Los había engañado haciéndoles creer que era la muerte y que había escogido esa noche de desesperación, de frío intenso y desconsuelo, para llevárselos al infierno.

¡Qué buena broma, sin duda!

Además, debieran estar agradecidos. Gracias al miedo y a la expectativa de que algo terrible pudiera suceder, hoy no le rinden cuentas al gran juez.

El encargado en administrar los destinos de los muertos deberá escoger otro momento para llevárselos.

En fin. Lo mejor es despedirse. Siempre sobran las noches con sus fríos como para volver a reunir a tan buenos amigos. ¿No lo creen?

Con su único brazo, el hombre se despojaría de la capucha.

No se extrañe la ausencia de acompañantes. Estaba solo, solo una vez más.

Lleva rotos los vidrios de sus lentes, pero aún sirven para mirar su querido basurero, desde el cual se contemplaba el más cobrizo de los amaneceres citadinos.

Una tremenda comezón en la cicatriz de la cabeza le advierte que muy pronto caerá un aguacero.

Rápido, urge buscar un refugio para cubrirse de la tormenta.

Siempre sucede lo mismo. En tiempos de lluvia, es complicado mantenerse con los pies secos. De seguro pasaría varias noches sufriendo por los reumas.

Se puso de nuevo la capucha para irse caminando en busca de nuevas compañías.



Teatro



Pequeñas especies



*A Mayra González,  
laberinto de ojos, secretos, entusiasmos y soledades*



## PERSONAJES

**LEBEL:** 22 años. Una pronunciada cicatriz en el cráneo advierte que fue intervenida quirúrgicamente. Camina con dificultad y por momentos su cabeza se ladea de manera involuntaria, por lo que su esfuerzo consistirá en mantener la postura.

**LUDENS:** 32 años, anoréxica. Sólo llevará la endeble bata del hospital, por lo que se notarán las marcas de una enfermedad que descompone su cuerpo: un extraño sarpullido que le enrojece, le carcome o le desprende la piel. Tiene un corte que divide su rostro a la mitad, desde la frente hasta la garganta, será notoria la costura.

**LOGOS:** 42 años. Lleva una bata de seda, color rojo. Su cuerpo está cubierto por diferentes cirugías, incluso tiene una pronunciada tajada alrededor del cuello. Muchas de sus heridas permanecen vivas, aún sin cerrar. Lo que parece un parche, son los hilos de una costura vertical que le cubre uno de los ojos.

**TRES NIÑAS** de 12 años con uniforme escolar.

**UN HOMBRE.**

Excepto por En remisión (epílogo), la sensación que deben ofrecer los tres actos será que transcurren de manera simultánea. Cada noche, el orden de su presentación será diferente.

Un hospital. El cuerpo de un hombre permanece en el suelo. Su rostro no es visible por la cantidad de insectos que lo cubre. Sus ropas están desgarradas y con manchas de sangre. Lleva puesta una bata blanca, por lo que posiblemente se trate de un médico. Le falta un zapato. Por el agujero del calcetín, un roedor le devora el dedo pulgar.

## DIAGNÓSTICO

*Una pared cubierta con pequeños mosaicos de azul claro se coloca de manera diagonal (quizás con diminutas manchas de sangre) y, enfrente, puede haber una ventana alargada; de esta manera se proporcionará una sensación de profundidad, como si las pacientes se encontraran en un laberinto.*

*Con ello, además de ubicarnos en la zona de terapia intensiva de un sanatorio, también podría tratarse de un psiquiátrico, la sala médica de una delegación o comandancia militar, incluso el interior del refrigerador de una carnicería.*

**LEBEL:** Me duele la cabeza. ¡Aaagh! Meduelemeduele-meduele y ya no la soporto.

**LUDENS:** Deja de quejarte, ingrata; yo siento una tremenda picazón por toda mi piel y no me quejo.

**LOGOS:** Al menos, ustedes conservan la sensibilidad, pero miren lo que hicieron conmigo. *(Se desabotona la bata para mostrarles el cuello.)* Apenas es un fragmento de mis calamidades, pero mi cuerpo ya no está dispuesto a continuar recibiendo las bondades de Dios; *(Ríe.)* el mismo Dios que, si se me presentara de súbito, lo miraría deforme, porque

las costuras de mi ojo no me permitirían observarlo de manera diferente.

LEBEL: ¿Dios? Desesperación es el nombre que yo le otorgaría a la pequeña voz que anida en mi cabeza, que siempre me acompaña, sobre todo cuando tengo que tragarme un puñado de gritos.

LUDENS: Para mí, Dios no podría ser Dios si, en algún momento, él mismo no padeciera una enfermedad. Su decadencia debe ser eterna, la suma de todos los dolores, de lo contrario, se está burlando de nosotras. Yo creo que Dios tiene mucho miedo de existir. ¡Pobrecito! Nadie le pidió su opinión cuando lo eligieron para ser Dios. Por eso, en la intimidad, yo prefiero llamarlo el Mal.

LEBEL: (*Se burla.*) ¡Ay, qué tierna! El Mal. Su rostro debe parecerse al nuestro, igualito al de una muñeca de trapo, con las costuras precisas para mantener sus articulaciones en su lugar.

LOGOS: Su cuerpo, como el nuestro, debe ser un elogio al entusiasmo y un canto a la imaginación desbordada sobre la piel.

LUDENS: Eso que dicen es muy hermoso. (*Con el índice recorre la circunferencia de la sutura cervical de Logos.*) Esta es una tajada preciosa, como sólo podría realizarla un loco, el más apasionado de los amantes o el dios mismo que acabas de

invocar... (*Se aproxima para olfatear.*) La sangre aún está fresca.

LEBEL: (*Inhala.*) Mmm... Huele a menstruación.

LUDENS: Huele a mujer desesperada por su hombre.

LEBEL: Huele a paciente terminal.

LUDENS: Huele a cadáver en descomposición.

LEBEL: (*Con picardía.*) ¿Estarían de acuerdo en que les mostrara mi cicatriz? (*A Ludens.*) Ayer me retiraron un fragmento del cráneo. ¿Te interesaría mirar? Sólo es cuestión de darle un jaloncito al hilo con el que me zurcieron la cabeza y listo, mis recuerdos, sueños, mi pobre inteligencia y todo lo que soy, o un día fui, quedarían expuestos a la vista de ustedes... y quizás, si tengo un poco de suerte, salgan volando y desaparezcan para siempre.

LOGOS: ... y con otro jaloncito, podrías liberar mi ojo de sus ataduras y, entonces, podrás decir que te pertenezco, que soy tu más deliciosa pesadilla, que seré la más necesaria de las mentiras que te sostienen a la vida...

LUDENS: (*Interesada en Logos, luego en Lebel.*) Jamás había visto algo parecido: sus heridas son maravillosas... ¿Les digo algo? Tengo curiosidad por

comprender qué intentan hacer con ustedes al dejarlas con las llagas abiertas.

LOGOS: Créeme, no te agradecería saberlo.

LUDENS: Somos habitantes de este pequeño fragmento del mundo. Disfrútalo porque, una vez afuera, lo extrañarás. Ninguno conoce nuestra existencia y ninguno podría localizarnos. Lo mejor será que nos hagamos a la idea de que no le importamos a nadie. Para nosotras, las puertas se cerraron... No es que la enfermedad nos invada, más bien, somos nosotras las que habitamos en la enfermedad.

LOGOS: ¿Cuál podría ser la diferencia?

LEBEL: ¡Yo se lo digo! (*Como niña que aprendió su lección.*) Pues la intensidad del miedo o tu capacidad para resistir el dolor. Así de simple... ¿Lo dije bien?

LUDENS: (*Acosando a Lebel.*) Veo que la operación que practicaron en esta pequeña cabecita hueca te concedió un poco de inteligencia. (*La abraza y le acaricia el cráneo. Se dirige a Logos.*) Pero cuando eres la anfitriona de alguna de las muchas e invencibles infecciones que devoran el organismo, no creo que se pueda experimentar una desesperación más profunda.

LOGOS: ¿Te parece? Mejor dinos la verdad, ¿a qué viniste?

- LUDENS: A buscar al médico que fortaleció mis padecimientos. ¿Y tú?
- LOGOS: A enfrentarme contigo.
- LEBEL: A descubrir la tristeza.
- LUDENS: A no quedarme sola; a encontrar a mis hermanas al fondo del laberinto.
- LOGOS: A burlarte de las que somos diferentes al resto de la gente... En serio, cuál es la razón por la que ingresaste a un hospital, cuyo propósito no es curar, sino experimentar.
- LUDENS: Miren mi rostro. Vine a descubrir una respuesta a esto, ¿ustedes no? (*Lebel, extremadamente contenta, primero afirma con amplios movimientos de la cabeza, pero luego se retracta.*)
- LOGOS: No, y es mejor que lo sepas de una vez: no existen los remedios para las enfermedades. Si, allá afuera, la gente piensa lo contrario, es su problema. Entiende que hay personas que jamás conocerán la tranquilidad.
- LEBEL: Pero no estamos tristes; en este lugar nos enseñan a acostumbrarnos a nuestra condición de mujeres diferentes y maravillosas.
- LOGOS: Diferentes y extraordinarias.

- LEBEL: Extraordinarias porque ya somos inmunes a los desprecios de la gente y sobre todo, porque sobrevivimos al Mal.
- LUDENS: ¿Por eso nos destruimos entre nosotras? Desde mi ingreso, sólo he visto el desprecio por la más débil. No lo entiendo. Me gustaría pensar que no mereceremos el mismo destino que ese hombre en el suelo.
- LEBEL: (*Divertida, juguetona.*) Soy un virus, pequeñito e imperceptible, que se filtra por la piel y por entre sus rincones más ocultos: en el beso de amor, en la boca dispuesta a comerse el mundo y en todo lo que es indispensable para vivir. No existen secretos para mí.
- LOGOS: Sin duda vivimos en un gran engaño.
- LUDENS: Te equivocas, debe haber una solución.
- LOGOS: A lo mejor. Todo depende del grado de tortura al que pretendan someternos.
- LUDENS: Lo que dices no tiene sentido. ¿No te has puesto a pensar que podríamos estar soñando y que, al despertar, nos encontraremos en nuestras confortables camas de inocentes vírgenes? (*Le devuelven un gesto de "No me digas".*) Pero comprendan. Aquí, ninguna es mejor que las demás.

Cada una somos torturadas por un padecimiento y con eso no se juega.

LOGOS:           ¿Y qué piensas hacer?

LUDENS:          Nnn-o, no lo sé. (*Una ocurrencia.*) Prefiero continuar con mis desgracias y no permitir que sigan experimentando con mi cuerpo. (*Se dirige a la puerta.*)

LOGOS:          Espera, no me malinterpretes. Créeme, ninguna está jugando, ¿o notas que alguien se divierte? Al contrario, nos sentimos aterradas. El miedo nos punza muy, pero muy adentro, incluso cuando dormimos. En verdad que no tienes idea de la enorme angustia que experimentamos por cada respiro... No hay día que no nos consuele la posibilidad de morir.

LEBEL:           (*Infantil.*) Ayer lo intenté. Morirme, desde luego. Pero no me lo permitieron. Quise atravesar ese vidrio de un cabezazo y del impacto reboté hacia el quirófano, en donde me incrustaron un pequeño ruidito en la cabeza que me aconseja y me obliga a seguir viviendo.

LUDENS:          Pero, ¿qué caso tiene conservar este sanatorio si no sirve para nada?

LOGOS:          Si la gente tiene miedo de ser como nosotras, entonces este lugar ya tiene una finalidad.

- LEBEL: *(Tomando a Ludens del brazo.)* No te vayas. Afuera te quedarías desamparada. Allá nos repudian. Aquí al menos estamos acompañadas, nos comprendemos y, en ocasiones, hasta nos damos un poco de cariño.
- LUDENS: *(Duda.)* Me quedo... No por ustedes, sino porque tengo la impresión de que hace mucho, no sé cuándo, ya estuve a cargo de este sanatorio. *(Observa el cráneo de Lebel.)* ¿Desde cuándo ingresaste al hospital? ¿Por qué no te han revisado esa herida? *(Lebel levanta los hombros.)* Niña, tienes una infección. ¿En dónde está el personal encargado de tu recuperación? *(Asustada, Lebel no puede responder.)*
- LOGOS: *(Señalando el cuerpo en el suelo.)* Ahí. Igual y como lo dejaste antes de salir huyendo de este lugar.
- LUDENS: ¿De qué hablas? ¿Eres tonta o qué? No es posible haber escapado de un sitio en el que aún permanezco.
- LEBEL: Siempre volvemos al punto de inicio. Tarde o temprano, todas regresamos.
- LUDENS: Lebel, no debes continuar con esa infección... Tienes pus en la herida. Incluso se está agusanando. *(Desesperada recorre la habitación.)* Necesitas que limpien tus supuraciones. ¡Un médico! ¡Por favor, que alguien venga a ayudarnos! Por el amor

del cielo, ¿es que nadie nos escucha? (*Se dirige al vidrio.*) ¿Hay alguien del otro lado? Tengan un poco de compasión... ¿Son tan insensibles como para abandonarnos a nuestra suerte?

LOGOS: Te escuchan y nos observan. No hacen otra cosa, tenlo por seguro... Pero tampoco saben qué hacer con nosotras. Excepto conservarnos.

LUDENS: Con qué propósito.

LOGOS: Llámalo ética científica, consagración al fracaso o búsqueda de la verdad. Como sea; ya no importa... Lo cierto es que el miedo los define.

LEBEL: ¿Tú crees? A mí me parece que la soberbia no les permite comprender nada. Se creen mejores que nosotras. Se sienten poderosos, que todo lo saben y que las soluciones están a su alcance.

LOGOS: Tampoco los juzgues con tanta severidad. Alguna vez, nosotras fuimos como ellos.

LUDENS: Seguimos siéndolo... En realidad, nosotras nos encontramos del otro lado del espejo y observamos a nuestros pacientes como si fuéramos ellos mismos.

LEBEL: (*A Logos.*) ¿Se volvió loca?

LOGOS: No, pero ya casi.

- LUDENS: Mantenemos un vínculo aterrador con los enfermos. Los estudiamos, y sí, perdemos el sueño y el apetito tratando de descubrir la verdad. Nos preocupa su recuperación, pero no sabemos cómo sacarlos de este recinto. Somos tan parecidos. Sus padecimientos también son los nuestros y hasta que no logren curarse, nosotras tampoco nos salvaremos.
- LEBEL: Definitivamente perdiste la razón. Ludens, lo que dices es imposible. Si nos curáramos, lo que jamás sucederá, siempre habrá un enfermo que ocupe esta habitación. Los desahuciados nunca se acaban.
- LOGOS: Calla. No seas traviesa y déjame escuchar...
- LUDENS: Soy médico y mi propio paciente... y sé que no debiera involucrarme de esta manera. Pero... no puedo evitarlo. La observo con mi rostro, mi cuerpo y mi personalidad... y tampoco entiendo qué me sucede. Esto no puede ser normal.
- LOGOS: No finjas, sabes la respuesta. Déjala morir.
- LUDENS: ¿Así nada más? La ley del más fuerte.
- LOGOS: La gente muere, eso es inevitable. En cambio, si dejas de intervenir en la evolución del padecimiento, quizás logres liberarla. Cuando dejes de observarte en el interior de este hospital, todo habrá concluido. Tú decides. La mejor manera

de eliminar una enfermedad es destruyendo a su portador.

LUDENS: Prefiero continuar. Me asusta el contagio, me aterra con intensidad, pero no puedo abandonarlas a su suerte.

LEBEL: Pero si ya estás contagiada y nadie te ha salvado.

LOGOS: Sal de nuestra imaginación. Si todos se arrepienten de sus convicciones, tú no tienes que demostrar nada.

LEBEL: Por favor, déjame morir. Te lo suplico.

LUDENS: Eso es imposible. A pesar del horror, tengo que mantenerte con vida.

LOGOS: ¿Para qué? ¿Cuál es la dignidad que obtienes? ¿O es que pagas una condena? ¿De qué te arrepientes?

LUDENS: Lo que dices es perverso.

LOGOS: Te equivocas; representamos aquello que más temen los individuos. Somos el juguete de un arcángel pervertido... Pero, si en verdad quisieras salvarnos, y erigirte sobre todas las deidades, si tu intención no es enriquecerte por medio de las enfermedades, entonces, chiquita preciosa, nos desconectarías y aceptarías que estamos destinadas a morir.

- LUDENS: ¿Así de simple? De acuerdo. Con quién iniciamos. (*Lebel retrocede, así que se dirige a Logos.*) En verdad te lo digo, tienes en el cuello un corte precioso... Por favor, dime que yo te lo hice. (*Le abre la bata para contemplarla.*) Lo que te define, me deleita los sentidos. Hermosa. (*Coloca un dedo entre las cirugías o entre las piernas de Logos para después lamerlo.*) Mmm, y tienes sabor. Logos, serías el bocado perfecto para cualquier indigente. Déjame adivinar. Esto no es sangre; esto sabe a...
- LEBEL: A sufrimiento. A intensa e interminable angustia. Perdónenme si distraigo su romance, pero debo recordarles que, en este momento, soy yo la que experimenta dolor.
- LUDENS: ¡Cómo fastidias! Todos los días sucede lo mismo contigo; ya deberías estar acostumbrada a que tu cuerpo sea el refugio de la decadencia; deberías comprender que ya no conocerás otra sensación que no sean los padecimientos.
- LOGOS: Ludens, deja de molestarla. Para Lebel ya es demasiado que se la pasen practicando una cirugía diferente en su cuerpo como para que todavía la atormentes con tus desprecios.
- LUDENS: (*Con furia contenida.*) Es que ya no lo soporto. Estoy harta de que sigan experimentando con nosotras y que no dejen de observarnos por ese vidrio. (*Lebel se aproxima a la ventana para buscar*

a las supuestas personas que se encuentran del otro lado.) Quisiera largarme de aquí y escapar para interrumpir los tratamientos; ya no me importa si descubren la cura de mis padecimientos; ya no me importa vivir con una enfermedad en el interior de este cuerpo. (*Grita hacia el ventanal.*) ¡Lo que quiero es que me dejen en paz!

LEBEL: (*A Ludens.*) ¿A quién le hablas? De aquel lado sólo estamos nosotras.

LUDENS: (*La aparta de un empujón.*) No seas estúpida... Ese es nuestro reflejo. Pero si traspasaras esta pared de cristal, sabrías que hay gente que nos observa.

LOGOS: (*Asomándose al espejo.*) Lo que parece un reflejo, no es otra cosa que nuestra realidad. Somos nosotras mismas observándonos, las que a su vez, son vigiladas por otro grupo de nosotras, las que se encuentran en una habitación diferente y con el propósito de comprender qué nos trajo a este lugar.

LEBEL: ¿De eso se trata? Pues yo conozco la respuesta: este es el infierno y fuimos traídas hasta aquí para que nos responsabilicemos de nuestros pecados.

LUDENS: Con tantas operaciones ya debieras adivinar que el bien y el mal no existen, preciosa. (*Intenta enderezarle la cabeza, pero ésta volverá a permanecer inclinada.*)

- LOGOS: Dinos entonces, si tienes la respuesta, en qué debemos creer.
- LUDENS: Somos pacientes de un psiquiátrico y eso es todo.
- LOGOS: Somos porquería que se expulsa por el inodoro.
- LEBEL: ¿De verdad? (*Gira el cuerpo ya que su cabeza no la obedece.*) Yo creí que nos encontrábamos en un enorme refrigerador y que, en cualquier momento, vendrá el carnicero para ofrecer a sus clientes un pedazo del más exquisito, tierno y delicioso de sus filetes. Entonces entrará por esa puerta y con la ayuda de su cuchillote, zas-zas-zas, extraerá la mejor parte de cada una de nosotras.
- LOGOS: ¿Piensas que somos tratadas como reses? Esa idea me parece asquerosa. No quisiera imaginar qué es lo que come la gente: gangrena frita, cisticercos al jerez o medallones rellenos de cáncer.
- LEBEL: (*Inocente.*) Suena delicioso. Pero ¿cómo saberlo si aún continúo sin haber nacido? (*Siniestra.*) Lo mejor será que no nos acostumbremos a las imágenes en el espejo, a lo que aparentemente somos, porque podrían modificarse en cualquier momento.
- LOGOS: (*Acariciándole el rostro.*) Caray, no eres tan pen-deja como lo suponía, mi encantadora arpía. Hicieron bien en traerte hasta aquí. De entre

todas las especies que han enviado para su experimentación, tú eres la que mejor se adapta. Por cada miligramo de cerebro que te extraen, te vuelves más inteligente.

**LUDENS:** (*A Logos.*) Eres-una-mentirosa. Cuando acepté incorporarme a los experimentos de esta clínica fue porque me aseguraste que podrían curarme de todos mis dolores. Pero mentiste.

**LOGOS:** Todas mentimos, cariño... Lebel, ¿explícale cuáles fueron tus propósitos para integrarte a este sanatorio?

**LEBEL:** (*Abandonando el tono infantil.*) ¿Estás segura de que debo compartir mis experiencias con una extraña? ¿Consideras que esto forma parte de mi terapia?... Muy bien, como tú digas. (*Seria.*) Al principio, mis padres me explicaron que era necesario asistir a las curaciones para tranquilizar mi excesivo gusto por los hombres. Luego, dijeron que no era decente que me encantaran las mujeres. Pero, ¿acaso no somos deliciosas? A la semana, me aconsejaron que debiera corregir mis instintos. Ayer me indicaron que iniciaría una terapia para recuperar los apetitos básicos: el gusto por respirar, por mirar, por la vida. Ahora, ya sólo espero una nueva indicación... (*De nuevo infantil.*) Pero, lo que todos ignoran, es mi enorme desesperación porque desaparezca este ruido que taladra mi cabeza... Si me consiguieran un

bisturí o quizás un cincel, lo que sea para destapar el cráneo, seguro que lograría arrancarme los demonios interiores.

LOGOS: Es suficiente, querida... (*A Ludens.*) Te toca a ti.

LUDENS: Vine a esta clínica por problemas de alimentación; estoy casi en los huesos, en unos huesos frágiles y quebradizos. Cuando ingiero mis alimentos, de inmediato los vomito. Me deprimó con facilidad y en ocasiones experimento unos enormes deseos de matar a alguien... y podrían ser ustedes.

LOGOS: Todo en su momento, cariño.

LUDENS: ¿Cuándo?

LOGOS: No te desesperes. ¿Acaso no es suficiente con haber matado a tu propia familia?

LEBEL: No, nunca lo es; yo misma estuve frente a su cama de agonizantes y la belleza que pude percibir en sus semblantes durante el desangrado nunca lo olvidaré.

LUDENS: (*Abriéndose la bata para mostrar el sarpullido en la piel.*) Mírenme, ¿les parece poco mi padecimiento? El tiempo se me acaba. Las llagas que me invaden el cuerpo tienen vida propia, me devoran con apetito insaciable... Irónico, pero el mundo le pertenece a los parásitos... (*Logos, luego de*

*un tierno beso en el pecho, le cierra la bata.) Me gustaría haber sido aceptada en cualquier otro hospital, pero no tengo el dinero para pagar el tratamiento... ¿Contenta?*

LOGOS: ¿Para qué fingir? De una vez te lo confirmo: en ningún otro lugar existe una solución para nuestros males. Estamos desahuciadas y al final, cuando los tratamientos dejen de mantener con vida las consecuencias del mal, entonces utilizarán nuestros restos para su estudio en el interior de diferentes frascos... Por otra parte, seamos honestas: tú viniste a matarme.

LUDENS: ¿Y si lo sabías, por qué recomendaste mi ingreso?

LOGOS: Estás loca. En este paraíso de las decadencias no se requiere de una invitación. Todas las lacras del mundo son bienvenidas. Además, ninguna permanece en contra de su voluntad. Ludens, querida, considérate la inquilina más esperada o, si lo prefieres, la mejor discípula de este colegio.

LEBEL: ¡Qué lindo! Estamos en una escuela. Recuerdo que iba a la universidad. No tenía buenas calificaciones, pero era encantador. Tenía esperanzas, y también maestros, compañeros y... y había un muchacho que me gustaba... (*Tímida.*) No, qué digo, no me gustaba. Tenía unas enormes ganas de que me abrazara, que me llevara a cualquier lugar del mundo en donde nadie nos viera y que

metiera su mano entre mis ropas y que... (*Con miedo.*) Perdónenme, no debo hablar de esas cosas. (*Extrae una pastilla que ingiere.*) Listo, ya está todo controlado. ¿Verdad que soy buena niña y que me porto bien? Les prometo que ya no vuelvo a tener pensamientos ni inquietudes.

LUDENS: Tengo curiosidad, ¿qué sucedió con ese joven del que evitas conversar? ¿Te hirió? ¿Hizo algo que te avergonzara?

LEBEL: No insistas. No quiero seguir hablando. (*Toma otra pastilla para luego refugiarse en un rincón.*)

LUDENS: Lebel, para encontrar la cura debes decirme la verdad.

LOGOS: Lebel no es su auténtico nombre.

LUDENS: Pero yo quiero que se llame así y Lebel será su identidad mientras permanezca en este hospital. Todas ustedes continuarán en este recinto mientras yo lo decida. Acepté formar parte del equipo para estar cerca de ustedes. (*Señalando el espejo.*) Mi trabajo consiste en reportarles su comportamiento.

LEBEL: Pero si tú eras mi amiga.

LUDENS: Pues no lo soy. La amistad es decadente, debilita a la humanidad. No existe mejor manera de comprobar

la mediocridad de la gente que preguntarles cuáles son sus valores más arraigados, o cuando hablan de la familia, el trabajo o su patriotismo.

LOGOS: ¿Sabes? Nosotras también te observamos. Nos encargaron que ganáramos tu confianza, averiguar tus intenciones, estudiarte y, al final del día, entregar un reporte de tu comportamiento, ¿qué te parece?

LUDENS: (*Encara a la gente del otro lado del espejo.*) No es verdad; esto no puede ser cierto. ¿Por qué me mintieron? (*Ríe.*) Comprendo. Todo forma parte de una alucinación producida por los medicamentos.

LEBEL: Entonces intenta despertar, si es que puedes.

LUDENS: Lo haré. (*Camina hacia la puerta, pero no logra traspasarla.*)

LOGOS: Antes de abrir esa puerta, debes comprender que, fuera de aquí, sólo eres un cadáver abandonado en la calle o en cualquier basurero y que, mientras esperas a ser devuelta a este recinto y para no sentirte sola, no dejas de inventarte la compañía de un par de enajenadas como nosotras.

LEBEL: No te vayas, amiga. Prefiero seguir formando parte de tu imaginación, de tus deseos ocultos, de tus temores y esperanzas.

- LUDENS: Lo que conforma esta habitación no puede ser nuestra realidad. Si no salgo, seguiremos siendo la representación de nuestros miedos.
- LEBEL: *(Señalando el vidrio que se localiza a un costado.)* Shhh... Silencio. Nos escuchan desde aquel lado del espejo.
- LUDENS: Se acabó. Terminemos de una vez con toda esta farsa. Estoy segura de que si las elimino, inmediatamente despertaré en mi cuarto y, entonces, el médico que ahora se encuentra en el suelo, me dirá que pronto seré dada de alta. Ustedes son la representación de mis padecimientos y ha llegado el momento de curarme.
- LOGOS: Muy bien.
- LEBEL: Dispón de nuestras vidas.
- LUDENS: Así lo haré porque en realidad ustedes no existen. *(Logos sonrío.)* Lebel, tú eres yo misma, de joven, tratando de ser bonita, e intentando que los muchachos se fijaran en mí. *(Logos se expresa con risas.)* Pero me sentía fea, horrible y por más que me les ofrecía, complaciente y sin exigencias, los desgraciados no se fijaban en mí... Y tú, Logos, no sé, ignoro bajo cuál decadencia te resguardas.
- LOGOS: No tienes otra alternativa. Destapa la caja de Pandora y descubre por ti misma cuáles son las

calamidades que nuestra interioridad aprisiona. (*Ludens sujeta la perilla de la puerta, intenta escapar pero se interrumpe. Tras meditarlo un instante, Logos se dirige al vidrio desde donde son observadas. Ludens entreabre la puerta para luego cerrarla y Lebel se dirige al cuerpo en el suelo para acostarse a su lado.*)

LUDENS: (*Al público.*) ¿Eso es lo que esperaban de nosotras; que los salváramos con nuestro sacrificio? (*Logos comienza a desprenderse de sus costras.*) Pero ¿cómo puedo protegerlos de lo inevitable? La enfermedad nos define, nos otorga identidad y fortaleza. Si no enfermáramos, tampoco existiríamos... Quizás, ese dios al que tanto nos amparamos, en verdad habita en nosotros y nos ama en tanto que se mantenga devorando nuestra piel y nuestras entrañas. Posiblemente nuestro dios se manifieste por medio del dolor... y debo descubrirlo.

## PADECIMIENTO

*La ventana de observación se localizaba hacia el fondo. El cuerpo del hombre permanece en el suelo, sólo que en diferente ángulo y distinta posición. Ninguna de las mujeres sufrirá modificaciones. De espaldas, observan hacia el ventanal del fondo.*

LUDENS: Deberíamos entrar.

LEBEL: Estúpida, ya estamos adentro.

LUDENS: Yo me refiero a traspasar esa ventana para conocer a las tres mujeres que se encuentran de aquel lado.

LEBEL: Estás perdiendo la razón. Lo que está frente a nosotras sólo es un espejo que refleja nuestros deseos, no la realidad. Mira, ahí se encuentra la pequeña traviesa de papá, la casada que sueña con el amante o un simple arcángel que saborea los pecados del mundo; lo que deseemos se nos puede cumplir.

LUDENS: ¿Todo?

- LEBEL: Tú, nomás pide. Por ejemplo... lo que yo veo no son tres, sino una sola mujer pero en tres diferentes momentos.
- LUDENS: HUUUY, qué niña más inteligente... ¿Quién lo dijera? La más desvalida termina por superar a todas las pacientes de esta clínica... Había olvidado que en alguna ocasión fui tan joven y bella como tú.
- LEBEL: Lo sigues siendo, querida. Aún no escapo de este recinto y te seguiré acompañando hasta que la muerte nos regale un poquito de cordura.
- LUDENS: Entonces, te propongo que dejemos entrar a las tres arpías que mantienen encerradas del otro lado de la ventana.
- LOGOS: De ninguna manera. Por alguna razón las tienen aisladas. No quiero averiguarlo, pero de seguro son monstruosas o con riesgo de contagio.
- LEBEL: Por lo mismo, deberíamos ayudarlas a escapar.
- LUDENS: Nosotras mismas no podríamos estar peor. Así que no encuentro ninguna diferencia entre aquí adentro y allá afuera.
- LOGOS: Porque tienes los sentidos atrofiados. Además, les prohíbo que nos comparen con el resto de los enfermos. Nosotras estamos a punto de salir, estamos mejorando y una vez que nos hayan curado,

no quiero arriesgarme a regresar a este hospital, que más se parece a una morgue.

LEBEL: No lo había pensado, pero es cierto... Una morgue. Entonces, no sobrevivimos. Seguramente nadie vendrá a buscarnos y mientras deciden qué hacer con nuestros cuerpos, nos conservarán en este congelador para que no nos descompongamos.

LUDENS: Pues, cuando vea a los médicos, les reclamaré porque nos tienen muy descuidadas. Vean, mi cuerpo se va convirtiendo en un festín para los gusanos... Así son todos los curanderos, al principio no dejan de toquetearte y de meterte los dedos por tus secretos más depurados, al fin eres importante para alguien, pero basta con que una comience a descomponerse para que luego la abandonen a su suerte.

LOGOS: Deja de decir tonterías.

LUDENS: Ninguna puede prohibirme decir lo que se me antoje. Y si no aceptas que tu cuerpo se descompona, eso no significa que los males desaparezcan. Existen demonios (*Logos y Lebel emiten una especie de risillas agudas y perversas.*) o esfinges, locuras, padecimientos o como prefieran llamar a todo aquello que nos habita, pero si dejaran de carcomernos por dentro, entonces, ya no existiríamos en ese instante. El mal nos define, nos devuelve a la vida y nos otorga belleza... Si no fuera

por estas llagas, a ninguno les importaríamos...  
¿Entienden? Sólo horrendas seremos queridas.

LEBEL: *(Descubre los hombros de Logos.)* Estoy de acuerdo. Somos demasiado exquisitas para ser tan desaprovechadas. Deberíamos organizar una fiesta, nomás para salir de la monotonía... Invitaríamos a nuestras amigas de aquel lado del ventanal... o podríamos ir a visitarlas.

LOGOS: *(Molesta, se cubre.)* Jamás. Me aterra pensar que pudieran tocarnos. Obsérvenlas. Sus cuerpos están cubiertos de úlceras que revientan y se multiplican. *(Llorosa.)* Aléjenlas de mí, no permitan que se me acerquen. Son malas. Esperan a que les mostremos una debilidad para atacarnos.

LEBEL: *(Recorre la espalda de Logos hasta detenerse en las nalgas. Logos aparta la mano de la seductora.)* Ahora que lo mencionas, tengo curiosidad por conocer qué será lo que bien conservas bajo esta envoltura... Debe ser un rico dulcecito frutal que nos podemos llevar a la boca para saborearlo sin prisas, con apetito, con entusiasmo y, luego de extraerle toda su esencia, comprender que estamos listas para morir. *(Repite el movimiento, depositando la mano en la entrepierna, pero Logos ya no evita la caricia.)*

LOGOS: La ventana que se coloca frente a nosotras, tan sólo es una de las muchas que se distribuyen en

este hospital; yo misma diseñé su estructura. Está planificada para que ninguna enfermedad salga de este recinto. Por eso cegaron este ojo, como escarmiento para quien lo ha visto todo. (*Se refiere a su ojo operado.*) Los médicos lo cerraron para que nadie pueda asomarse y luego pretenda liberar a las calamidades.

LEBEL: (*Abraza a Logos por la espalda, trata de ser tierna.*) Mamita. ¡A mí sí me dejarás ver lo que se esconde ahí adentro? Dime, en cuál de todas esas ventanas nos encontraremos. ¿Eh? ¿Me lo puedes decir tú? ¿Estaremos en el centro o en uno de los costados? ¿Cómo averiguar quiénes son los sujetos infecciosos? ¿Ellas o nosotras?

LOGOS: Quizás no sea conveniente seguir mirando. (*Abatida.*) El que aprende a mirar corre el riesgo de quemarse los ojos... (*Intenta apartarse pero el abrazo es fuerte.*) Invadimos mi intimidad y, del otro lado de mi felicidad, colocaron lo que más me atemoriza... Un hombre cruel, pero el más amado de todos, porque era el único que conocía mis flaquezas y, en efecto, también me mostraron a una hija, a la que yo misma propicié sus fracasos y... y de la que no quiero hablar.

LEBEL: (*Colocándose frente a Logos.*) ¿Por eso llevas esa costura en el ojo?, porque le temes a mirar tu verdadero rostro. (*Inhala, luego susurra al oído.*) Nena, conozco tus diabluras interiores. Tú a mí

no me engañas... La verdad: tú eres la piel tan necesaria para vivir, sabiendo que al saborearla con apetito insaciable, la vida misma comenzará a diluirse con lentitud, pero... lo que aún no me queda claro es la existencia de esa hija tuya que, como veo en tu ojo abierto, jamás quisiste tener, ¿o me equivoco?

LOGOS: *(Asustada.)* Aléjate de mí. Tú no existes; tú no puedes existir, porque te he inventado desde que era niña. Por eso, ya es tiempo de que desaparezcas de mi vida y así pueda curarme.

LUDENS: Esa creatura habitará en tu interior por siempre. De verdad, Logos, ninguna puede curarse. Nadie se puede escapar de ese ojo que tú misma intentaste cerrar.

LOGOS: ¿Por qué lo dices?

LUDENS: Porque niegas la verdad.

LEBEL: Tu verdad, no la nuestra. *(Con brusquedad, Ludens despoja de su bata a Logos. La espalda, las nalgas, las piernas están cubiertas de suturas de diferentes tamaños; algunas tienen un color rojo vivo, están amoratadas y, por las expresiones de Lebel, se sabrá que apestan.)*

LUDENS: *(A Lebel.)* ¿Qué opinas? Observa con mucha atención, porque esta es la presencia del más fiel de

los amantes que Logos haya tenido; y mira que ya son muchos los que se le han colocado intensamente en el alma, con igual intensidad que en sus urgencias más contenidas... y sin embargo, lo que miras no es real.

LEBEL:           ¿Me crees estúpida? (*Toca una herida y entre los dedos analiza la consistencia.*) Esto es auténtico; es una infección o la prueba de que los infiernos existen...

LUDENS:         (*Chupándole los dedos.*) Cada una puede creer lo que mejor le convenga o en aquello que le ayude a no caer en la desesperación.

LOGOS:           Tengo miedo.

LUDENS:         (*Recoge la bata del suelo para ofrecérsela a Lebel, quien duda en aceptar la prenda.*) El miedo es un buen síntoma porque nos mantiene con vida.

LEBEL:           (*Con desprecio.*) Así no quiero vivir: enfermas y en descomposición. A quien se le ha ocurrido jugarnos esta broma tan cruel.

LOGOS:           (*A punto de llorar.*) Por favor, déjenme morir. Se los suplico, ya no aguanto más; ya no lo soporto.

LUDENS:         Ojalá fuera tan sencillo... No recuerdo cuánto tiempo llevo encerrada en este sanatorio; pudo haber sido ayer o un par de meses atrás, quizás

años. (*Ríe con sarcasmo.*) Pero de seguro me tienen aquí por mi belleza artificial... El corte preciso que llevo en el rostro demuestra que alguna vez intenté escapar de mis torturas. Pero ya lo ven, no lo conseguí.

LEBEL: Entonces, fuimos abandonadas; nadie vendrá a ayudarnos...

LUDENS: Pero no lo tomes como una condena. Aquí tenemos todo lo que necesitamos: un dios que nos observa y que nos ha separado del resto de la gente para cuidarnos como lo hiciera un padre con sus hijos más queridos.

LEBEL: Lo que dices es espantoso. Si fuera cierto, rechazaría a ese dios.

LUDENS: ¿En serio? Preciosa, no eres tan orgullosa como aparentas, de lo contrario, no estarías aquí... y, en efecto, insisto en que somos las consentidas en un cielo protector. Allá afuera, en las personas se anida un mal que desconocen y que las obliga a pensar que la vida es maravillosa.

LEBEL: No entiendo cuál es la diferencia entre ellos y nosotras.

LUDENS: Porque eres estúpida, así de simple. No cabe duda de que la ignorancia otorga una efímera y clandestina felicidad. (*El llanto de Logos es desesperado,*

*pero hace un enorme esfuerzo por contenerse. Lebel no espera más para consolarla; la arropa y, antes de cubrir el último fragmento de desnudez, le da un beso en el hombro. Luego, la apartará de la ventana.)*

LEBEL: No le hagas caso, chiquita, ya verás que pronto nos curaremos para salir de este manicomio.

LOGOS: ¿Me lo prometes? ¿Estás segura que saldremos?

LUDENS: Inténtenlo. Salgan a la calle y relaciónense con la gente. Busquen un trabajo. Coman hasta que el estómago no resista más. Siéntanse satisfechas. Ataranten los sentidos. Consíganse un amante y mueran con lentitud pensando que son amadas... A ninguna se le retiene en su contra.

LOGOS: Ven con nosotras. No tienes por qué permanecer en este lugar en donde la idea del mismo infierno se vuelve un consuelo.

LUDENS: *(Se limpia una lágrima.)* Me encantaría creerles. Sería estupendo pensar que existe un día nuevo y que mañana, al abrir los ojos, todo volverá a ser igual como cuando fuimos niñas. Pero eso es imposible; yo me quedo.

LOGOS: Hace un momento hablabas de escapar.

LUDENS: Pequeñitas. Putitas lindas. Existen momentos en los que todos, sin excepción y atemorizados por

lo que observan, tratan de huir de su propio reflejo. Pero, cómo se puede escapar de lo que habita en nuestro interior... Díganmelo, quiero saberlo... Ahí tienen: el silencio, el miedo, el horror...

LOGOS: ... y la belleza...

LEBEL: ... y lo monstruoso...

LOGOS: ¿Lo que nos maravilla?

LEBEL: El estremecimiento.

LUDENS: El susurro del diablo...

LOGOS: ... en el oído y que jamás deja de escucharse.

LUDENS: ¿Podremos sobrevivir?

LOGOS: El miedo es intenso. El miedo nos obliga a jalar una bocanada de existencia para estropear el sentido de la creación.

LEBEL: ¿De qué tonterías estamos hablando? No entiendo nada.

LUDENS: (*Acariciándole la cabeza.*) Así estás bien. Por favor, no entiendas, no intentes comprender nada. No existe mayor consuelo que permanecer adentro del paraíso y sin probar los frutos del conocimiento. Esta cabecita tuya debe permanecer

tranquila y sin alterarse. No vaya a ser que requiera de una nueva operación.

LEBEL: (*Apartándose molesta.*) No me trates como una pendeja. Dime la verdad: ¿quiénes somos en realidad?, ¿por qué fuimos elegidas a ocupar un sitio en este laberinto? Tú sabes algo que no has querido compartirlo con nosotras.

LUDENS: ¿Tengo que explicarte lo evidente? Linda, es lo que hago desde que nos conocemos y no entiendes nada. Pero, por qué no se lo preguntas al cuerpo que se encuentra en el suelo y que, hasta el momento, has tratado de evitar... Tú lo mataste y era nuestro salvador.

LEBEL: (*Retrocede asustada.*) No es cierto, yo no fui, en verdad que no lo maté... Pero también pudo haber sucedido.

LOGOS: Déjala tranquila.

LUDENS: Si estuviera a mi alcance otorgarle la tranquilidad, posiblemente lo haría, pero no puedo...

LOGOS: ... no quieres, que no es lo mismo... porque, es posible que lo único que nos distingue con los de afuera sea la indiferencia.

LEBEL: (*Suplica.*) Inténtalo, por favor. No me abandones. No me dejes morir entre tantos espectros bailando a mí alrededor...

- LUDENS: *(Desconcertada.)* Lo lamento, pero no tengo ninguna respuesta que ofrecerte.
- LEBEL: *(Furiosa.)* Mientes. Arpía. Asquerosa ramera de lengua viperina... *(Súbitamente cambia su estado de ánimo y se encucilla para llorar.)* No me dejes sola, hermanita. Ayúdame a escapar de mis demonios.
- LUDENS: El problema es que ninguno se salva de sus ascos interiores...
- LEBEL: Quizás yo pueda... Nada más sería cosa de abrir esa puerta.
- LOGOS: ¡No! ¿Por qué no lo entienden? Aquí estamos protegidas. Allá afuera existe algo que no podemos controlar y no estoy dispuesta a averiguarlo.
- LUDENS: Salgamos. Lo que haya afuera no puede ser peor que las descomposiciones de nuestros cuerpos... Quisiera que mis ojos no se acostumbren a mirar mi rostro en decadencia.
- LEBEL: ¿Saben? Aún no entiendo a qué debemos temerle. No conozco el exterior, porque nunca he salido de esta habitación, pero me gustaría saber qué hay allá afuera que pudiera ser tan terrible para nosotras.
- LOGOS: *(Luego de darle un tierno beso en los labios que Lebel intenta retener con sus dedos.)* Parecerá una locura

lo que voy a confesarles y no comprendo cómo pude saberlo, pero nosotras, y este cuarto, se encuentran en la imaginación de una niña.

LEBEL: ¡Lo sabía! ¡Esa niña soy yo y ustedes no existen!

LOGOS: Hija única, de nombre... no importa cómo se llame porque hay tantas como ella y en condiciones desesperadas. Lo contemplado no existe en la imaginación y no lo sabemos explicar porque lo llevamos en nuestros cuerpos y no existen palabras para describirlo.

LUDENS: Por eso nos temen, porque representamos las inexplicables causas de todos sus males...

LEBEL: ¿Dices que nos observan y que nosotras somos sus enfermedades? Estás loca. Eso no puede ser cierto; yo no soy fea ni maligna; yo no soy contagiosa... Aunque, puede ser la broma de una niña que juega con nosotras, como si fuéramos sus muñecas y formáramos parte de sus fantasías, y todo esto lo piensa mientras permanece en la cama de un hospital. ¿Verdad?

LUDENS: Será lo que tú creas.

LEBEL: ¡Tampoco me traten como una idiota, porque no lo soy! Se aprovechan de mí porque, desde que me destaparon la cabeza, no coordino muy bien mis pensamientos... Pero yo soy más lista que ustedes

dos... Si nosotras fuéramos las pesadillas, entonces no soñaríamos con tres mujeres, encerradas en la habitación de un hospital y tratando de consolarse con la vulgar idea de que existe alguien con mayores calamidades que las nuestras.

LUDENS: Lebel, querida, si por mí fuera, ya te habría desconectado del medicamento o de aquello que te mantiene con vida.

LOGOS: Está bien, una mentira no le hace daño a nadie... Seguramente por eso, inevitablemente, nos rendimos a la enfermedad más sincera y personal.

LUDENS: La vida es una carcajada que inicia con heridas irreconciliables.

LOGOS: Pero, si salvamos al hombre que está en el suelo y si no perdemos la conciencia de nuestros actos, quizás tengamos salvación.

LUDENS: A ver, ¿en verdad te convencen las tonterías que acabas de decir? El tipo al que pretendes salvar no existe... Nosotras, este recinto y ese cuerpo tirado en el suelo, somos el rostro que alguien quiso otorgarle a su enfermedad... Cuando despierte, lo que podría suceder en cualquier instante, todo habrá concluido.

LOGOS: Entonces, que despierte de una vez. Averigüemos quién de nosotras será la que al final abra los ojos y

se descubra en la cama de un hospital. Les apuesto que ninguna de nosotras existe, sino que nos localizamos en la imaginación del hombre que permanece en el suelo.

**LUDENS:** Es posible... No lo había pensado de ese modo, pero... ahora que pongo atención, veo que tienes un enorme parecido con una mujer que, desahuciada por su médico, decidió cortarse las venas. Buscó por todo su cuerpo, hasta que encontró la arteria que le permitiera escaparse a su paraíso.

**LOGOS:** Eres muy astuta... pero ¿será suficiente? Te ofrezco mi cuerpo. (*Abre su bata para descubrir el crucigrama de cicatrices que conforman su piel.*) Dame un abrazo y hermanémonos en una sola tristeza... (*Abraza a Ludens cubriéndola con sus propias ropas.*) Una vez que se observa, de frente y con maldad, los ojos de lo que llamamos demonio, ya nada puede arrebatarlos de su mirada...

**LEBEL:** De acuerdo, ya es el momento para despedirnos. Les demostraré que yo soy la más fuerte... Me practicaron una cirugía y desde entonces ustedes aparecieron. Una de ustedes debe ser mi médico, la otra mi madre. Una es mi vecina perversa y la otra es la amante más cariñosa que jamás tendré; pero si logro curarme, una será la feliz puta destructiva que siempre quise ser y la otra, la

otra... la decente profesionista amargada, la que mi familia exige que sea... Las dos son yo misma, y puedo ser ambas... Pues bien, averigüémoslo. Abramos los ojos y despertemos juntas.

## SÍNTOMAS

*Una pequeña mesa para el café. El cuerpo continúa en el suelo, pero en distinta posición; posiblemente se vea en una esquina, parado y de espaldas al público; quizás se encuentre sentado frente a la mesa o en el proscenio, pero con las manos cubriéndose el rostro. Se sugiere un enorme ventanal entre las actrices y el público para ofrecer la impresión de que las pacientes se encuentran en el interior de una vitrina; en su defecto, que haya una cortina de celofán.*

LOGOS:           ¿A quién se le ocurrió citarnos en este lugar?

LEBEL:           A la primera que pregunta, ¿a quién más? Pero tienes razón, ¿no pudieron pensar en un mejor sitio para reunirnos?

LUDENS:         Estamos en el interior de tu imaginación, en cualquier instante nos podemos largar de aquí; basta que tú lo decidas.

LEBEL:           Yo no quiero esa responsabilidad.

LUDENS:         Entonces permítanme abrir los ojos y saber quién de las tres tiene la verdad en la pupila de sus temores...

LOGOS: Pero, ¿ya te viste en un espejo? Tienes el rostro partido a la mitad, ¿qué haremos si tu cuerpo vuelve a separarse en dos mitades?

LUDENS: Muy sencillo, toman hilo, aguja y me reconstruyen de nuevo... Pero si el miedo las invade, lo mejor será que Lebel tome la decisión por nosotras. *(Lebel se muestra incrédula pero, al notar la seriedad de sus compañeras, cierra los ojos y hace un esfuerzo por borrar algo de su mente. Vuelve a intentarlo hasta que las burlas de sus compañeras la obligan a desistir.)*

LUDENS: *(A Logos.)* Se lo creyó la muy estúpida.

LOGOS: *(Interrumpe sus risas.)* Siempre caerá en la misma trampa... aunque, a veces me pregunto si no somos nosotras las que entramos en su juego... A lo mejor, ella finge inocencia y en cualquier instante, cuando nos descuidemos, nos matará como lo hizo con aquel hombre. *(Se refiere al cuerpo que se localiza en una esquina o sentado en el proscenio.)*

LEBEL: No me parece gracioso que se burlen de mí. Además, ¿quiénes son ustedes? No las conozco.

LUDENS: ¿De qué estás hablando, cabroncita? ¿Cómo que no nos conoces?, si casi somos hermanas de enfermedad. Desde hace años compartimos nuestros temores y desprecios, la misma cama y hasta

la misma boca virginal por donde guardamos nuestros secretos más preciosos; desde hace ya mucho tiempo comenzamos a contagiar a la gente y, por lo que veo, (*Señala al cuerpo inerte.*) nuestros desprecios se anidaron en el lugar exacto.

**LEBEL:** Pobrecito, yo no quería matar a mi padre. Lo quise muchísimo, pero ya era justo que dejara de maltratar a mi madre.

**LUDENS:** Te equivocas, ese hombre era mi hermano. Tenía que matarlo para que dejara de ser el preferido de mis padres.

**LOGOS:** Están en un error; ese desgraciado era mi marido y lo destruí lentamente, con el gozo de un matrimonio perfecto y como se debe proceder con quien compartes varios años de silenciosa desesperación. Además, debí matarlo porque el muy cabrón confundió mi urgencia de hombre con sus deseos de mutilar al cuerpo más dócil que pudo tener a la mano.

**LEBEL:** A mi padre le tuve mucho miedo y, aunque se encuentra en el suelo y sé que está muerto, no dejo de temerle. Su voz furiosa sigue reprendiéndome desde lo más profundo de esta cabeza y por más que intento sacarlo, nomás no se quiere salir.

**LUDENS:** Mi hermano se burlaba de mí y estaba obligada a servirle en todo, y tuve que matarlo porque una

vez lo sorprendí vestido con mis ropas e intentando parecerse a mí... se encontraba en mi habitación, aceptando las caricias de mi esposo...

LEBEL: ¿Será posible?

LOGOS: Todo es posible.

LUDENS: Pero si lo inventé para que me trasladaran a este lugar.

LEBEL: ¿Podría matarlas? Digan que sí, ¿qué les cuesta?

LOGOS: Siempre y cuando me permitas destapar tu cabeza una vez más.

LUDENS: Sólo si después tengo la oportunidad de zurcirte el siguiente ojo.

LAS TRES: ¡Mmm, qué lástima! Al fin y al cabo, tan sólo es un sueño sin realizar.

LEBEL: Un sueño, pero ya es justo que se salgan de mi imaginación.

LOGOS: Todos los días nos reunimos aquí, justo a una hora precisa y esperamos a que algo suceda... Si no me pareciera imposible, podría asegurar que yo soy tú y tú eres ella y las tres somos una sola persona... Así que no me vengas con tus ocurrencias

de niña estúpida con alucinaciones surrealistas, porque jamás te librarás de nosotras.

LEBEL: Ese es tu problema, chiquita, porque no pienso cambiar.

LOGOS: Más te valdría, encanto, porque, de una vez te lo digo para que te vayas resignando: jamás conseguirás tus metas; eres un fracaso, lo que la gente desecha, una piltrafa que no merece nuestra lástima.

LUDENS: (*A Lebel.*) ¿En verdad eres lo que ella dice de ti?... No, de ninguna manera. No podrías serlo porque la condena también se aplicaría a nosotras. (*A Logos.*) Reconozco tu habilidad para volverte fastidiosa y aún más cuando utilizas expresiones de vieja mal cogida... Déjanos tranquilas.

LOGOS: No puedo. Me gusta joderle la existencia a las personas... y en especial a quienes más quiero. Destruir la belleza es una cualidad que sólo poseemos unos cuantos y tú no lo puedes impedir...

LUDENS: ¿Eso crees?

LOGOS: Inténtalo...

LEBEL: (*Dando saltitos de niña consentida.*) ¡Sí, sí, sí, qué lindo! Se pelean por mí.

- LOGOS: Te equivocas, nadie se interesa por ti y ninguna te pretende rescatar. (*Lebel se desmotiva. Logos aprovechará el desconcierto para manipular a Ludens; lo que significa que tomará una de sus manos para recorrer el contorno del rostro, el cuello, el volumen de un seno. La elección del cuerpo acariciado se decide en ese instante. Ludens es dócil e inexpresiva. Logos se molesta. Lebel experimenta placer y no puede evitar un suspiro. La caricia continúa y antes de arribar a la entrepierna, se separarán, provocando un delicado reproche de cualquiera o de todas.*)
- LOGOS: (*Triste.*) Anoche tuve un sueño y quise pensar que fuimos felices.
- LUDENS: Anoche soñé que soñabas este momento y me propuse construir una felicidad para que la gente pensara que estábamos curadas.
- LEBEL: Anoche desperté y lo que vi no me gustó. Por eso, preferiría inventarlas y pensar que jamás estuvimos enfermas.
- LOGOS: Por desgracia, las infecciones no tienen compasión. Los padecimientos se vuelven nuestras amistades más leales. Siempre estarán con nosotras; jamás nos abandonarán por mucho que los despreciemos. Las maldades se nos van metiendo de a poquito hasta que localizan nuestra íntima fragilidad y cuando menos lo esperamos... (*Se interrumpe.*) ¿No se habían dado cuenta de nuestra naturaleza? Las infecciones, igual que nosotras,

nos alimentamos de los más débiles, y si el sujeto que habitamos nos ofrece resistencia, el placer se vuelve inmenso e incomparable. Destruimos lo que amamos.

LEBEL: Pero debe haber una solución.

LOGOS: Ninguna.

LUDENS: Nuestra existencia se ha convertido en un desperdicio.

LEBEL: Cómo no saberlo cuando se ha visto con un ojo machucado o con la mitad del rostro.

LUDENS: Eres astuta. Sin embargo, ignoras cuál es la mitad bondadosa y cuál la maligna.

LEBEL: Está bien, lo reconozco. Nos conocemos de toda la vida pero, en ocasiones, las desprecio y por lo mismo no puedo, no quiero separarme de ustedes. ¿Un abrazo? *(Primero se miran con recelo, pero aceptan con gusto darse un emotivo abrazo, hasta que Logos se separa de manera abrupta.)*

LOGOS: Apártense, ya no las quiero cerca de mí. Ay, dios mío, creo que ya me contagiaron sus enfermedades...

LEBEL: *(Decepcionada.)* No empecemos de nuevo.

- LUDENS:        (*Molesta.*) Temes el contagio de algo que no existe.
- LOGOS:         ¿No existe? Me gustaría creerte, pero ese tipo (*El cuerpo inerte.*) no estaría de acuerdo contigo.
- LUDENS:        Un resfrío, un dolor, un sarpullido en la piel, hacen que corramos a buscar el mejor de los refugios y alejarnos de la gente... Lo siento, pero ya me tienes harta; ya no quiero que nos sigas compartiendo tus miedos.
- LEBEL:         Salgamos de aquí.
- LUDENS:        ¿Estás segura?
- LEBEL:         Sólo si tú me acompañas.
- LUDENS:        Pero soy una mujer inestable. Mira mi rostro. La mitad es malvada y la otra parte es repulsiva.
- LEBEL:         No puedes ser peor que el resto de la gente.
- LOGOS:         Piénsalo bien. Con mi ojo casi cegado percibo que jamás seremos infelices, pero con mi ojo bueno descubro que tarde o temprano nos destruirán.
- LEBEL:         ¿Vienes con nosotras?
- LOGOS:         No puedo... me dijeron que si abandono la disciplina de los medicamentos, jamás me curaré.

- LUDENS: Otra vez esa palabra: curación... ¿Quién puede saber cuántos años nos quedan de vida? No lo sé, pero cómo me gustaría disfrutar mi cuerpo sin sentir miedo de nada... (*Le extiende la mano a Logos.*) Intentémoslo... al menos mientras conservamos un poco de cordura.
- LOGOS: No lo conseguiremos.
- LUDENS: Entonces, quédate, porque yo me largo.
- LEBEL: Espera, Ludens. No podemos dejarla sola.
- LOGOS: Es mi decisión y ustedes no tienen por qué condenarse por mi culpa.
- LUDENS: (*A Logos.*) Siempre obedeciste órdenes porque te preocupaba lo que pensarán de ti. Por un día, conviértete en la puta más exquisita o en la niña más perversa; ríe con soltura, saborea los estallidos del alma, experimenta un poco de impureza en tu cuerpo, siempre tan deliciosa pero, si luego no te gusta, siempre puedes regresar a este recinto.
- LEBEL: Vamos, hermanita. Prometo que no te dejaré sola.
- LOGOS: Pero, nunca volveremos a ser lo que fuimos antes. La vida se interrumpió en el instante que ingresamos a este lugar.

- LUDENS: La vida nunca es la misma de un día para otro... Además, qué aburrido sería si todo fuera una repetición permanente de nuestras acciones.
- LOGOS: Olvidas que no veo.
- LEBEL: Aún tienes un ojo.
- LOGOS: Para lo que me sirve, si sólo me permite observar la maldad de la gente.
- LEBEL: Entonces, comencemos por abrir la otra ventana. *(Lebel intentará quitarle las costuras del ojo, pero Logos se lo impide; le da un empujón que la obliga a derrumbar el cuerpo del hombre que permanecía inerte.)*
- LUDENS: ¿Qué hiciste?
- LOGOS: Nada, ella me obligó.
- LUDENS: No seas ridícula... *(Se aproxima al cuerpo.)* Sigue igual de quietecito.
- LOGOS: Cómo puedes bromear con esas cosas. Está muerto y puede que nosotras lo hayamos asesinado.
- LUDENS: Imposible. Este hombre era un amigo que quise mucho. Lo odié porque jamás se atrevió a disfrutar mi cuerpo. Pero también lo amo porque me enseñó a despojarme del miedo.

- LEBEL: Hace un momento dijiste que era otra persona.
- LOGOS: Porque era nuestro médico, el que descubrió nuestros padecimientos; es el mismo que destapó la cabeza de Lebel y que hiciera el corte preciso en el rostro de Ludens. Era mi amado esposo, quien, a petición mía, practicó cada cirugía en mi cuerpo, y me obedeció porque yo misma me creí invadida por las mismas enfermedades de sus pacientes... De ustedes... y tuve celos... y tuve envidia... y quise ser como ustedes...
- LEBEL: Te equivocas. Ese cuerpo ni siquiera es el de un hombre. Cada una de nosotras le hemos otorgado la forma que mejor nos conviene...
- LUDENS: A lo mejor tienes razón, pero yo lo conocí en una fiesta. Supo meterse en mi vida de manera deliciosa, como suelen hacerlo quienes presienten que la muerte le apura por llevárselos, y permaneció aquí (*Se toca el pecho.*) y aquí (*En su sexo.*) el tiempo suficiente para comprender que ya jamás podría estar sola. Pero desapareció... Lo busqué, o más bien, quise despojarme de su presencia, pero, mientras más amaba a otros hombres, yo misma iba desapareciendo. Cuando me di cuenta, ya era una mujer dividida.
- LEBEL: ¿Y si lo curamos?
- LOGOS: ¿Cómo podríamos salvar a un muerto?

- LEBEL: Dejando de compadecernos.
- LOGOS: Siempre serás una pendeja. Cursi y pendeja, y nunca cambiarás.
- LUDENS: Entonces me rindo. Todo es un engaño. No existe salvación alguna. Quise encontrar un motivo para ser perfecta, pero la perfección se les concede a los conformistas.
- LOGOS: En especial si se trata de algo que no existe... Por eso, nunca saldremos de este recinto, porque hemos visto que la búsqueda de la perfección le hace daño a la gente... Nosotras siempre estaremos tristes, con los gritos vivos, con los deseos a flor de piel, porque no hay nadie, mucho menos un dios, que comprenda qué es lo que buscamos y eso, mis queridas hermanitas, es una enfermedad incurable.

## EN REMISIÓN (EPÍLOGO)

*Tres niñas, cada una lleva una caja para colocarla en el centro. Sonríen divertidas. De las cajas extraen una muñeca de tamaño regular y lo suficientemente visible para notar que se parecen a Lebel, Ludens y Logos, con las ropas y las intervenciones quirúrgicas que las distinguieron.*

*Las niñas juegan libremente. Los temas de juego pueden variar: sus muñecas podrían ser famosas modelos que lucen sus vestidos, amas de casa quejándose de sus maridos, quizás médicos hablando de sus pacientes o a punto de ingresar a la sala de operaciones.*

*Sus fantasías se interrumpirán con la llegada de un hombre con bata blanca; en efecto, idéntico al cuerpo que había permanecido inerte en los anteriores actos.*

**HOMBRE:** *Niñas, ya es hora de que tomen sus medicamentos. (Las niñas protestan, se rehúsan a probar algo que sabe tan horrible y que, según ellas, no sirve para nada.) Si no siguen mis instrucciones, jamás crecerán fuertes y hermosas. (A las jóvenes no les interesan los consejos del médico.) Si no me obedecen, serán horribles y nadie las querrá. (Aceptan a regañadientes. El primero en salir es el Hombre con expresiones tales como, muy bien, qué buenas*

*niñas, sus padres estarán muy orgullosos de ustedes, y que seguirán escuchándose fuera de escena. Sin embargo, una de las niñas se rezagará; debe ser una diferente por cada noche. Se llevará las manos a la boca pues ríe con picardía, con maldad, porque despojará a su muñeca de la cabeza, de los brazos y las piernas. Luego, se pondrá seria, para luego arrojar al suelo los restos de su juguete. Saldrá de escena dando saltos traviesos).*



# Trono de escorias

Estrenada en el Teatro Universitario Plaza de los Jaguares en junio de 2002, con egresadas de la Licenciatura en Arte Dramático de la Universidad Autónoma del Estado de México, con el siguiente reparto: Arcángel con Alas: América Juárez; Arcángel con Arco: Adriana Pérez Coria; Arcángel Seductor: Esperanza Tapia; Arcángel de Luz: Mayra González; un Mortal: Carmen Raya. Dirección: José Luis Domínguez.



*A Jesús Angulo*

## PERSONAJES

ARCÁNGEL CON ALAS (atlético)

ARCÁNGEL CON ARCO (sobresalen de su cabeza unos vistosos y enormes cuernos)

ARCÁNGEL SEDUCTOR (le cubre la cabeza una malla metálica)

ARCÁNGEL DE LUZ (con detalles metálicos, como las hombreras, o el cinturón)

UN MORTAL

## MOMENTO: HOY

Son personajes andróginos, con el pelo corto, tipo militar. Llevarán coturnos que los distingan en tamaño respecto al Mortal. Con vestimenta negra; sacos, mallones, chalecos que sugieran un estilo medieval. Los adornos y adornos en mangas, cuellos y pecheras, así como los cinturones, tendrán tonalidades púrpuras, rojos, azules o verdes intensos (un color para cada arcángel), mismas que se utilizarán para el pelo, las cejas, las uñas y los labios, resaltando en su aspecto pálido, digamos cadavérico.

De fondo, telones, diapositivas o videocintas en gris o sepia, con los motivos de cada cuadro. Sólo algunos detalles contrastarán con el ocre. Por ejemplo: si se requiere la reproducción de una ciudad, deberá resaltarse a la rata con uno de los colores; cuando se trate de un establecimiento porno, entonces que sean los pezones de las bailarinas.

Los rostros de las personas que aparezcan en las decoraciones del fondo serán los mismos de quienes interpreten a los arcángeles.

## 1. EN UN TEMPLO

ARCÁNGEL

CON ALAS: Mis ojos son las llaves que abren las muchas puertas del sufrimiento y quien no lo entienda, será expulsado de mi compasión; en mi gobierno, no habrá sitio para los débiles.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Lleva puesta una máscara sin rostro, lo que no le impide lanzar una flecha con fuego.)*

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Mis brazos son las puertas que resguardan los tesoros del placer, permítanme entrar en sus corazones y comprenderán que la eternidad se mide por la exaltación de los sentidos.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Lárguense de aquí, o no respondo por sus vidas.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Ten cuidado con tus modales. Regresamos a la tierra porque nuestros propósitos son los mismos

que el tuyo, con la diferencia de que ya no confiamos en tus verdades.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Se los advierto, más les vale que no intervengan, porque nadie, ni siquiera el Supremo, impedirá que me convierta en el siguiente regidor de los destinos humanos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Te engañas a ti mismo. Con la única fuerza contra la que luchas es con tu conciencia, ¿o será mejor que digamos que se trata de tus culpas?

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¡Bienaventurados los pesimistas, porque el dolor terminará pronto! (*A. con Arco le pide que se calle.*) Es verdad, no suena convincente... “No he venido a traerles la paz”. Tampoco, podrían interpretar mis palabras como blasfemia... ¡Bienaventurados los poderosos, porque nadie los detendrá!

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Maravilloso. Sencillo, pero cautivador. Siempre te has distinguido por expresar los discursos más emotivos. Posiblemente sea la razón por la que te prefieren los cobardes.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Viniendo de un lacayo como tú, el sarcasmo se convierte en elogio. (*Desenfundan las espadas*)

*de fuego.*) Debo confesar que no esperaba este reencuentro, en especial por el ridículo que hicieron en nuestro último enfrentamiento, ¿o ya lo olvidaron?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Cómo olvidar las traiciones.

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¡Vuelve a repetirlo y en esta ocasión no habrá quién me impida fulminarte! (*Luchan.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: La dignidad no te favorece. Bien sabes que detrás de esa figura atlética e inquebrantable, se oculta la representación de la mediocridad.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Confieso que son simpáticos y que me agradan los ingenuos como ustedes. Una vez que me encumbre como su monarca, les prometo incluirlos como parte de mi séquito. ¿Les parece justo que los utilice de bufones?, ¿o es que saben hacer otra cosa?

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Dejando el carcaj y el arco en el suelo, va a inclinarse frente a A. con Alas.*)

ARCÁNGEL

CON ALAS: Hiciste lo correcto. Y tú, Seductor, ¿qué esperas para someterte a mis órdenes?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: A que nos reveles tus debilidades: ¿quién es el genio que ahora dirige tus intenciones? No me vengas con que, por iniciativa propia, te has levantado en armas contra el poder absoluto, porque no es cierto. La inteligencia no es un atributo del que puedas presumir, así que mejor confiesa quién es tu amo.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Imbéciles. (*Hiere a A. con Arco. No muere. Inicia un proceso de recuperación.*) La primera vez les pedí su cooperación para conformar y para liderar un ejército poderoso; luego les propuse que nos volviéramos invencibles, pues sólo bastaba con que depositaran en mí cada una de sus virtudes, y lo único que me entregaron en todos estos siglos fueron sus rencores.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¡Mentira! Desde un principio confiamos en ti. Nos prometiste que juntos gobernaríamos a la humanidad y que, unificados, llegaríamos incluso a ocupar el trono del Gran Padre...

ARCÁNGEL

CON ALAS: No me negarán que se trataba de una magnífica idea, hasta que ustedes la estropearon con sus temores. Tienen mentalidad de lacayos y por ello, detrás de ustedes, hay una especie que vive

perfectamente feliz sabiéndose débil por sus miedos. Esclavos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Tan esclavos como esas alas que te encadenan al seguro servicio de tu líder... Pero no nos echemos en cara nuestras estupideces del pasado, al fin de cuentas, comprendo que al buscar la salvación, y con tal de mantenerte entre los privilegiados, fuiste capaz de atestiguar contra tus hermanos, incluso, de reinterpretar sus acciones, para que a los ojos de nuestro Soberano, pareciéramos un grupo de traidores.

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¿De manera que así es como trabajas? (*Abraza a A. con Arco.*) Seduces a las especies inferiores con ideas ajenas a su entendimiento y luego los abandonas a merced del verdugo. (*Intenta retirarse.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Por qué denunciaste la conspiración?

ARCÁNGEL

CON ALAS: La tierra es el centro de la mediocridad y a su alrededor giran las arpías. A veces me avergüenzo de mi propia existencia, porque los humanos piensan que los arcángeles somos sus protectores, que sabiamente los iluminamos cuando Dios, como ellos lo llaman, los pone a prueba.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Colocando a A. con Arco de muestra.)* Pues no deberían esperar mucho de nosotros, porque no somos la representación de sus esperanzas. *(Al ver que A. con Alas camina hacia una salida, le corta el paso, lanzándole el cuerpo de A. con Arco.)* Aún no respondes a mi pregunta.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Llevo una eternidad siendo el condenado. Aunque la basura que me arrojas lleva en la cara el estigma de sus acciones, siempre he sido yo el marginado por nuestro Padre Eterno. Por cuánto tiempo debo seguir cayendo para beneficio de los tramposos... Déjenme en paz. Tengo que prepararme para el combate decisivo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Luego de recuperar sus armas, ahora se inclina frente a A. Seductor.)*

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Respeto tu declinación. Aunque en el pasado no tuviste lealtad conmigo, reconozco y aprecio tu humildad. Cuando sea el monarca, prometo hundir tu miserable reputación hasta lo más profundo de los infiernos.

ARCÁNGEL

CON ALAS: *(Aproximándose a A. con Arco.)* ¿Confiarías en alguien que no conoce la piedad? Recuerda

que las mayores masacres se cometieron en su honor.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Confiarías entonces en el responsable de tu mutilación? Sí, así es; por su culpa fuiste degradado, por su culpa no volverás a tener rostro y lucirás por siempre el símbolo del Maligno.

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¿Confiarías en quien representa la memoria de tus humillaciones? *(Con desesperación, A. con Arco forcejea con sus adversarios, pero el esfuerzo es infructuoso, ya que, por su impedimento, no logra acertar la flecha en el objetivo deseado. Los otros se burlan, hasta que A. de Luz llega para poner orden.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Abraza a A. con Arco, quien de momento se resiste.)* Tranquilízate. Soy uno más de ustedes, pero no vengo a menospreciarte. No hay nada que cure tus rencores, pero podemos evitar que sean más grandes. Careces de facciones, pero sabemos que tu belleza es incomparable. *(Una vez que lo ha reconfortado, le proporciona caricias.)* En lugar de ojos, tienes la capacidad de mirar el futuro, pero aún ignoras cómo utilizar tus atributos. Por eso he venido a ayudarte.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Qué tenemos aquí? ¿Otro bufón al servicio de un rey invisible y caduco?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Tú debes saberlo mejor que nadie. Tu lengua es la que mejor limpia el culo de los poderosos.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: *(Impidiendo que A. con Alas se abalance contra el agresor.)* ¿Has venido a cumplir la misión que a nosotros nos encomendaron?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: No. Ustedes siempre serán súbditos; yo, en cambio, estoy destinado a ocupar el trono celeste y a erigirme como el mariscal de todos los arcángeles, por la sencilla razón de que la humanidad cada día se parece más a mí. Pero no se preocupen, aunque yo soy el señalado por el Gran Padre, claudicaré a pelear contra mis hermanos.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Miedo?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: O más bien una trampa.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Tómelo como les plazca. Aquí les entrego mi espada como signo de buena voluntad... *(Se aleja)*

*llevándose a A. con Arco.)* Pero consideren dos cosas antes de iniciar su campaña: primero, tal parece que entre los miles de arcángeles que vagan en la imaginación de los hombres, sólo nosotros cuatro fuimos convocados para competir por un trono, y segundo, dejen la estupidez para quienes son presa fácil de la manipulación. Somos creaturas con igualdad de poderes. Para llegar a erigirse como el Supremo de entre todos nosotros, les hace falta algo más que fuerza o maña.

## 2. EN LA CIUDAD

*Dispersos por el escenario, observaremos muñecos en diferentes posiciones representando a individuos de diversa extracción social, pero con expresiones de terror, furia, miedo, hastío, perversión.*

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Camina entre la gente, acompañándose de A. con Arco. En un extremo, junto a un cadáver, el Mortal, en harapos, susurra una plegaria.)* El miedo nos rodea. Siéntelo. Los humanos son seres atrapados en una burbuja de terror. Tan parecidos a nosotros; son moscas pegadas a una telaraña deshabitada, y cada movimiento que realizan les produce un pánico indescriptible; no se atreven ni siquiera a pensar, porque podrían despertar al monstruo devorador de almas.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Se aproxima al Mortal e inspecciona el cadáver envuelto en una sábana sucia. El cuerpo parece calcinado.)*

EL MORTAL: *(Aún no ve a los arcángeles. Se dirige al cadáver.)*  
Hacerte el mártir fue una magnífica estrategia

para contagiarme de complejos. Pero, aunque no me puedas escuchar, tengo que decírtelo: Yo no tuve la culpa, yo no era responsable de tus actos, yo no te maté... *(Luego, ya no tan seguro.)* Por favor, créeme.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Pudiera salvarlos, pero no soy lo suficientemente hábil o poderoso como para enfrentarme a los otros arcángeles... Sí, sí, ya sé que hace un momento dije lo contrario. Sucede que en ocasiones alardeo un poco para despistar al enemigo. No te imaginas el respeto que puedes obtener de tus semejantes, aunque no tengas la razón, con sólo arreciar la voz.

EL MORTAL: No entiendo esa competencia por ser mejores que papá. ¿Mejores en qué? ¿En agachar la cabeza? ¿Mejores en hacer piruetas cuando así lo ordene el entrenador? ¿O mejores para mamar la verga que nos da ropa, alimento y posición social?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Veo tu sufrimiento en los gestos de ese mortal y no lo comprendo. Como tampoco entiendo ¿por qué debemos combatir entre nosotros?, ¿para qué le sirve a toda esta gente que un arcángel sea el gobernador de sus destinos?, ¿a quién se le ocurrió la mala broma de que peleáramos entre nosotros?

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Abraza al Mortal para reconfortarlo.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ:

He sido testigo de crueles masacres, de pestes que lentamente carcomen la piel del infectado y de las más variadas e ingeniosas torturas; he penetrado en el corazón de los asesinos, de los verdugos y de quienes hacen de la cobardía un negocio productivo y, como ellos, me asusto; en verdad me asusta reconocermé en cada uno de esos momentos en la historia de la humanidad.

EL MORTAL:

Es que... es que yo no quise competir contra mi hermano. Ellos nos hicieron creer en el maldito cuento de: "El mundo le pertenece a los chingones"; y al final, la desesperación de sentirse inferior a mí, fue suficiente para que mi propia sangre se secara con el fuego.

ARCÁNGEL

DE LUZ:

No conozco al arcángel que dejó al mundo en estas condiciones, pero tampoco me siento capaz de reconstruirlo...

EL MORTAL:

¡Te odio! Yo nací primero y por derecho, es a mí a quien le correspondía la muerte... es a mí... Si por lo menos no tuviera tanto rencor. (*Pone atención en los dos arcángeles que se le vislumbran.*)

ARCÁNGEL

DE LUZ:

Y sin embargo... Tú puedes ser nuestro gobernante. (*A. con Arco suelta al Mortal.*) ¿Y por qué no? Para ser nuestro soberano, hace falta alguien

como tú; hace falta que nos gobierne la compasión, la belleza, la lealtad; esas son virtudes que dominas perfectamente.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(El entusiasmo decae cuando recuerda su impedimento.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: Confía en ti. Dominarse a sí mismo es la más importante de las conquistas... Voy a darte una prueba de mi sinceridad. *(Se coloca la máscara sin facciones y ambos caen de dolor.)*

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Recuperándose y maravillado, explora su rostro.)* Entonces, es verdad. *(A A. de Luz.)* Gracias a ti recibo una nueva oportunidad. Prometo que sabré recompensarte como lo mereces. *(Reconoce sus manos y su cuerpo.)* No existe en todo el universo nadie que se me compare. *(La cornamenta lo devuelve a la realidad.)* Esto es humillante... pero enseñaré a mis adversarios a respetarme. *(Observa a su alrededor.)* Ahora soy libre... Los hombres no son otra cosa que insignificantes insectos de la creación, dignos de ser aplastados, y no obstante, se atrevieron a dudar de mi resurgimiento.

EL MORTAL: *(Fascinado.)* Ni en mis más ocultas creencias hubiera imaginado que ustedes existieran... Pero debo estar alucinando. No es posible que los

arcángeles se me aparezcan justo cuando lo he perdido todo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Lanza flechas que se incrustan cerca del público.)*  
¡Heme aquí! ¡Libre, libre, libre! Juro que no tendré clemencia con mis enemigos. ¡Regreso de los infiernos para proteger, con mi furia y con mi rencor, a los falsos inocentes! Enhorabuena, porque han comenzado los tiempos del exterminio.

EL MORTAL: ¡Si eres un demonio, por favor, no me lastimes. Te lo suplico!

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Levántate! que hoy puedes formar parte de mi ejército.

EL MORTAL: ¡No es posible! ¡¿Por qué yo?!

ARCÁNGEL

CON ARCO: Sígueme. *(Lo que antes era una sábana mortuoria, al reverso es una reluciente capa que el Mortal coloca sobre los hombros del A. con Arco.)*

EL MORTAL: No puedo abandonar el cuerpo sin vida de mi hermano. *(A. con Arco sale.)* Sería un grave pecado. Las ratas o los perros podrían devorarlo. *(A. de Luz se lleva el cadáver.)*

### 3. EN UN CUARTEL MILITAR

*Encontramos un pelotón de muñecos en posición de firmes.*

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Odio este sitio. No entiendo por qué me has traído.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Porque es seguro; es, por excelencia, el lugar donde se obedece sin reclamos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Es tosco, triste, desolado, deprimente y horrendo; es la representación de la decadencia.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Es enérgico, leal, revitalizante, edificador y disciplinado; es la representación del triunfo.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Si de conspirar se trata, prefiero que hablemos en mis territorios.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Acaso mencioné la palabra conspiración?  
Seductor, eres un arcángel muy travieso.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Suspica. Se dice sus-pi-caz.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Desconfiado, supongo.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Majestuoso.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Inteligente? ¿Hermoso?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Tú síguele, síguele. Me encantan los aduladores.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Analítico?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Dejémoslo en poderoso. Lo de “analítico” me suena a especialista en placer anal, y tú bien sabes que prefiero torturar al cuerpo entero.  
¿Quieres que te lo demuestre?

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Lo harías por mí?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Lo haría por mí. (*Ambos inician un rito de seducción.*) Adoro las sudoraciones; me encanta incorporarme al rítmico balanceo de los cuerpos copulando y a sus palpitaciones; disfruto el exquisito deleite del tacto en las zonas erógenas. ¿Entiendes a qué me refiero?

ARCÁNGEL

CON ALAS: A la perfección. Sólo que mis procedimientos son distintos. Me revitaliza sentir la semejanza de la carne con el acero; brazos, piernas y tórax petrificados por el ejercicio; el cuerpo como un templo de la inmortalidad.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: De nada sirve la inmortalidad si antes el pezón de la amada no se ha endurecido y dulcificado entre los labios; de nada te sirve el sátiro fálico si no lo utilizas con la precisión del relojero. Mira que yo he ocupado el cuerpo de hombres y mujeres durante el orgasmo y sé lo que estoy diciendo.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Lástima, por cada orgasmo que experimentas, pierdes también un miligramo de tu valioso cerebro. (*Pausa en la que interrumpen el rito; se miran con atención y vuelven a iniciar las seducciones.*) Por eso, cuando consiga el mando de los arcángeles y, por extensión, de la humanidad, tendrás asegurada una plaza de honor.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¡Huy, cuánta amabilidad!

ARCÁNGEL

CON ALAS: Sin duda naciste con suerte.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Nacimos el mismo día, a la misma hora, durante el mismo segundo y en el mismo instante. Sin preámbulos: el coño del universo se abrió en un instante para expulsarnos de su vientre.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Casi lo olvido. Afortunadamente...

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ... afortunadamente me mantengo cerca para recordártelo.

ARCÁNGEL

CON ALAS: A eso se debe que a ningún otro le haya ofrecido participar de mi próxima y cercana victoria.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Hablemos mejor de mi victoria, mi encumbra-  
miento, mi...

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¡Por Dios! No te distraigas con banalidades indignas de tu rango. Ven, acompáñame a edificar mi reinado. ¿Te lo imaginas?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Estricto, como tu propia existencia. Al contrario, mi imperio será un diario elogio a la vida.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Contigo, las manos estarían ocupadas jugueteándose los genitales. *(Con delicadeza, coloca las manos de su adversario entre sus piernas.)* Conmigo, construiremos castillos de la perfección, en donde someteremos y corregiremos a los desadaptados.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Se retira con timidez.)* Exageras. La lujuria no es lo que tú piensas.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Ayúdame entonces a entenderla. *(Atrapa nuevamente las manos de A. Seductor para conducirlas por el contorno de su cuerpo.)* Shhh... eres un arcángel muy malo. Dime, ¿qué caso tiene que te resistas? ¿Te gusta? Anda, pídemelo; cuál es tu fantasía y juntos la realizaremos... Ven, sígueme.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Cediendo.)* Mejor tú sígueme.

ARCÁNGEL

CON ALAS: *(Cubriéndole los ojos. A. Seductor continúa acariciando el espacio en el que ya no se encuentra el otro.)* No. *(Serio.)* Ríndete y permitiré que habites en las ocultas perversiones de los moralistas.

Tú los conoces mejor que nadie; entre más estrictos, más lujuriosos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Rindiéndose, aunque sus palabras lo contradigan.)*  
No... No puedo y no debo aceptar convertirme en tu aliado. Tengo miedo que el Gran Padre vuelva a sorprendernos confabulando en su contra. Recuerda que la alta traición se paga muy caro. *(Es despojado de su maya metálica.)*

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¡Yo soy el elegido! *(Se coloca la maya.)* Lo sabía. Siento el poder irradiándose por mi cuerpo. Ven. Ríndete a mí y nada te sucederá.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Derrotado.)* Te ordeno que me devuelvas mi... que me devuelvas... ¿Qué es lo que he perdido? ¿Quién era yo antes de ser yo, antes de ti, antes de la humanidad, antes del fin de la creación? ¿Por qué me siento como si estuviera desvaneciéndome? Dios, ¿estás ahí? No me dejes caer en la tentación. Ayúdame.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Deberás jurarme obediencia plena. Rinde tu espada a mi omnipresencia y claudica de tu fe, porque hoy comienzan los nuevos tiempos, los tiempos de mi mandato.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: No. Tú no. (*Postrándose ante A. con Alas.*) Caerá sobre nosotros la furia de los cielos. Seremos degradados; nos convertiremos en criaturas horrendas, en seres despreciables. Por favor, bajemos nuestras armas ante el Supremo. No iniciemos una campaña de la que nos podemos arrepentir.

ARCÁNGEL

CON ALAS: (*Complaciente.*) ¿De qué nos sirve tener la mesa repleta de manjares, si no nos permiten probarlos? ¿De qué sirve habitar una mansión, si el miedo nos imposibilita a salir? ¿De qué sirve un cuerpo sano, si vives reprimiendo tus instintos? ¿De qué sirve la inteligencia, si antes no dudas de tu propia inteligencia? Definitivamente, no me importa arriesgarlo todo; prefiero la decadencia que el conformismo.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Envalentonándose.*) Tu elección me obliga a pelear contra ti, porque fui enviado para enfrentarme contra el Enemigo.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Hablas del Enemigo como si se tratara de alguien ajeno a ti.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¡Defiéndete, cobarde!

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Olvidas la infinidad de matanzas que hemos inspirado durante tantos siglos.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: (*Débil.*) Luchemos, te lo suplico.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Ahora resulta que te indigna la maldad, cuando el mal es la más alucinante de las drogas. (*Enérgico.*) Esta es la última vez que lo repito. ¿Vas a seguirme, o no? (*Pausa.*)

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: (*Tira la espada. Agacha la cabeza.*) Cumpliré con tus mandatos.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Me parece que no escucho bien. ¿Qué fue lo que dijiste?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Como tú lo ordenes.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¡Dilo más fuerte!

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Te obedeceré en todo.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Eres mi sirviente?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Soy tu sirviente.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Eres mi esclavo?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Soy tu esclavo.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Eres mi perro, mi dócil flatulencia y mi lamepiés personal?

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Por favor, no me humilles.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¡Te hice una pregunta! (*Cínico.*) No seas vulgar y respóndeme.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Sabes con exactitud que seré todo lo que a ti se te ocurra; me has vencido.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Así me gustas, insignificante. Acompáñame, hay ciertos asuntos que debo asignarte.

## 4. DURANTE UN PARTO

ARCÁNGEL

CON ARCO: En el maravilloso concierto de la creación, existen infinidad de movimientos dedicados al dolor. Escuchen. A las vibraciones del sonido nada las destruye, permanecen en el aire para recordarnos lo frágiles que somos.

EL MORTAL: (*Guiando a A. de Luz.*) Dios supo bien lo que hacía al inventarnos. Hace tiempo que Dios habría dejado de existir, si tan sólo fuéramos perfectos, sin debilidades.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Para ser una creatura bestial, tienes ingeniosas ocurrencias. (*A A. de Luz, aún con las máscara sin facciones.*) ¿Qué te parecen las ideas del mortal? Poseen la sabiduría de las divinidades; hasta podrían ser mis propias ideas, ¿no te parece?

EL MORTAL: ¿Y quién ha dicho que fueran mis ideas?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Pues no son de mi hermanito desfigurado. *(Abraza a A. de Luz, cuya máscara demuestra una profunda tasajeada en un costado.)* ¡Qué horror! Mírate nada más, ¿por qué no te cuidas? Con ese aspecto no eres digno de llamarte arcángel. Por cierto, de qué hablábamos.

EL MORTAL: De sus ideas, su majestad.

ARCÁNGEL

CON ARCO: “MAJESTAD”. Es un título que corresponde a mi personalidad. Prometo que durante mi reinado serás el poeta más célebre de entre tus semejantes.

EL MORTAL: Gracias, pero yo sólo soy su instrumento, un peón en el tablero del conocimiento. En realidad, el estratega es usted.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Pues no se hable más del asunto. Y en tanto vuelve a ocurrírseme otra de mis brillantes genialidades, los invito a presenciar el espectáculo del parto...

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Deberías preparar tu campaña en lugar de perder el tiempo en trivialidades.

EL MORTAL: Lo que para algunos carece de importancia, para otros representa una digna estrategia.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Desde cuándo los mortales se dirigen sin autorización a las divinidades?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Desde que me convertí en su líder, en su capataz, en su mesías, en su condena y, de alguna manera, en algo semejante a su abeja reina.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Tonterías. En lo que a mí respecta, este asunto de competir entre nosotros me resulta indigno. *(Utiliza de ejemplo a A. de Luz.)* Mira nada más a lo que hemos llegado, ¿acaso merecemos estas degradaciones?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Lo siento, pero lo que le suceda a este arcángel de la deformación, no me concierne. *(Se aproximan a A. de Luz.)* ¡Por Dios, qué espanto! No me lo acerques.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Sin embargo, no existe nadie mejor que se parezca a ti. ¿Acaso no te recuerda a tu propia persona? Sabes perfectamente que este rostro te corresponde.

EL MORTAL: Su eminencia, no olvide que usted posee la virtud de transformar su rostro en la belleza o la fealdad que mejor le convenga.

ARCÁNGEL

CON ARCO: No lo sabía, pero si el mortal lo dice, debe ser verdad. Por lo tanto, ordeno que arrojen al desfigurado a un estercolero profundo para que no ofenda mis ojos con su pudrición.

EL MORTAL: Como usted mande...

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¡Esperen! ¿Cómo te puedes rodear de mediocres que no hacen otra cosa que subestimarte? Si fueran ciertas las palabras del mortal, entonces, ¿cómo podrías tú, el más hermoso de los arcángeles, haber elegido un aspecto horripilante, tan parecido al de los demonios?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Jamás. En eso tienes razón.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Escudándose con A. de Luz.*) Obsérvalo con atención. Los gusanos de los rencores y de las envidias lo están devorando; en muy poco tiempo, su rostro quedará invadido por pequeñas y pestilentes larvas, y sólo tú posees el medicamento que lo salvará, porque nada es imposible para el elegido a ocupar el trono, ¿o sí?

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Aléjalo! Por todos los santos, no me lo acerques. (*A A. de Luz.*) Perdóname, pero no quiero volver

a mi antigua condición. Ninguno, ni el Gran Padre, me obligará a colocarme de nuevo esa máscara... (*Duda.*) O tú dime, ¿qué debo hacer?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Renuncia a la contienda y acepta la condena que ya te habían impuesto.

EL MORTAL: No lo escuche, mi soberano. El camino hacia el infierno está plagado de buenas intenciones.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Un momento. ¿Me podrían explicar cuándo comenzamos los arcángeles a pelear por un trono efímero? ¿Y si en lugar de disputárnoslo, lo compartiéramos? El Gran Padre nunca ha proclamado que ceda sus derechos a decidir sobre los destinos de su creación.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Porque confía en nuestras libres interpretaciones. Todos sabemos que no ha sido otro, más que el Gran Padre, quien nos convocó para esta noble encomienda.

EL MORTAL: ¡Mentira! El Gran Padre, como ustedes lo llaman, en su infinita sabiduría, dispone de un lugar preciso para cada objeto del universo, porque así lo ha pensado. Me pregunto entonces, ¿cuál es la finalidad de un combate entre arcángeles, si ya tiene a su elegido?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Muy listo, ¿no te parece?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Demasiado. (*Sacudiendo a A. de Luz.*) Explíquenme, si pueden, los motivos del Gran Padre para degradar a quien, desde un principio, defendió las ideas que el mortal acaba de proferir.

EL MORTAL: Dios no explica, ni da justificaciones, simplemente actúa.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Arrojando a A. de Luz hacia el Mortal.*) Ojalá dependiera de mí la destrucción de todos ustedes. Su presencia ofende mis sentidos y, por lo tanto, al Ser Supremo. (*Intenta irse.*)

ARCÁNGEL

CON ARCO: Quédate un momento. Acompáñame y presenciemos juntos una de las tantas maravillas de la creación.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Un cuerpo expulsado por otro cuerpo no tiene nada de maravilloso, al contrario, es repugnante.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Tienes memoria de cómo fue tu nacimiento? ¿Has visto cómo nacen los arcángeles? ¿Conoces cómo sucedió el inicio del principio, o será que

todavía no comienza? (*Pausa.*) Te ayudo a comprender: ¿qué tal si nos metemos en aquel vientre materno y experimentamos, en el instante mismo del parto, la sublime sensación de nacer?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Había olvidado lo patético que te vuelves cuando los humanos influyen en tu raciocinio.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Arriesguémonos a deslizar nuestra soberbia por entre esos labios carmesí que fueron diseñados para darles a los mortales un baño de divinidad.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: A veces pienso que el Gran Padre hizo bien en arrancarte el rostro al término de nuestro último combate.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Te equivocas. El castigo llegó por mi propia mano. Un rostro que sólo expresaba miedo al sentir la presencia de una autoridad, e imposibilitado para defenderse, entonces no servía ni para un carajo.

EL MORTAL: (*A A. de Luz.*) Protejámonos. Pronto. Presiento la cercanía del dolor.

ARCÁNGEL

CON ARCO: El miedo me impide pensar en mi padre con afecto. No me lo vas a creer, aunque no recuerdo cómo es

su rostro, pero su voz me acompaña a todas partes, con regaños, con burlas, con sarcasmos en cada momento que me atrevo a iniciar una empresa.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Entonces alégrate, porque es el momento de que tomemos el control. ¡Bienaventurados los sometidos, porque un nuevo rey viene en camino! Hermano, te conviene apoyarnos.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Piensas y hablas como un fanático. Recapacita; quienes aseguran ser la solución de los grandes problemas, resultan aun más tiranos. Una vez que obtienen el trono, se comportan con mayor furia y con infinitos rencores.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Lo prefiero a vivir quejándome sin hacer nada. (*Ejemplificando con el Mortal y A. de Luz.*) Lo prefiero a seguir contemplando la podredumbre que nos rodea. Estos dos son una muestra de que la existencia es una broma demasiado cruel.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Por eso te invito a introducirnos en el cuerpo de un nonato. Anda, acompáñame. Allí adentro no se percibe la decadencia. (*Pausa.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Mejor no.

ARCÁNGEL

CON ARCO:

La gente más grandiosa de la humanidad se ha gestado en los úteros que yo ilumino, que yo moldeo, que yo fertilizo.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR:

¿Y qué sucede con el resto de los individuos que nacen por millones, a cada instante y que permanecen en un estado de latente idiotez? Igual que nuestro hermano desfigurado, el mundo está repleto de honoríficas pudriciones, mejor conocidos como líderes.

ARCÁNGEL

CON ARCO:

Es la ley de la creación; no todos pueden ser brillantes. Unos están destinados a ser triunfadores, a movilizar a las multitudes con uno de sus más simples caprichos; los otros, ni modo, son desechables.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR:

Propones un reinado de maldad.

ARCÁNGEL

CON ARCO:

Ni mejor ni peor que el mundo de quien me antecedió. Por cierto, ¿alguno de ustedes conoce al actual gobernante de los destinos humanos? Hay ciertos momentos solemnes de la historia que me fascinaría repetir; por ejemplo: Judas. No hay uno solo que no lo odie o no lo repudie, porque

su nombre va acompañado por el deseo más anhelado e inconfesable de cada ser pensante.

EL MORTAL: Todos somos herederos de su ejemplo. Si hay algo que unifica a las razas, es nuestra capacidad para perfeccionar su bendito nombre.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Escuchaste? ¿No es maravilloso? Razona como si se tratara de uno de nosotros.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: O peor, como si alguno de nosotros inspirara sus ideas.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Por supuesto que se trata de un arcángel quien se expresa por medio de su boca! Si es lo que he tratado de explicarte.

EL MORTAL: Honrado me siento, su majestad, por haberme elegido como su portavoz.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Son simpáticos los mortales, ¿no te parece? Ellos me seleccionaron y no me queda otra alternativa que luchar por el palacio de los arcángeles.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Cuidado. La especie humana no merece nuestra confianza. Son volubles. Lo sé porque los he visto

de cerca. Si necesitaras de sangre para sobrevivir, duda de quien te la ofrezca, porque estará contaminada.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Dudar de ellos es como si dudaras de mí... o de ti. Piensa que dudar de nosotros es como si dudaras de la existencia del Buen Padre. (*Pausa.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: En ocasiones, mi propio ser es un campo de batalla por la fe.

ARCÁNGEL

CON ARCO Y

EL MORTAL: Dilo más fuerte, que no te alcanzamos a escuchar.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Padre, protégeme. De pronto menciono conceptos que no me pertenecen. (*Al Mortal.*) Aléjate, por favor. Tu presencia contamina mis pensamientos.

EL MORTAL:

Yo, tan insignificante, casi nada, ni siquiera una gota de sudor, cómo podría atreverme a medir fuerzas con una divinidad; su sola mirada me convertiría en polvo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*A A. Seductor.*) Compartí, en algún momento, tus mismos temores, y es fácil de comprenderlos. Al igual que tú, yo no recuerdo el instante en

el que el Gran Padre lanzara la convocatoria para que sus arcángeles compitiéramos por un trono, que al parecer, desconocíamos que lo hubiera.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¡Retírense de inmediato! Las decisiones de nuestro Padre Supremo no se cuestionan, son obedecidas. Jamás lo he visto, pero sus órdenes son mi ley.

EL MORTAL: Cómo saber si la voz que escuchamos no es en realidad la del Maligno.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Derrumbándose.*) Todo es tan confuso.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Quisiera consolarte, pero no sé cómo. (*Al Mortal.*) No te quedes ahí, como pasmado y exprésale lo que todavía no se me ocurre, pero no por ello, dejan de ser mis ideas.

EL MORTAL: (*Luego de besar a A. Seductor.*) La única verdad y la auténtica salvación está envuelta en placenta. Dame tu mano, yo mismo la conduciré entre las piernas de aquella mujer. (*A. Seductor se deja guiar.*) Introdúcela ahora por el húmedo laberinto de virgen y siente la cabeza que está a punto de salir. Tócala con suavidad, porque aún es frágil... (*En maligno susurro.*) Apuesto a que no eres lo suficientemente valiente como para apretar el puño y destrozarse el pequeño cráneo, igual que a

un chicharo. (*A. Seductor se separa aterrado.*) Lo sabía, lo sabía, lo sabía, y te felicito, porque eres tú, tú, y nadie más que tú la creatura que se debate entre nacer... o morir; entre quedar idiota, o erigirte como el cerebro más lúcido.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Quién te ha dado tanta fuerza?

EL MORTAL: (*Colocándose en los brazos de A. con Arco, a quien también besa.*) Mi maestro, ya lo sabes.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Resguardándose detrás de A. de Luz.*) No comprendo a los mortales, en serio que no. Fueron condenados a reproducirse con tremendos dolores y, a pesar de la amenaza, su horrenda y miserable existencia se justifica con la gestación de un nuevo humano. (*Al Mortal.*) Ojalá pudiera destruirte. Me complacería despedazarte con lentitud.

EL MORTAL: (*Con súbito pánico.*) Le suplico que no me lastime. Juro que no era mi intención ofenderlo, pero usted mismo ha visto que mi señor ha sido quien puso las injurias en mis labios.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Yo?

EL MORTAL: ¿Y quién más si no? Por favor, protéjanme del enojo divino.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (A A. con Arco.) Explícame qué locura es esta a la que nos has traído.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Tampoco entiendo qué está pasando. (Atrapa al Mortal.) Dime, qué es lo que te ha provocado tan repentino espanto.

EL MORTAL:

(Cayendo al suelo.) ¡Ay, me quemó, me quemó! Por favor, no permitan que el fuego me penetre. ¡Por compasión, que alguien detenga el dolor!

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Termina con el caos que tú mismo provocaste.

ARCÁNGEL

CON ARCO: A mí siempre me culpan de las catástrofes ajenas. ¿Acaso yo inventé el mundo? No, y no estoy dispuesto a cargar con los defectos de la humanidad.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Cómo puedes abandonar a quien te ha servido con fidelidad? Míralo, es como si algún espíritu del mal se apoderara de su cuerpo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿De pronto sientes lástima por los hombres? No te creo. Sabes bien que los mortales son nuestros instrumentos de diversión; para eso fueron hechos.

No hay uno que no sea el esclavo del esclavo que esclaviza al esclavo del esclavo... (*Intenta salir.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Tú no eras cruel. El poder te ha transformado. Si no lo ayudas, juro que pelearé en tu contra para evitar que obtengas la monarquía de los arcángeles.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Y cómo piensas lograrlo, si ni siquiera eres capaz tú mismo de salvar una vida?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Lo haré; sé que puedo sanarlo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Deja de luchar contra tu propio instinto; en realidad los odias. Te invité a que los conocieras aún en el huevo, cuando uno estaba a punto de nacer, y sin discreción, en tu semblante, se marcaron gestos de repudio.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Mientes, eso no es cierto.

ARCÁNGEL

CON ARCO: A tus pies se encuentra una bestia imperfecta, convulsionando por causas desconocidas, ¿y qué haces para evitarlo? Nada. Los mortales son lam-biscones y asesinos por naturaleza y no vale la pena protegerlos. La amistad que ellos profieren

es un concepto que utilizan para engatusar al adversario. Promételes un sitio en el Edén y ya verás cómo aceptan con gratitud todas las humillaciones que se te ocurran.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: No te creo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Antes yo era como tú y por defenderlos, perdí mipreciado rostro. Ahora te pregunto: ¿serías capaz de sacrificarte, con tal de modificar el violento destino de los mortales? *(Sale. A. Seductor duda, hasta que él mismo se coloca la máscara sin facciones que se encontraba en el rostro de A. de Luz. En ese instante, se escucha el llanto de quien ha nacido. Permanecen en su lugar A. Seductor y el Mortal.)*

EL MORTAL: *(Riendo.)* Imbécil. No te imaginas cuánto me alegra tu destrucción.

## 5. EN UN ESTABLECIMIENTO PORNO

*En algunas zonas observamos muñecas en posturas eróticas.*

ARCÁNGEL

CON ARCO: Bellísimo. Una obra de arte viviente. (*Respira profundamente.*) Cuerpos, sudores, desesperación; y junto con los excitantes cuerpos, la magnífica, la soberbia, la exquisita, la succulenta exaltación humana. Todavía no soy su gobernante, pero ya siento que el mundo me pertenece, que provoca mis exaltaciones.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Te recuerdo que no hemos venido a divertirnos, sino a pactar.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Pactan los perdedores.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Concertemos tregua para evitar un combate del que todos saldremos perjudicados.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Deja ya de fastidiar mi paciencia. (*Abraza a A. Seductor, cuya máscara muestra más deformidades.*)  
¿O prefieres que te devuelva tu horrenda figura?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Si eso impide que nuestra soberbia de reinar los  
cielos siga ofendiendo al Ser Supremo, pues bien,  
me entrego al sacrificio.

ARCÁNGEL

CON ALAS: (*Aplaudiendo.*) ¡Bravo! ¡Magnífico! Jamás he visto  
nada parecido; en verdad que me sorprende tu  
disposición para las causas imbéciles.

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Dirigiéndose a A. con Alas.*) A mí me parece que  
habla con demasiada ignorancia. Ocultándose de-  
trás de los símbolos, siempre hay un manipula-  
dor. ¿O me equivoco? Las historias de mártires  
sólo sirven para adormilar a quienes carecen de  
ambiciones.

ARCÁNGEL

CON ALAS: (*A A. con Arco.*) Ignóralo, hermanito y ponle  
atención al espectáculo. Todas las bailarinas son  
encantadoras. ¡Fíjate en aquella y en esa otra!  
Mmm, en verdad que esto es el paraíso.

ARCÁNGEL

CON ARCO: O por lo menos se le aproxima.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Pobrecitos de los humanos atormentados por sus censuradores; como si al Creador Supremo lo ofendieran por utilizar los órganos y el instinto que generosamente les concedió.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Por eso, los mojigatos y los que le temen a la vida, serán atravesados por mis flechas... Aunque debo confesar que la idea de reunirnos en este recinto de lujuria le pertenece a nuestro hermano Seductor, quien por cierto, sigue pudriéndose. Míralo, ahí lo tienes. ¿No habrá manera de arrancarle esa máscara sin que ninguno de nosotros se vea afectado por la maldición?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Lo intentamos, pero es inútil; cada vez que alguno toca la máscara, ésta aumenta sus descomposiciones. Parece como si se tratara de un instrumento que sólo acompaña a los eternamente condenados.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Fatalista como siempre. Por favor, lárgate o permítenos disfrutar de las variedades del placer.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Variaciones de la decadencia.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Variaciones de la perfección.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Variaciones de la estupidez.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Variaciones de las que tú... eres experto. (*Rompe la tensión con alegría.*) Aquí entre nos, ¿recuerdan las vestiduras con las que el imaginario humano nos conceptualizaba? Usábamos unos faldones tableados, preciosos por cierto, que resaltaban el desplante del muslo, de la reluciente pierna incitadora al tacto; era una prenda que provocaba la curiosidad de quienes se preguntan si los arcángeles contamos con uno, o con ambos sexos... En fin, sigo añorando esa moda.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¿Incluyendo los rizos dorados que nos dieron un semblante de maricones?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: ¿Cómo es posible que un arcángel de tu jerarquía se exprese con severos complejos? No quiero pensar en el mundo que nos espera teniéndote como nuestro soberano.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Simplemente sería un mundo ordenado.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Tensando el arco.*) Antes si yo te lo permito. (*Los otros desenfundan sus espadas.*) Caramba, tienes porte para desenvainar. (*Primera arremetida, la cual esquiva con agilidad.*) ¿Ese es tu mejor golpe? ¿No será que le temes a las mariconadas porque se te antojan?

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¡Silencio! O te abriré otro culo por donde expulses tu veneno. (*Hiere a A. de Luz.*)

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Necios; agotando sus energías sólo conseguirán que otro se levante en contra de ustedes.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Dispara una flecha que se coloca en el pecho de A. con Alas.*) Poseen brazos fuertes, musculosos, y eso me encanta. ¿Alguno sabe si entre los arcángeles se nos permite la intimidad?

ARCÁNGEL  
CON ALAS: (*Quitándose la flecha.*) Ofendes con tus preguntas a la hermandad a la que pertenecemos, y por eso te destruiré; juro que el dolor será la única sensación que experimentes.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Perverso.*) Perfecto. Empecemos ya; pero tortúrame tal y como las bestias lo hacen con sus

hembras. Sométeme, aniquíleme, poséeme, maltrátame...

ARCÁNGEL

CON ALAS: (*Ataca.*) Cállate; eres en extremo vulgar, sucio y repugnante.

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Insinuándosele con la pelvis por delante.*) Rico, rico, rico; no sabes cómo me excitas cuando te enfureces.

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*Rotundo.*) Ordeno que guarden sus hostilidades para un mejor momento. (*Calmando los ánimos.*) Dense cuenta de que todo esto es absurdo, comenzando por el sitio en el que nos encontramos; ¿rodeados de putas y de desesperados piensan gobernar a la humanidad? ¿Cómo pretenden iniciar un combate, el más significativo de la existencia, en estos terrenos?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Excelentes para iniciar la nueva era... ¿Ya vieron a la mulata que se contonea en aquella esquina? Mmm, si me permiten un instante, iré a colocarme en el interior de ese cuerpo voluptuoso.

ARCÁNGEL

CON ALAS: ¡Te lo prohíbo! Lo que tú pretendes es indigno de nuestra estirpe.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Arremete contra A. con Alas, quien es tomado por sorpresa, desarmado y acorralado.*) ¡Cuántas veces he de repetirte que no hay voluntad más fuerte que la mía! (*Felizmente enloquecido.*) Te voy a matar. Juro que te despedazaré, para luego, esparcir tus restos entre los más alejados planetas.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: ¡Basta! Me disgusta, me repugna el espectáculo que están dando: dos arcángeles fingiendo fiera lucha y enredados entre los encajes y las lentejuelas de las meretrices.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: ¡Óyeme tú! Más respeto cuando te refieras a mis súbditos. (*Recapacita.*) Aunque... es verdad; de haberme atravesado con tu espada, hubiéramos ido a parar entre las piernas de la mulata.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Perdóname, te lo suplico. No me hagas daño y prometo obedecerte en lo que sea. Tú pídelo y te complaceré.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Acariciando el cuerpo del derrotado.*) “En lo que sea”, es demasiado; yo me conformo con un poco de complacencia de tu parte. Como dije hace un momento, me propongo entrar en el cuerpo

de esa mujer acanelada para luego restregarme sobre ti.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Que así sea, pero no me despojes de mis armas, de lo que me vuelve invulnerable. (*A. Seductor corre en defensa del sometido, pero es derribado con facilidad y sólo provoca que los contrincantes caigan al suelo.*)

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Meneando las caderas una vez que gana un asiento sobre el vientre del adversario.*) Deberías intentarlo; no hay droga más alucinante que el orgasmo, y el de las hembras es infinitamente superior al de los machos. Yo por eso, cuando sea gobernante, me mostraré como presencia femenina.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡Detente! (*Golpea a A. con Arco en la cabeza logrando separarlo de A. con Alas.*) Hemos sido convocados para una misión importante y ustedes ofenden la confianza del Ser Supremo con ridículas bufonerías.

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Furioso.*) ¡Cómo te atreves a tocarme sin mi permiso! (*Ataca, pero A. de Luz lo esquiva.*) Por tu infamia, voy a destinarte a las eternas oscuridades, a las cloacas, a los manicomios, a las prisiones.

*(Apunta con su arma, pero el impulso es interrumpido por la espada de A. con Alas.)*

ARCÁNGEL

CON ALAS: Primero deberás vencerme.

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Sonríe.)* Me agradan los retos. *(Al quedar despojado de su arco, se valdrá de dos flechas para su ataque.)* Antes, me gustaría que supieras que he visto el miedo en tus ojos y ahora conozco tus debilidades.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Sin embargo, perdiste una valiosa oportunidad y para volverme a derrotar, necesitarás de más destreza. *(Ataca.)*

ARCÁNGEL

CON ARCO: *(Esquivándolo.)* Un momento. ¿De dónde has obtenido esa fuerza tan de súbito?

ARCÁNGEL

CON ALAS: Soy el mismo de siempre. La diferencia radica en que la energía se te ha escapado entre las piernas. *(Ataca.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: Este combate es absurdo. Nadie abdicará ante un monarca erigido en un puterío.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Ya escuchaste a nuestro hermano. Interrumpamos las hostilidades para mejor momento.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: ¡Jamás! (*Ataca. Esta vez hiere al adversario.*)

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Temeroso.*) Comprende que yo sólo quise agradarte.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: Eres demasiado peligroso y sólo creeré en ti cuando tu rostro vuelva a perder sus facciones. ¡Traigan esa máscara al rostro al que pertenece!

ARCÁNGEL  
DE LUZ: (*Resignado, abraza a A. Seductor.*) Si lo prefieren y si con ello logramos una alianza que nos fortalezca como hermandad, estoy dispuesto a ser de nuevo el sacrificado.

ARCÁNGEL  
CON ALAS: No fastidies nuevamente con tus lloriqueos. Prefiero que sea él... ¿o debería decir, ella? El mejor contrincante será a quien hayas inutilizado.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: ¿Mi rostro? ¿Perder mi belleza? ¡No lo permitiré! (*Ataca, pero es evidente la superioridad del adversario.*) Perdóname. Si lo prefieres, despójame

de mis poderes y abandóname al cuidado de los muertos inconsolables, pero no me devuelvas la máscara.

ARCÁNGEL  
DE LUZ:

Perdónalo. ¿Qué más quieres? Los que estamos aquí reunidos, al parecer, seríamos tus únicas amenazas, y ya nos hemos inclinado a tu soberanía.

ARCÁNGEL  
CON ALAS:

*(Retumbando el piso con su espada.)* ¡Bienaventurados los arrepentidos, porque la piedad no será pronunciada por mi boca! *(Entra el Mortal. Desnudo, su cuerpo parece el de un leproso; andrógino, son voluminosos sus senos y su largo pene.)*

ARCÁNGEL  
CON ARCO:

*(Escudándose de A. Seductor.)* A ti te da lo mismo quién sea el desfigurado, pero no me pidas que ocupe su lugar... O si lo prefieres, ¿qué te parece si les arrojamos la peste a las prostitutas del recinto?

ARCÁNGEL  
DE LUZ:

*(Molesto, se dirige a A. con Alas.)* Pactar con los débiles, con los marginados, con los enloquecidos, con los desadaptados; pactar con los abatidos, con los desalentados, con nosotros, te convertiría en el más poderoso de todos los arcángeles. *(El Mortal retumba el suelo con un cayado.)*

ARCÁNGEL

CON ALAS: No te escucho. He sido agraviado.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Esta es la última vez que lo repito: bajen sus armas.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Observa cómo se ha transfigurado el rostro de este derrotado, quien podría ser tú mismo, y si así fuera, mi compasión te arroparía. Míralo, ¿esto es lo que quieres para mí como eterno castigo? A cada instante, su aspecto es más y más y más horripilante... (*Empuja a A. Seductor.*) ¡Aléjate! Tus hedores corrompen mi dignidad, y tu aspecto me atemoriza... (*Cae de rodillas.*) Padre Supremo, sálvame. ¿Qué debo hacer para que me creas cuando te digo que no volveré a compararme contigo?

EL MORTAL: (*Rotundo y golpeando con el cayado.*) Una vez que un arcángel ha caído, no es recibido nuevamente al hogar. No basta con arrepentirse, porque el pecado es más fuerte que todo acto de penitencia. Cuando pruebas el mal, haces todo lo posible por experimentarlo nuevamente; así que lo correcto es no confiar en las buenas voluntades.

ARCÁNGEL

CON ALAS: Ya escuchaste. (*Guía las manos de A. con Arco hacia la máscara de A. Seductor.*)

ARCÁNGEL  
DE LUZ:           ¡Deténganse!

ARCÁNGEL  
CON ALAS:       La resistencia lo hace más doloroso. Te conozco,  
la degradación te sublima.

ARCÁNGEL  
DE LUZ:           *(Evita que despojen a A. Seductor de la máscara.)*  
He dicho que se detengan.

ARCÁNGEL  
CON ALAS:       *(Hiriendo a A. de Luz.)* Nunca vuelvas a contradecir mis órdenes. *(Por un momento, A. con Arco logra escapar pero queda aterrado frente a la máscara.)*

EL MORTAL:      *(A A. de Luz.)* Me alegra tu derrota; eres insignificante.

ARCÁNGEL  
CON ALAS:       *(A A. con Arco.)* Anda, póntela.

EL MORTAL:      *(A A. de Luz.)* ¿De qué te ha valido tanto orgullo?, ¿eh? Para nada. Al fin de cuentas, siempre has sido, y siempre serás, un vulgar y mediocre servidor.

ARCÁNGEL  
CON ALAS:       Rápido, que no tengo tu tiempo. Arcángeles, hombres y dioses esperan a un nuevo gobernante. ¡A mí!

EL MORTAL: Eres el ser más insignificante del ser más insignificante. (*Escupe al suelo.*) Comparándolas contigo, hasta las sucias cucarachas tienen mayor derecho a la vida. (*Camina para alejarse. Antes que A. con Arco se coloque la máscara, A. de Luz le arrebató el cayado al Mortal, y utilizándolo como arma, ataca con furia al A. con Alas. Durante un breve oscuro, se escucha un grito de dolor. Al centro, durante un instante, quedarán abandonadas un par de alas.*)

## 6. EN LA MORGUE

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Aún con el cayado.)* Señor Todopoderoso, ¿qué ha sido de mí? Esta súbita transformación me desconcierta. No era mi intención dañar a nadie. Ni siquiera fui motivado por la necesidad de justicia. Pero al verlos pelear de manera tan absurda, sin dignidad, sentí tal vergüenza por mi especie, que en mi cabeza no hubo otro pensamiento que el de destruirlos.

EL MORTAL: *(Levantándose de entre los muertos. Viste igual que en el anterior cuadro.)* Hace rato que te esperaba. Felicidades. En verdad que te admiro; demostraste valentía y coraje, como no los había visto desde el inicio de los tiempos.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Lárgate de mi presencia. Tú qué sabes de combates, si no eres más que un simple mortal, menos aún, el gusano que devora a los muertos.

EL MORTAL: Todavía no has aprendido... *(Descubre un cadáver, el cual lleva puestos los harapos que el Mortal utilizó*

*al principio.*) ¿Recuerdas este cuerpo o prefieres que te limpie la memoria?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Preferiría quedarme a solas para poner en orden mis pensamientos.

EL MORTAL: (*Fingiendo el tono.*) “Yo no tuve la culpa, yo no era responsable de tus actos, yo no te maté... Por favor, créeme”. (*Ríe.*) ¿Le sigo? A ver, qué te parece esta actuación: “No puedo abandonar el cuerpo sin vida de mi hermano. Sería un grave pecado. Las ratas o...”. En fin. El diálogo era más o menos similar.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Eres uno de los nuestros?

EL MORTAL: Tu pregunta es demasiado ambigua.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Entonces, quién eres?

EL MORTAL: Para obtener la respuesta acertada, es conveniente que no divagues. Así como lo planteas, se me permite decir que soy la masa por la velocidad de la luz al cuadrado.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡Al diablo entonces! (*Se aleja.*)

EL MORTAL: “Al diablo”. Acabas de mencionar una palabra muy interesante.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Te parece interesante? A lo mejor porque así te llaman los mortales.

EL MORTAL: Es un honor que me confundan con una personalidad con tanta jerarquía, pero discúlpame si te desilusiono. No soy quien tú te imaginas.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Lo conoces.

EL MORTAL: ¿A quién?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Tú sabes a quién me refiero.

EL MORTAL: ¿Y quién no lo conoce?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Yo no lo conozco.

EL MORTAL: ¿Te parece? (*Dirigiéndose al cadáver.*) Estuvo junto a nosotros justo en el momento en el que llorabas mi muerte, cuando exclamabas que era a ti a quien le correspondía morir primero.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Fue una escena conmovedora: el rencor manifiesto de un hermano que ahora sostienes entre los brazos. Si aún sientes coraje por lo que te hizo en vida, o porque abandonó tu cadáver sin sepultura, esta es la oportunidad que se te presenta para la venganza, para perdonarlo o, si así lo prefieres, para olvidar el cuerpo en cualquier facultad de Medicina en donde lo estudiarían en partes. (*Vuelve a alejarse.*)

EL MORTAL: (*Malintencionado.*) Pensé que te interesaban los asuntos del demonio.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Lo que haga el tal demonio, diablo, Satanás, Lucifer o como él mismo desee autonombrarse, me tiene sin cuidado.

EL MORTAL: Debería importarte, ¿qué tal si te ofreciera a ti, y sólo a ti, el tan anhelado trono de los arcángeles?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Tentador. Sólo tentador, pero no es una oferta que deba tomar en serio.

EL MORTAL: El resto de tus hermanos siguieron el impulso de sus instintos. ¿Qué tienes de especial, o quién te crees tú, para atreverte a rechazar tan digno cargo?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Mis creencias no son asuntos que le importen a un mortal. Y ahora, continúa tu camino. No fastidies mi paciencia.

EL MORTAL: ¿Qué tiene de malo que me expliques tus verdades? Total, ya estoy muerto. Con este aspecto, es imposible que ande por el mundo revelándoles a los vivos cuáles son los complejos de inseguridad de quienes poseen el don de la eternidad.

ARCÁNGEL

DE LUZ: No soy tu ángel guardián. No soy el ángel de la verdad. Tampoco soy un ángel que se engrandezca con la destrucción.

EL MORTAL: Inteligente, pero nada práctico.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Por ello, si no sirvo para ocupar un trono, tampoco seré un obstáculo para quien lo merezca.

EL MORTAL: *(Al cadáver.)* Yo lo vi, nadie me lo contó. Mientras otros alardeaban de ser los más poderosos, llegó uno, armado con tan sólo un bastón de madera, para silenciar a los necios. Un mariscal como ninguno; prudente, estudioso de las debilidades del enemigo y sabio estratega, obtuvo una hazaña como ninguno. Déjame contarte que los arcángeles poseen igualdad de fuerzas, lo que significa que en duelo parejo habría un empate. Sin embargo... *(Pausa.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: Si te enviaron para adularme, está bien, confieso que has seducido a mi vanidad. Los vencí con relativa facilidad, pero estoy dispuesto a enmendar mi falla y restauraré la salud de mis hermanos que fueron heridos por mi ceguera.

EL MORTAL: *(Molesto.)* ¡No! *(Abofetea al cadáver.)* Date cuenta que la compasión es el principio de la decadencia. ¡Asume tu responsabilidad!

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿A qué responsabilidad te refieres?

EL MORTAL: ¡Eres el elegido!

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡El elegido de quién y para qué!

EL MORTAL: He hablado demasiado. Tengo que irme. *(Desaparece.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡Espera! Eres un heraldo, pero aún no recibo la información completa... ¿En dónde te has metido?... De acuerdo, si quieres jugar, allá tú. *(Regresa el Mortal.)* Pero no estoy dispuesto a ser un instrumento de burla.

EL MORTAL: Renunciar a tus obligaciones sería lamentable.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Obligaciones? ¿Qué locuras se te ocurren?

EL MORTAL: Locuras, posiblemente, pero no se las adjudiques a un mortal como yo. (*Aproximándose hasta ellos A. Seductor.*) Cada arcángel es concebido para cumplir con un propósito específico; guiar a los humanos, provocar pestes, despertar a los terribles instintos o fundar imperios, entre otros asuntos, y cuando el Gran Padre se aburre de tanta monotonía, les encomienda destruir a otros arcángeles, en especial, a los que acompañan al Maligno.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Sin máscara, pero con una extraña joroba que descompone su figura.*) Sin embargo, tú eres diferente.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Quién eres que te expresas oculto entre las sombras? Muéstrate.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Si así lo prefieres... (*Se descubre que la joroba es un pequeño monstruo que le ha brotado del cuerpo.*) Y por favor, no digas nada de mi aspecto. Sólo he venido a convencerte de que tomes el liderazgo. Sólo tú puedes curarme.

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*Encarando al Mortal.*) ¿Es esto una alucinación? ¿Quién la provoca? Si es verdad lo que miro: un

arcángel con grotescas deformidades, dime entonces quién es el causante de este crimen.

EL MORTAL: ¡Quítame las manos de encima! Pedazo de mediocre cobarde.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Vuelve a repetir tus insultos y enviaré tu alma a los infiernos.

EL MORTAL: Enfurécete, anda, quiero saber de lo que eres capaz.

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*Alzando el cayado.*) No me provoques. Aunque seas un muerto, aún puedo influir en tu destino.

EL MORTAL: Inténtalo. Ahora mismo quiero ver que me arrojes a los avernos, adonde todos temen ir, excepto yo, porque todavía no salgo de esa prisión.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Primero responde, sirviente de mierda. ¿Quién es el responsable de la devastación que ha estado enfermado a los arcángeles y, por consiguiente, a la humanidad? La figura de mi hermano es un síntoma de lo que ocurre en el mundo. Habla.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Tú. Ningún otro podría ser la causa de los males. (*Pausa.*)

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Al Mortal.) ¡Mentira! Dime que es mentira. (El Mortal ríe burlándose.)*

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Por ti se han abierto las puertas de los dos grandes castillos y sus mejores guerreros salieron a combatir. Ignoro cuántos hayan sobrevivido, pero tú permaneces intacto.

EL MORTAL: Reconócelo, has nacido para encabezar campañas victoriosas. Demostraste nobleza al colocar sobre tu rostro el castigo impuesto a otro arcángel; escuché inteligencia cuando analizabas las soberbias palabras de tus contrincantes y, mantuviste la discreción; y, en especial, surgió en ti el carácter en el momento de poner orden. Son todas cualidades de un emperador.

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Aturdido.)* No puede ser verdad lo que escucho. No puede ser verdad lo que veo. ¿Para qué crear un mundo, para luego destinarlo al apocalipsis?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: A uno de nosotros le dijiste que era capaz de mirar el futuro, cuando en realidad lo encaminabas hacia su propia perdición. Hermano, tú eres el dueño de las virtudes. No rechaces esa oportunidad.

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(Aterrado. Las palabras de A. Seductor han sido reveladoras.)* Entonces, ¿eso significa que mis alucinaciones sí sucederán?, ¿que no se trataban de pesadillas, sino de revelaciones?

EL MORTAL: *(Con morbo.)* ¿Qué era lo que se te mostraba en esas alucinaciones, como tú las defines?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Pude observar tropas de arcángeles dispuestos a demostrar su lealtad al Gran Padre, quien había convocado a los mejores, los más diestros y poderosos; a sus preferidos, porque estaban destinados para cumplir una misión, la más importante de sus existencias.

EL MORTAL: Sí, sí, continúa, no te detengas. Escucho, y ahora entiendo por qué las constelaciones mismas cambiaban de posición.

ARCÁNGEL

DE LUZ: *(En progresivo éxtasis.)* Vi, y veo, que fracasarán en su campaña, porque otro arcángel, más poderoso que todos juntos, se interpondrá en su camino.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: *(Inclinándose.)* Ese guerrero es usted.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Lo ignoro... No, esperen. Hay algo más: todavía no alcanzo a vislumbrar en qué consiste la misión por la cual combatiremos, pero lo cierto es que yo me encuentro ahí para enfrentarlos; con armadura de oro, montado en un corcel de hierro y empuñando un sable forjado con los fuegos eternos.

EL MORTAL: De eso se trata, de que tu mano sea implacable contra el adversario.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Veo que uno, que cientos, que miles de millones caerán extinguidos, y de entre sus cenizas, mis leales soldados levantarán un templo en mi honor.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Un templo? Una catedral.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Hasta mi catedral se aproximarán los sobrevivientes para suplicar mi perdón, mi clemencia, mi piedad.

EL MORTAL: ¿Y qué piensas hacer en ese momento?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Igual como fue empleado este mismo bastón de mando, mi sable cortará sus cabezas, de cuyos cráneos se formarán las torres de mi palacio.

EL MORTAL: Contundente, sin piedad.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡No existe la piedad para el enemigo! La piedad debilita y engrandece al adversario. (*Cínico.*) La compasión es un sentimiento otorgado a los pueblos y que sólo sirve para adormilarlos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Majestad, que vuestra mano guíe nuestros destinos hacia el triunfo.

ARCÁNGEL

DE LUZ: “Majestad...”. Sí, me agrada el título... ¡Vengan todos a mí! Unámonos, para que juntos, destrosemos al Gran Padre. Yo soy el nuevo y omnipotente monarca, y mi reino, lo veo claro, estará plagado de pestes, de guerras, de hambre, de miseria. (*Se interrumpe a causa de una nueva revelación.*) Esperen, veo algo más.

EL MORTAL: Seguramente observas la presencia de quien te acompañará en el trono. ¿De quién se trata? ¿Seré yo?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Veo otro arcángel. Pero no me acompaña, más bien llega buscando alianza.

EL MORTAL: Entonces habla, ¿qué es lo que pretende contigo?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Retarme... y esas son todas las revelaciones.

EL MORTAL: (*Furioso.*) Imposible. Debe haber otro asunto, algo que nos indique la estrategia a seguir: cuándo y en qué instante dará inicio el combate decisivo entre los ejércitos de arcángeles y, en especial, quién ocupará el trono de nuestras codicias. Por favor, no me decepciones, has un esfuerzo y concéntrate. Sólo tú puedes conocer el futuro.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Olvidenlo, el futuro no existe. Lo que las visiones me han planteado es el conflicto de la libre elección. ¿No se dan cuenta? El arcángel que se me presenta en las visiones era yo mismo... Ahora comprendo: el Gran Padre está poniendo a prueba mi temple, mi carácter...

EL MORTAL: ¡Basta! Tú eres uno de los nuestros y nos debes lealtad.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Otro juego de confusiones? Bien; si yo soy uno de los tuyos, entonces tú eres un arcángel disfrazado de mortal, o yo soy un mortal con apariencia de arcángel.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*A A. de Luz.*) No provoque la ira del Supremo.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Él me necesita, y la fuerza que se oculta bajo esa apariencia humana no será capaz de procurarme daño. Soy, ahora lo sabemos, una pieza estratégica, un arma secreta que utilizará en el momento oportuno, y para ello me prepara. ¿O me equivoco?

EL MORTAL: No. Excepto en un detalle. A la inteligencia infinita que mueve mis labios y que planea la cruzada que estamos por iniciar, al Ser Superior que me ha otorgado esta figura de mortal descomposición, deberías considerarlo como tu maestro, tu inventor, como tu auténtico padre. El Gran Padre, como tú lo llamas, no tiene un contrincante maligno; el mal, es la otra parte de su personalidad. La Divinidad te protege, no cabe duda; eres su obra más perfecta, pero no lo defraudes porque podría destruirte.

ARCÁNGEL

DE LUZ: No me importa. Por un instante fui enloquecido por la seducción del poder, de un poder que me trasladaría al trono de los arcángeles, pero que rechazo.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Qué dices? Cualquiera se sentiría orgulloso de estar en tu sitio.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Cualquiera que gozoso se arrastre en los chi-  
queros del infierno, y yo no estoy dispuesto a  
erigirme como el monarca de los cerdos.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Horrorizado.*) ¡Arrepiéntete de tus palabras!  
Hazme caso, que tu vanidad herida no sea mayor  
que el perdón de nuestro Rey.

EL MORTAL: (*Con tranquilidad.*) Observa con atención la his-  
toria de la humanidad y adéntrate en sus oscuros  
callejones, repletos de ratas y de fétidos olores.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Debo seguir escuchando? Me aburren sus es-  
píritus nefastos.

EL MORTAL: No hay un solo corazón que no hayamos influi-  
do; no hay un solo instante que no esté plagado  
de infecciones. ¿Entiendes? (*Encara a A. de Luz.*)  
Todos los hombres, sin importar la raza o fortu-  
na, son larvas apiñonadas, atemorizadas, aferra-  
das al mismo trozo de mierda. Siempre han sido  
así y no hay razón para que dejen de serlo.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Todos los hombres, incluyendo a los arcángeles  
y a sus dioses.

EL MORTAL: Incluyéndolos a ustedes; yo no participo del festín, recuerda que estoy muerto. Ahora te pregunto, ¿esa naturaleza humana no es prueba suficiente de la existencia de un solo y auténtico imperio?

ARCÁNGEL

DE LUZ: No.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Pero si usted mismo vio la miseria en las ciudades: gente vertiendo sus infecciones sobre la gente que vierte sus rencores sobre la gente...

ARCÁNGEL

DE LUZ: Jamás se les ha ocurrido que la devastación, que los crímenes, que las plagas, que las guerras, que los traidores oportunistas, no son otra cosa que ilusiones inventadas por el Gran Padre para hacernos creer que el Mal está triunfando. *(Pausa.)* O para ponernos a prueba.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Es verdad, no lo habíamos pensado.

EL MORTAL: Afortunadamente perteneces a nuestra hermandad. Tus ojos nos ayudarán a derrocar al Gran Padre.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿De qué barbaridades me hablan? *(Arroja lejos el cayado, mismo que recupera el Mortal.)* Sus planes son absurdos, aunque contarán con el apoyo del

mismísimo demonio. ¿Están conscientes de quién es al que pretenden derrocar? Ya sucedió una vez y al estratega lo arrojaron hacia un castigo ejemplar.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: En esta ocasión será distinto.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Qué te hace suponerlo? ¿Qué o quién te inspira tanta confianza? *(De un extremo, aparece A. con Alas.)* ¿Lo reconoces? ¿Quién asegura que no es víctima de un fanatismo ciego?

ARCÁNGEL

CON ALAS: *(Emite quejidos discretos. Ha sido despojado de sus alas y de la maya metálica; en su lugar, le colocaron la máscara sin facciones, sólo que en esta ocasión demuestra mayores deformidades. Se trata de una cabeza grotesca, con protuberancias con formas de pequeños monstruos.)*

EL MORTAL: ¡Silencio! Desde mi punto de vista, lo que le ocurra a algunos arcángeles no debe preocuparnos. Preferible sacrificar al peón que a la reina, o al mismo rey. *(Le ofrece el cayado a A. de Luz.)* Lo importante es que permanecerás con nosotros como el estratega que requieren nuestros ejércitos.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Imposible. Fue demasiado tentador, lo reconozco, pero no quiero ni debo enfrentar al Gran Padre.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Las consecuencias serían graves.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Asumo mi responsabilidad.

EL MORTAL: (*Molesto.*) Más pareces una deidad que representa a los mediocres. Tú menos que nadie me puede engañar. El corazón te delata. (*Vuelve a ofrecerle el cayado.*) Toma el mando.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Nunca.

EL MORTAL: Tu naturaleza fue inspirada por el Mal; tú eres de los nuestros. Admítelo. (*Pausa.*) ¡Responsabilízate del cargo que se te ha encomendado!

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*Con dignidad.*) Guarda el cetro para otro ingenuo aventurero, que la defensa de nuestra hermandad no me corresponde.

EL MORTAL: (*Con desprecio.*) Me lo imaginaba. Careces de agallas. (*Escupe a los pies de A. de Luz.*) Cobarde. (*Maligno.*) Y sin embargo, tienes una habitación reservada que yo me encargaré de que confirmes con el dueño de los infiernos. (*Sale empujando a A. con Alas.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Por favor, no nos abandone. (*A. con Alas también suplica.*)

ARCÁNGEL

DE LUZ: No los abandono, porque nunca los he acompañado.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Lo necesitamos. (*Ayuda a A. con Alas a incorporarse.*) Parece que usted es el único que mantiene intactas sus virtudes, bien podría emplearlas para curar la enfermedad de nuestro hermano.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Luego. El diálogo con los muertos, seguramente motivado por el demonio, me ha resultado agotador. Quisiera un poco de descanso. Hoy fue un día con demasiadas exaltaciones; hoy he visto el interior de mi propio corazón: me atemoriza y me avergüenza el lado cobarde, tanto como el lado noble, tanto como su parte embustera.

## 7. ENTRE CATATÓNICOS

*En una aparente danza con la muerte, A. con Alas camina sin una dirección fija, como uno más de los catatónicos; es notoria la progresiva deformidad en la máscara; sin embargo, cualquiera supondría que es feliz por el tono de sus quejidos. A. con Arco se integra al baile, tiene la mirada perdida. El pecho y la espalda son abrazados por un enorme bulto, que no es otra cosa que un monstruo grotesco.*

ARCÁNGEL

CON ARCO: Escucha. Son las trompetas que anuncian al elegido; al parecer, ninguno de nosotros fue invitado a la fiesta. *(Continúa su deambular.)* Observa. Sobre el océano naranja que la tarde transpira, una mujer se desnuda para recibir a su hombre. Llora, porque luego de treinta y seis años de matrimonio ha comprendido que la vida se le ha derretido en pendejadas... Un grano de café reposa en el ombligo de la mujer y Dios comprende que ya es tiempo para morir. *(Continúa su deambular.)* ¿Qué fue lo que hicimos mal? Estuve tan cerca de merecer el reinado de los arcángeles, que me pareció oler las fragancias de la gloria... No cabe duda de que el universo es el coño de una prostituta y no hay

uno que no pretenda poseerlo, que no brome frente a la tentación. (*Continúa deambulando.*) Huele. Respira. Embriágate del aroma. ¿No es el sexo lo gentil que tú esperabas? Entonces prueba mi lengua humedecida por el miedo. Tócame. Yo soy la humanidad procedente del semillero de angustias divinas. Si por mí fuera, rasgaría la bolsa que protege a los hijos nonatos, para luego dejarlos a la deriva. Crearía una vía láctea de semen, libre, sin terrores, sin avaricias, sin demonios o parásitos... Pero ya es demasiado tarde para corregir los errores.

ARCÁNGEL  
DE LUZ:

Depende del lugar donde te coloques.

ARCÁNGEL  
CON ARCO:

¿Quién me habla? Te conozco, eres la misma voz que me trastorna cuando me inconformo por algo; la misma vocecilla que me acompaña desde mi gestación. (*Reanudan su marcha.*) Al fin y al cabo, este mundo no me pertenece y bien podría estallar ahora mismo con todos sus habitantes. Sólo así acabaríamos con las cucarachas. (*Sentándose en el proscenio.*) Con todos nosotros.

ARCÁNGEL  
DE LUZ:

(*Colocándose detrás de A. con Alas.*) ¿Así lo deseas? ¿Qué tal si repasamos el pasado? (*Manipula, igual que a una marioneta, a A. con Alas.*)

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: (*Sin la joroba. Luce como al principio.*) “Odio este sitio. No entiendo por qué me has traído”.

ARCÁNGEL

DE LUZ: “Porque es seguro; es, por excelencia, el lugar donde se obedece sin reclamos”. (*A. con Alas se agita tratando de liberarse de A. de Luz.*) Tranquilo, tranquilo. No luches contra mí. Yo significo la salvación; de oponerte, el dolor seguiría invadiendo tu rostro.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: “Es tosco, triste, desolador, deprimente y horrendo; es la representación de la decadencia”.

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*A A. con Arco.*) ¿Estás poniendo atención?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Completamente.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Vine a darles una lección. Ignoraban que siempre estuve enterado de sus asambleas secretas. Cada palabra, cada gesto, cada detalle de su conspiración, se me reveló en el preciso instante en el que sucedía.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: “Si de conspirar se trata, prefiero que hablemos en mis territorios”.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Sin voltear a verlos.*) Mentiste para que cayéramos en tu trampa.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Hacer trampa le corresponde a los perdedores. Como ustedes.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: La bondad y esa política de no participar en la contienda fue un movimiento muy inteligente para distraer nuestra atención.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: “¿Acaso mencioné la palabra conspiración? Seductor, eres un arcángel muy travieso”. A diferencia de mis hermanos, mi postura es sincera.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Voltea.*) Has cambiado. Incluso en tus gestos, en tu semblante, en como te paras y en como nos miras; encuentro una firmeza y una seguridad que me asustan. Será que elegiste el camino de las armas. ¿Pelearás?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Busco alianzas.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: ¿Entre los moribundos como yo? ¿En qué te podríamos servir?

ARCÁNGEL

DE LUZ: En infundir desconfianza, miedo, incertidumbre. Ustedes serán mis promotores de la violencia, del temor, del rencor.

ARCÁNGEL

CON ARCO: (*Sarcástico.*) Habérmelo dicho antes. Acabas de revelarme mi propia imbecilidad. Jamás se me habría ocurrido la original idea de reclutar, ¿cómo dijiste?, ¿“promotores de la violencia”?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Aún no termino de explicar. Imagínate una comunidad que vive atemorizada porque en cualquier instante pueden asesinarlos o despojarlos de sus hijos. Piensa en la humanidad, unos hambrientos y los otros columpiándose en la delgada cuerda que los sostiene de sus miserables empleos con sus miserables sueldos.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Un mundo perfecto para el demonio de la incertidumbre. Y yo, ¿cómo encajaría en tus planes?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Requiero de soldados que difundan el mal, y para ello, su aspecto debe distinguirlos, que al mirarlos, todos entiendan que no hay salvación.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: *(Parece entender y retrocede.)* Bastante tengo con mis propios temores como para que todavía vengas a acrecentarlos. *(Es interceptado por A. con Alas y A. Seductor.)* Tú no eras así, ¿qué te sucede? Antes escuchabas al resto de los arcángeles y los encaminabas hacia la mejor opción, pero no intervenías en sus existencias.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Sigo siendo el mismo arcángel, pero ahora con un propósito.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Déjame ir, no los delataré ante el Gran Padre. Lo prometo. Soy tan insignificante que ni a la sombra de tu sombra podría aspirar. No podría servirte en nada, al contrario, soy torpe y echaría a perder tus planes.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Eres... simplemente quien tienes que ser. Ni más ni menos. Cobarde naciste y como cobarde trabajarás para mí. Tu naturaleza me sirve para enfrentar, no al Gran Padre, como todos suponen, sino a otro adversario. Y para ello, no voy a obligarte a nada, prefiero que te unas a nosotros por voluntad propia.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: No me dejas otra opción.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Innumerables ejércitos de arcángeles vienen en camino con el propósito de destruirme. Pero no temas, los enfrentaré solo.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Sigo sin entender para qué quieres entonces que seamos tus promotores.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Para que el mundo se prepare; para que los espíritus débiles esperen y anhelan mi llegada; para provocar al demonio.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Vas a perder, lo sé, porque repites la misma fórmula que nosotros: creerte más poderoso que el enemigo. Acepta un consejo: retírate de la contienda ahora que puedes o acabarás con deformidades iguales o aun peores que las nuestras.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Eso no sucederá... Vi una guerra y a su término, quedaremos dos contrincantes: El representante del Gran Padre... y, por desgracia, yo seré el otro que continúe en pie.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Y luego? ¿Qué más viste?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Mi triunfo ante la última esperanza del cielo...

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Estupendo! Desde hace siglos esperaba oír esa noticia. El rey viejo va a morir y en su sitio, un nuevo emperador ocupará su trono. Espera a que se lo cuente a nuestro inmortal conocido, se entusiasmará como nunca. (*Antes de correr, vuelven a detenerlo.*) Aunque no hay prisa para dar las nuevas noticias.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Cuando llegue el momento de enfrentar al Gran Padre, me rendiré.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Tú no puedes hacer eso!

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¿Quién me lo prohibirá? ¿Tú? ¿O acaso el demonio? (*Pausa.*)

ARCÁNGEL

CON ARCO: Diles a tus sirvientes que me suelten.

ARCÁNGEL

DE LUZ: (*Con un gesto ordena que lo liberen. A. Seductor sale.*) Ganaré. Aunque esa parte del futuro que pretendo modificar aún no la vislumbro, estoy seguro de que ganaré.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Con alucinaciones? Confieso que el multiplicar la imagen de los arcángeles es un buen truco. Podría asegurar que en verdad me aprisionaban. Pero te hace falta una mejor estrategia para vencer al más grande de los perturbadores.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Como por ejemplo, que un grupo de promotores del desconcierto lo distraigan anunciando mi triunfo. *(Pausa.)*

ARCÁNGEL

CON ARCO: Inteligente. *(A. con Alas lo seguirá de cerca.)* Anteriormente, la belleza fue una de mis cualidades, y por soñar con un trono efímero, fui humillado. Mírame. ¿Te parece digno de un arcángel llevar esta deformidad en el cuerpo?

ARCÁNGEL

DE LUZ: Cada quien tiene el aspecto que se merece; y me conviene, para mis fines, que seas más horrendo todavía.

ARCÁNGEL

CON ARCO: No me puedes obligar a nada.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Insisto. Debes unirte por voluntad propia.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Como tú, alguna vez estuve convencido de ser el elegido del Gran Padre, pero no fue así. A veces me gustaría saber qué hice mal.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Continúas cegado por falsas expectativas. Te sorprendería saber que para el Gran Padre no existen los elegidos.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Te equivocas.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Ninguna raza ni ciudad ni doctrina ni siquiera los arcángeles deberíamos considerarnos como seres de su preferencia. Es más, cuando escucha la palabra “elegido”, le provoca náuseas.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: *(Intenta nuevamente escapar, pero A. con Alas se lo impide.)* ¡Suéltame! *(A A. de Luz.)* Y tú, lo mejor será que te largues. No quiero servirte y no quiero que me vean junto a ti. Eres muy peligroso; lo percibo en el ambiente, en tus ojos, en el influjo que ejerces en los demás.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Lloriqueas demasiado.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Es fácil decirlo por quien nunca fue castigado por el Gran Padre.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Posiblemente. Pero recuerda que fui capaz de derretir mi rostro para liberarte. Ahora pondré a prueba mi propia inteligencia, y si las decisiones que he tomado no son las acertadas, aceptaré el castigo que el Gran Padre me imponga. Pero nunca seré un instrumento del mal.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Estúpido. Antes te admiraba, pero ya no. Subestimas demasiado al demonio. ¿Acaso piensas que no está enterado de tus planes? ¿Qué te hace suponer que no se lo diré? (*Lo detiene A. Seductor, quien nuevamente aparece con la joroba.*) ¿Otro más de tus trucos de magia? ¿De cuántas formas puedes multiplicar la forma de un arcángel?

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Y quién podría asegurar que somos verdaderos? ¿Cómo saber si existimos o si en realidad somos parte de una pesadilla humana? ¿Y qué tal si nada de todo esto ha ocurrido? ¿Y si sólo fuéramos una vaga fantasía con la que el Gran Padre se divierte?

ARCÁNGEL

CON ARCO: Averígüenlo ustedes mismos.

ARCÁNGEL

DE LUZ:

Hace falta que primero te sacrifiques, precisamente para comprobar que no hablarás demasiado y para incluirte en mi equipo. Toma la máscara que se encuentra en el arcángel despojado de sus alas y luego colócala en el rostro del que provino.

ARCÁNGEL

CON ARCO:

¡Nunca! No me puedes obligar a ponérmela. Permite que otro lo haga, o tú mismo. Una sola vez no basta para poner a prueba tu temperamento.

ARCÁNGEL

DE LUZ:

“¡Basta! Tú eres uno de los nuestros y nos debes lealtad”. (*A. con Arco, resignado, pretende obedecer.*) ¡Un momento! Espera, no lo hagas.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR:

Majestad, permítame recordarle que ya no le queda mucho tiempo. Miles de guerreros se aproximan y nos debemos preparar para recibirlos.

ARCÁNGEL

DE LUZ:

Es que, no puedo continuar con esta empresa. Las palabras que acabo de pronunciar... son mías, me son familiares y corresponden a mi pensamiento... Sin embargo, tengo la impresión de que le pertenecen a otro.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Eso es imposible. (*Aparece el Mortal.*)

ARCÁNGEL

DE LUZ: Presiento un raro influjo; como si mi individualidad hubiera sido invadida; como si las ideas que hago propias, surgieran de una inteligencia mayor. De repente, me he sentido como si fuera un feliz y obediente perro amaestrado, que será premiado luego de repetir el truco con eficiencia.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: ¿Qué hacemos entonces?

ARCÁNGEL

DE LUZ: No lo sé. Me siento desconcertado.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Decídetes pronto. Conviértenos en tus figuras monstruosas, o de lo contrario, si luchas contra una voluntad distinta a la tuya, devuélvenos nuestro original aspecto.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Comprendo... Trataron de engañarme. Pues bien. Díganle a su amo que no prepararé la defensa, que no combatiré contra los arcángeles que vienen a destruirme. Explíqueme al Maligno que sus planes por derrocar al Gran Padre han fracasado. Mencióneme que rendiré mi espada, dispuesto a someterme a su perdón.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: ¿Y qué te hace suponer que el Gran Padre va a escucharte?

EL MORTAL: *(Viste con un elegante traje blanco y cuyos aditamentos, como el moño, el cintillo, las mancuernillas, los zapatos, el sombrero y el bastón, tendrán tonalidades rojas.)* Sí, explícanos, ¿qué te hace suponer que el Gran Padre pretenda escuchar las súplicas de un miembro de mi cónclave?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Intuición.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Definitivamente, eligieron a un perdedor.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: *(Con timidez, a A. de Luz.)* Usted perdone si me atrevo al expresar mis ocurrencias, pero, yo me pregunto, ¿si el Maligno ha trastocado sus pensamientos, entonces, supongo que el futuro que ha vislumbrado también es falso?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Posiblemente.

EL MORTAL: Mentiras. Suponer que no puedes contemplar el futuro porque yo te he perturbado, es una mentira. Tú eres mi creación preferida y quién mejor que tú para representarme. Lucharás contra los

soldados del cielo y recuperarás el trono que me corresponde.

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡Nunca! Fuiste derrotado una vez y volverás a caer. Te lo aseguro.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Hay una membrana transparente frente a nosotros. (*Tocando la invisible membrana.*) De aquel lado se encuentra la humanidad, ¿la ven? No tiene ni la menor idea de lo que va a acontecer.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Nadie lo sabe.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¡Tú lo sabes y prefieres ocultarnos la información!

ARCÁNGEL

DE LUZ: Es necesario para poder ayudarlos.

ARCÁNGEL

CON ARCO: ¿Y quién ha solicitado tu ayuda?

EL MORTAL: (*Ríe.*) Excelente pregunta. Lo que le sobra al mundo son caudillos sacrificados por las causas de la humanidad. Reconócelo, hasta para enfrentarme se requiere de agallas. ¿Tú las tienes?

ARCÁNGEL  
CON ARCO: (*Empuja a A. de Luz.*) Reacciona, imbécil. Has hablado de enfrentar al demonio, pero te escondes cuando te lo mencionan, o cuando se te aparece lanzándote un reto.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: La vanidad es su punto débil, majestad, y seguramente le han hecho creer que posee la virtud de mirar el futuro para que equivoque su camino.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: De acuerdo, si eso es lo que quieren, pues que así sea. (*Desenfunda su espada y reta al Mortal.*) Asumiré mi responsabilidad y como primer acto de justicia, te ordeno que regreses a la oscuridad a la que perteneces. (*Con gesto triunfal, A. con Arco toma la máscara de A. con Alas; la muestra a los presentes, pero, inesperadamente, la coloca en el rostro del Mortal, quien emite un grito de dolor. A pesar del inesperado movimiento, A. con Alas conserva otra máscara sin facciones, de cuyo rostro cuelgan enormes gusanos.*) ¡Perfecto! Les dije que no podíamos fallar. Destruimos al emisario del mal. Ahora debemos apresurarnos para rendir nuestras espadas al Gran Padre.

ARCÁNGEL  
CON ARCO: Un momento, algo raro está sucediendo, esto no es lo que habíamos planeado. Nuestro hermano no ha recuperado su rostro. (*No lo escuchan, pues*

*los entretiene una labor más urgente: A. Seductor coloca sobre la cabeza de A. de Luz la maya metálica.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: Tenemos el tiempo justo para recibir a los emisarios del Gran Padre. La siguiente etapa de nuestro plan es igualmente delicada.

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Llevas contigo nuestra confianza.

ARCÁNGEL

DE LUZ: Estoy convencido de que podemos evitar la guerra.

ARCÁNGEL

CON ARCO: Deténganse. Cómo pueden pensar en alianzas cuando uno de los nuestros ha caído en desgracia. *(Sin escuchar, el siguiente paso consiste en colocarle las alas a A. de Luz.)*

ARCÁNGEL

DE LUZ: ¡Estoy listo!

ARCÁNGEL

SEDUCTOR: Sabes perfectamente que nadie se te iguala. Posees una fuerza incomparable, capaz de vencer al Señor de los Avernos, y tú lo has demostrado. Ve y convéncelos. Seguramente que sólo con escuchar tu voz, te ganarás el respeto del enemigo.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: Regresaré con su amistad y con la unificación de  
nuestros ejércitos.

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: O de lo contrario...

ARCÁNGEL  
DE LUZ: O de lo contrario... (*Endurece el gesto.*)

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: ¿Aceptarías ofensas, burlas o humillaciones?

ARCÁNGEL  
DE LUZ: ¡Jamás!

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Te has tomado demasiadas molestias. Incluso,  
arriesgaste la vida al enfrentar al diablo. Eres un  
digno representante, así que no les permitas sus  
soberbias.

ARCÁNGEL  
DE LUZ: ¡Que ni siquiera se les ocurra!

ARCÁNGEL  
SEDUCTOR: Oblígalos a que reconozcan tu valentía, porque  
no eres ningún cobarde. Vas como arcángel de la  
paz, y por lo tanto, tienes derecho a ser escucha-  
do, no a obedecer.

ARCÁNGEL

DE LUZ:

Soy el arcángel que supo eliminar al Maligno, como ninguno de ellos se atrevió siquiera a intentarlo. En todo caso, ellos son los auténticos cobardes, que han vivido temerosos de Satanás. Yo no. Así que deberán asumir mis condiciones... En caso de que deseen permanecer vivos. *(Sale decidido. A. con Arco detiene del hombro a A. Seductor para colocarle una máscara sin facciones. De igual forma, el Mortal, quien antes se debatía de dolor, ahora ríe, se incorpora y castiga a A. con Arco devolviéndole la máscara grotesca. Los arcángeles asumen una postura catatónica, confundiendo entre los enfermos del lugar en el que se encuentran.)*

EL MORTAL: *(Feliz.)* No cabe duda de que soy un maestro en el arte de encausar las debilidades ajenas. El Gran Padre deberá reconocer que jamás me rindo, que permanezco alerta para la pelea de campeonato... Indudablemente, ¡qué aburrida sería la existencia sin nuestros constantes enfrentamientos y sin la frecuente amenaza de que muy pronto, estoy seguro, ocuparé el tan codiciado trono. *(Oscuro lento, acompañado por sus carcajadas, mismas que se desvanecerán por el sonido de trompetas.)*

# Índice



- 7      Locura en la cordura, natura de la literatura,  
*Martín Mondragón Arriaga*

## Romper en gritos. Antología personal

### Cuentos

- 37      Malas compañías
- 45      Pandora
- 55      El cazador
- 67      Cuento marca ACME
- 75      Tuyo es mi reino
- 85      Entresuelos
- 95      Monotonía
- 101     Enriqueta & Enriqueta
- 111     Precauciones para antes de amarrarse las agujetas  
del zapato    🔊
- 115     Autopsia
- 121     Método para cambiar el socket del baño    🔊

133 Romper en gritos

147 Buenas compañías

### Teatro

153 Pequeñas especies

211 Trono de escorias



# gritos

Antología personal

romper en

de Jesús Humberto Florencia Zaldívar,  
se terminó de imprimir en xxxxxxxx de  
2015, en los talleres gráficos de xxxxx  
xxxxxx xxxxx xxxx xxxxxxxx xxx xxxx  
xxxx xxxx xxxx xxxx xxxx xxxx xxxx  
xxx xxxxx xxxx xxxxx xxxx xxxx xxxxx.

El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para  
su formación se usó la familia tipográfica  
*Gandhi Serif* y *Sans*, de Gabriela Varela,  
David Kimura, Cristóbal Henestrosa y  
Raúl Plancarte. Concepto editorial: Félix  
Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué.

Formación, portada y supervisión en im-  
prenta: Daniel Centeno Fuentes. Cuidado  
de la edición: Cristina Baca Zapata,  
Delfina Careaga y el autor.

Editor responsable:  
Félix Suárez.

